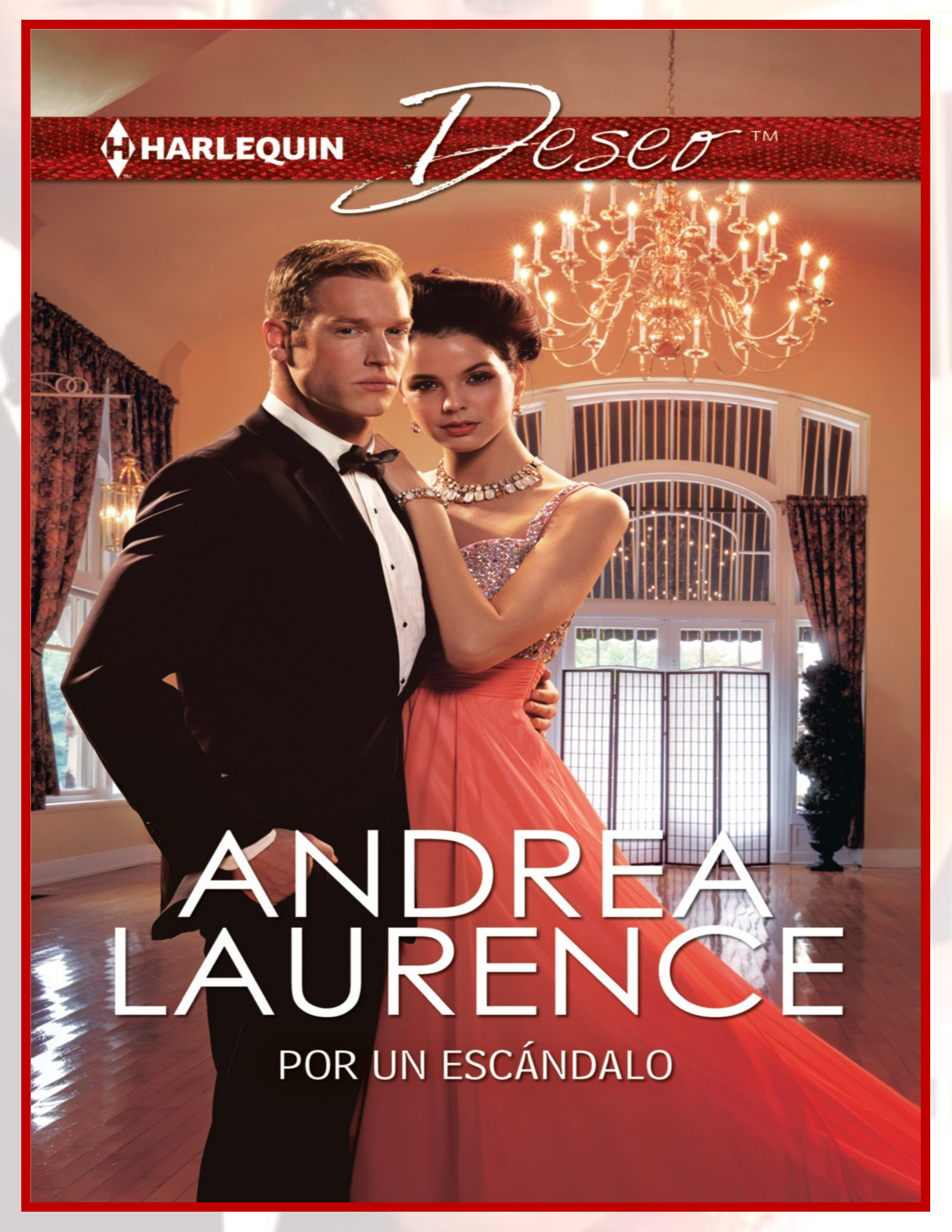

HARLEQUIN
Deseo™
ANDREA
LAURENCE
POR UN ESCÁNDALO




# Por un Escàndalo

## (Heir to Scandal)

## Andrea Laurence

### Los Secretos de Eden #03




# Contenido

Argumento

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

# Argumento:

***"Sí, tienes un hijo".***

El pasado estaba a punto de alcanzar al congresista **Xander Langston** en más de un sentido. La campaña para la reelección estaba en su punto álgido cuando desenterraron unos restos sin identificar en su finca familiar y el escándalo quedó servido, pero al regresar a su casa él solo podía pensar en reencon trarse con **Rose Pierce**. Rose, su amor del instituto, se había convertido en una belleza deslumbrante y la pasión de ese primer amor, que Xander había llegado a desdeñar, se mantenía todavía. Pero Rose guardaba un secreto…




# POR UN ESCÁNDALO

ANDREA LAURENCE






# Capitulo 1

La noticia principal del noticiario no era un robo ni un escándalo político, era sobre fresas.

Xander Langston llevaba toda la noche viendo el noticiario local mientras esperaba a que todo saltara por los aires. Había vuelto a Cornwall para afrontar las repercusiones, pero las cadenas locales se centraron en la Liga Infantil de Béisbol y en el Festival de la Fresa. Apagó la vieja televisión de la sala. Si lo más reseñable era el Festival de la Fresa, la vida le sonreía. Su primer libro se ponía a la venta dentro de una semana y se acercaba un año electoral.

Con veinticinco años se había convertido en uno de los congresistas más jóvenes de la historia, y ese otoño tendría que poner en marcha otra campaña para la reelección. Eso implicaba el respaldo de sus votantes y que no hubiera ni el más mínimo escándalo. Era fácil evitar los escándalos. No estaba casado y no podía tener aventuras. Tampoco le habían ofrecido nunca un soborno y, por otra parte, lo habría rechazado. Sin embargo, tenía un cadáver en el armario, y por eso había vuelto a Connecticut, a la finca El Jardín del Edén, donde se cultivaban árboles de Navidad, y estaba viendo la destartalada televisión en vez de estar trabajando en su despacho del barrio de Capitol Hill en Washington.

Suspiró, se levantó y fue hasta la ventana. Había anochecido, pero todavía veía los abetos y la serenidad, una vista maravillosa después de haber pasado tanto tiempo lejos de allí. Desde su despacho de Longworth House tenía una vista magnífica del Capitolio, pero estaba demasiado ocupado para deleitarse con la arquitectura y el significado histórico de lo




que le rodeaba. Tenía una casa cara y lujosa a unas manzanas de su despacho, pero ese sitio, con sus muebles viejos y su extensión de árboles, era su hogar y se sentía como no se había sentido desde que lo dejó para ir a la Universidad de Georgetown y hacer una carrera política meteórica. No había atascos ni bocinazos. Se podía respirar.

Sin embargo, la tranquilidad no iba a durar mucho. El cadáver, literalmente, que tenía en el armario, era el de Tommy Wilder; las Navidades pasadas lo habían desenterrado mientras hacían una obra en un terreno que había sido de esa finca. Entonces no identificaron el cuerpo, pero eso iba a cambiar pronto. Brody, su hermano adoptivo, genio de los ordenadores y uno de los cuatro chicos Eden, les había mandado un correo electrónico hacía una semana para comunicarles que la policía había encargado una recreación facial.

Cuando el dibujo llegara a la prensa, la gente empezaría a merodear por la finca para buscar respuestas. Mostraron cierta curiosidad cuando desenterraron el cuerpo, pero nadie lo relacionó con sus padres adoptivos, Ken y Molly Eden. Sin embargo, cuando identificaran a Tommy, el adolescente a quien habían acogido, la gente se plantearía su participación y sus padres adoptivos no estaban en condiciones para lidiar con los periodistas y la policía. Ken estaba reponiéndose de un ataque al corazón y Molly se quedaría tan consternada que no podría contestar ninguna pregunta. Necesitaban a alguien en la finca, y él era la persona idónea. Siempre había sabido tratar a la gente, y su madre le decía a todo el mundo que era político de nacimiento. Las mujeres lo encontraban encantador y sus votantes habían dicho que era honrado, digno de confianza y elocuente. Haría lo que fuese para ahuyentar a la prensa y proteger a su familia. No obstante, llevaba dos días en Cornwall y solo había oído hablar del tiempo y de las fresas. Aprovecharía esa tranquilidad para hacer lo que había pensado hacer desde que llegó.

–Adoptar la fe por Xander Langston –leyó en voz alta mientras tomaba el libro de la mesita.

Nunca había pensado escribir un libro, y menos unas memorias. Nunca le había parecido que su vida fuese apasionante, pero la editorial no

pensaba lo mismo. Era un congresista joven y triunfador, sus padres habían muerto jóvenes y de forma trágica y él había acabado en el sistema público de acogida. Al parecer, eso era una mina de oro en la literatura de no ficción. El libro saldría al cabo de una semana y dentro de un par de semanas lo firmaría durante una gala benéfica en Washington para recaudar fondos para el Centro de Acogida, donde trabajaba como voluntario. Con suerte, el motivo para haber vuelto a su hogar no hundiría sus planes y las ventas. Además, quería regalárselo a alguien especial mientras estaba en Cornwall.

Naturalmente, ya le había dado unos ejemplares a sus padres adoptivos y a sus hermanos y hermana, pero había llevado otro para Rose Pierce, su amor del instituto. Estaba muy presente en el libro, como una de las mejores cosas que le habían pasado, y quería dárselo en mano. Ya eran las siete pasadas y Wade, su hermano adoptivo que vivía en Cornwall, le había contado que Rose seguía trabajando casi todas las noches en el restaurante Daisy´s, que era su sitio favorito cuando era adolescente. Rose ya trabajaba allí por entonces y él había pasado horas sentado en la barra, bebiendo batidos y charlando con ella.

Se montó en el Lexus todoterreno negro. Ni se acordaba de la última vez que bebió un batido. Quizá fuese durante el verano anterior a que se marchara a Georgetown. El calor de agosto y su corazón enamorado le habían llevado allí casi todos los días. Luego, cuando se marchó, la vida había empezado a moverse muy deprisa y los años pasaron como si hubiesen sido minutos.

Los viajes a Cornwall habían sido cortos y escasos, y Daisy´s y sus batidos se habían convertido en un recuerdo lejano de juventud. Sin embargo, todavía recordaba a Rose como si fuese el día anterior. Habían sido el primer amor de cada uno, ese amor que nadie olvidaba. Se la habría llevado a Washington y casi se lo rogó, pero ella no quiso. Su madre tenía una enfermedad terminal y a ella la habían admitido en una universidad próxima que le permitía estar cerca de su madre. Lo entendió, pero no le gustó. También intentó hacerle caso y quiso olvidarla en Georgetown. La evitaba cuando pasaba por Cornwall y ni siquiera fue a la reunión de antiguos alumnos del instituto, pero no podía olvidarla. Siempre recordaría

aquellos ojos grandes y marrones y sus labios carnosos. Siempre se había preguntado qué habría sido de ella. Sin embargo, esa noche estaba en Cornwall y tenía que verla. Nada se lo impediría, ni siquiera el cadáver de Tommy Wilder.

Aparcó en el aparcamiento de Daisy´s. Era jueves y estaba casi vacío. Podía ver por el escaparate a dos ancianos que bebían café en la barra y a una familia en un rincón. No veía a Rose, pero quizá estuviese en la cocina. Entró y se sentó cerca de la puerta. Tomó la carta y empezó a leerla. No había cambiado casi nada, salvo los precios. Seguían teniendo batidos y su hamburguesa favorita. En Washington solo había restaurantes caros y comidas rápidas y siempre comía con otros políticos. Ese restaurante de carretera hacía que se sintiera como si tuviera diecisiete años otra vez. Lo único que faltaba era…

–Hola, ¿desea beber algo?

Levantó la mirada y se encontró con esos ojos marrones que habían poblado sus fantasías de adolescente. Rosalyn Pierce estaba delante de él, como si estuviese soñando.

–¿Xander…? –preguntó ella boquiabierta.

–Rose –contestó él con la boca seca–. Wade me contó que podría encontrarte en Daisy´s. Me alegro de que sigas trabajando aquí…

Se calló al darse cuenta de que parecía que ella no hubiese hecho nada durante la década pasada.

–Lo siento. No quería decir eso.

–Da igual –replicó ella–. Si te sirve de algo, te diré que pasé cinco años sin poner un pie aquí, pero no podían prescindir de mí para siempre.

Seguía tan guapa como recordaba, o más. En el instituto, era una niña a punto de convertirse en mujer. En ese momento, sus curvas eran más voluptuosas y el uniforme se le ceñía más tentadoramente. Llevaba el pelo largo, castaño y liso recogido en una coleta que le caía por el hombro. Se fijó el dedo donde debería haber un anillo, pero estaba tan desnudo como

el de él.

–Quería decir que me alegro de que sigas trabajando aquí, porque me ha resultado más fácil encontrarte. ¿Tienes un rato para charlar?

Ella miró alrededor.

–Cuando haya terminado esa familia. Esta noche estoy sola en la sala. ¿Qué quieres comer?

–Primero tomaré un té helado con limón. Luego, una hamburguesa tejana con cebollas fritas y uno de tus increíbles batidos de chocolate.

Ella sonrió y él supo que habría reconocido el pedido aunque hubiesen pasado once años.

–Algunas cosas no cambian nunca.

La miró a los ojos. Seguía igual de bella y la reacción de su cuerpo fue tan intensa como siempre. Todo el cuerpo se le había puesto en tensión al verla.

–No –dijo él–, y me alegro.

Rose tuvo que morderse la lengua para no derrumbarse. Se había pasado parte de los últimos cinco años fantaseando con que Xander entraría allí, la miraría como estaba mirándola y sonreiría como estaba sonriendo. Sin embargo, estaba nerviosa y preocupada porque podía decir lo que no quería decir y desvelar sus secretos. Además, su mirada descarada hacía que se sonrojara y que se le acaloraran partes del cuerpo que llevaban mucho tiempo heladas. El tiempo no había mitigado la reacción de su cuerpo, pero ¿cómo iba a mitigarla si estaba más atractivo todavía? Sus facciones eran más afiladas, aunque tenía la misma mirada amable y la misma sonrisa encantadora.

Quizá hubiese venido para satisfacer su curiosidad y comprobar si seguía igual que siempre, lo bastante bien para acostarse con ella pero fácil de olvidar. Eso significaba que el anhelo de la excitación quedaría intacto y no iba a cometer el mismo error dos veces. Garabateó el pedido y se fue a la




cocina mientras le quedaban fuerzas para alejarse de él. Habían pasado once años desde que se fijó en Xander Langston, pero verlo otra vez le había alterado la libido como si siguieran en el instituto. Lo había visto de vez en cuando en algún noticiario, pero no le hacían justicia. Ese pelo castaño claro, esos cautivadores ojos color avellana, esos músculos cubiertos por la ropa hecha a medida… Nunca había podido negarse a él. Cuando él quería algo, podía ser muy persuasivo y, por algún motivo, la había querido a ella.

Ella no había querido salir con él al principio. Era guapo, pero seguían caminos distintos. Era el delegado de la clase, jugaba en el equipo de béisbol y tenía lo que todo el mundo llamaba «liderazgo potencial». Tenía una beca para Georgetown y un porvenir muy prometedor. Ella no tenía nada de eso, ni entonces ni en ese momento. Aun así, él decidió un día que tenían que salir juntos.

Le habría llevado el té helado antes de hacerle el batido, pero no estaba preparada para verlo otra vez. Él estaría de paso, como siempre. Nunca pasaba más de unos días por allí. Normalmente, iba a la reunión de los Eden por Navidad y luego volvía al Capitolio. Ni la atracción que sentía hacia él ni los secretos que le ocultaba iban a cambiar eso. No sabía qué hacía allí a mitad del verano ni por qué había ido al restaurante a buscarla. No la había buscado en todo ese tiempo. Ella se había marchado de Cornwall unos años, pero había vuelto hacía un tiempo. No había recibido ni llamadas ni cartas ni nada. Se había olvidado de ella y esperaba que volviera a marcharse antes de que le hiciera daño, pero, al mismo tiempo, le gustaba volver a verlo.

Remató el batido con nata montada, pero no le puso la cereza. Él nunca se comía la cereza, siempre se la daba a ella. ¿Por qué recordaba esas nimiedades? Le gustaría olvidarse de todo lo referente a Xander, sin embargo, siempre sería parte de su vida, lo supiera él o no.

Sirvió el té, le puso el limón y le llevó las dos bebidas. La familia se había marchado y los dos ancianos seguían con sus cafés. Mientras se acercaba, vio que estaba absorto por un periódico que se había dejado alguien en la barra. Ni siquiera se dio cuenta de que ella había llegado.

–Tu batido –comentó dejando las bebidas en la mesa–. La comida tardará unos diez minutos.

–Gracias –él miró el batido–. ¿Sin cereza?

–Creía que no te gustaban.

–Siempre me han gustado, pero sabía que a ti te gustaban más.

A ella le flaquearon las rodillas.

–¿Quieres que te traiga una?

–No, prefiero que charles conmigo.

Rose se sentó e intentó no parecer nerviosa.

–Bueno… ¿Qué tal te ha ido?

–Ocupado. No he parado desde el día que me marché –Xander dio un sorbo al batido y sonrió–. Después de la facultad, acabé trabajando para el congresista Kimball y lo sustituí antes de que me diera cuenta. Todo muy aburrido. ¿Qué has hecho tú?

–Te aseguro que lo que has hecho durante los últimos años, sea lo que sea, es mucho más apasionante que lo que he hecho yo.

–¿Qué pasó con los estudios? Creía que querías ser profesora.

–¿Y renunciar a esta vida glamurosa? –Rose se rio–. Estudié un semestre y tuve que dejarlo. Mi madre murió esa primavera y lo llevé muy mal. Me quedé un par de años en Danbury y volví cuando mi padre tuvo algunos… problemas. Le ayudé a llevar el negocio. Cuando mi hermano Craig se hizo cargo del taller y la dueña de Daisy´s me ofreció el empleo, no pude rechazarlo.

–¿Te has casado?

–¡No! Tú eras el único hombre de este pueblo que se fijó en mí. Cuando te marchaste, volví a ser invisible.

Eso no era verdad del todo. Había otro en el pueblo que se fijaba en ella,




uno que la adoraba y que la miraba con los mismos ojos color avellana que estaban mirándola en ese momento, pero no pensaba contárselo a Xander.

–Nunca podrás ser invisible. Los hombres de este pueblo están ciegos si no pueden ver que tienen algo fantástico delante de las narices.

Él sabía lo que tenía que decir y cómo decirlo. Si se hubiese ido con él a Washington, habría acabado mal. Él tenía una vida fantástica por delante y ella entendió que no formaba parte de esa vida. Había tenido que quedarse con su madre y forjarse una vida propia. Todo se complicó cuando, además, descubrió que estaba embarazada, justo una semana después de que él se hubiese marchado.

–Eres muy amable, pero una chica no puede creerse nada de lo que dices. Eres un político con mucha labia.

–También soy escritor –sacó un libro y lo dejó en la mesa–. Te he traído esto.

Rose tomó el libro. Xander, sonriente y atractivo, la miraba desde la cubierta.

–*Adoptar la fe* –leyó ella en voz alta–. Es fantástico, Xander. Enhorabuena.

–Trata de mi infancia y del camino que me llevó a Washington. Enlaza con mi trabajo en el Centro de Acogida, que proporciona apoyo y actividades sociales a los padres adoptivos y a los niños que entran en ese sistema.

Ella ojeó unas páginas y se detuvo al ver su nombre.

–¿Salgo yo?

El corazón le dio un vuelco. ¿Qué habría escrito sobre ella?

–Sí. Solo escribí tu nombre de pila, pero no podía contar la historia de mi vida sin incluirte. Eres una parte muy importante de mis años en el instituto.

La miró y ella sintió una opresión en el pecho. No sabía qué decir.

–Te lo he dedicado –siguió él–. Por eso he venido. Quería dártelo en mano.

–Gracias –consiguió decir ella–. Estoy deseando…

–Cenar conmigo –le interrumpió él.

Lo inesperado de la invitación la pilló desprevenida.

–No puedo. Tengo que trabajar.

–¿Trabajas todos los días? –preguntó él.

–No, pero no libro hasta el domingo.

–Da la casualidad de que tengo que quedarme unas semanas, como mínimo. Entonces, ¿puedo invitarte a cenar el domingo?

¡No! Acabaría teniendo un desliz y diría lo que no quería decir. Hablaría del colegio, de la Liga Infantil, de su padre. También podría llegar a creer que no pasaría nada si se acostaba con él. Entonces, él se marcharía, ella se quedaría destrozada y su corazón no lo aguantaría. Sin embargo, captó el olor de su colonia…

–De acuerdo –concedió antes de que pudiera contener las palabras.

–Fantástico. ¿Dónde vives? Iré a recogerte.

–Puedes recogerme aquí. Vivo a dos pueblos y no tiene sentido que vayas hasta allí –eso era verdad, pero no era el único motivo para que no quisiera que fuese a su piso–. Iré a por tu hamburguesa –comentó levantándose con el libro en la mano.

Esbozó una sonrisa forzada, desapareció en la cocina, apoyó la frente en la nevera y gruñó. Estaba jugando con fuego, aunque la idea la emocionaba y espantaba a la vez. Miró el libro y la atractiva cara que la miraba. Tenía una cita con Xander Langston.

# Capítulo 2

El domingo, a las siete en punto, Xander aparcó su Lexus en el aparcamiento de Daisy´s. El restaurante estaba cerrado los domingos por la noche, pero había un Honda Civic de cuatro puertas.

A ella le abochornaba tener que ir a trabajar después del instituto cuando las demás chicas iban a divertirse, pero él se había enorgullecido de salir con una chica trabajadora que valoraba lo que tenía. Hubo un tiempo en el que él estuvo mimado. Su padre había tenido un buen empleo y a su hermano Heath y a él no les había faltado nada. Hasta que, en un abrir y cerrar de ojos, lo había perdido todo.

Ir a vivir con los Eden fue un mundo nuevo. Ellos no tenían mucho dinero, pero le enseñaron el valor del trabajo y a estar orgulloso de lo que lograba. Todos los integrantes de esa familia habían ayudado a llevar la finca. Cuando llegaba diciembre, no hacía otra cosa que repartir árboles de Navidad, y eso le había dado la habilidad que necesitaba para defenderse en el Capitolio. Rose tampoco lo había tenido fácil. A su madre le diagnosticaron cáncer terminal cuando ella estaba terminando el instituto y su padre no ganaba mucho dinero como mecánico. Sus dos hermanos y ella tuvieron que trabajar.

La puerta del Civic se abrió y le dio un vuelco el corazón. Rose se bajó. Llevaba un vestido corto, negro y sin mangas que se ceñía a sus curvas como si le hubieran derramado látex líquido por el cuerpo. Un cinturón rosa le rodeaba la cintura y hacía juego con los zapatos de tacón.

–Estás muy guapa –dijo él bajándose del todoterreno.

Ella se pasó las manos por el pelo, que llevaba suelto.

–Gracias.

Rodeó el coche y le abrió la puerta. Al montarse, el borde del vestido se le subió un poco más y pudo ver su muslo blanco y firme. Eso bastó para que sus manos desearan acariciarlo. No la había invitado para acostarse con ella, pero tampoco se quejaría si acababa haciéndolo. Tenía que divertirse un poco mientras estuviese allí. Una vez que se hiciera público el retrato de Tommy, no iba a pasárselo muy bien. Cerró la puerta y también se montó.

–He reservado en ese sitio italiano del pueblo de al lado. Me lo recomendó Molly.

–Me parece una buena idea –comentó ella mientras salían a la carretera.

–¿Has estado?

–No salgo mucho a comer fuera. Suelo hacer los turnos del almuerzo y la cena porque las propinas son mejores.

Él ni siquiera se acordaba de la última vez que salió a cenar con una mujer hermosa que no tuviese relación con la política.

–Sé lo que quieres decir. Mis jornadas son muy largas y, además, no tengo que ir a casa con mi familia. Eso significa que no tengo un motivo para marcharme y trabajo más todavía.

–Entonces, ¿tú tampoco te has casado?

–No. Con mi agenda, es casi imposible salir con alguien, pero me siento presionado. Wade va a casarse este otoño y Brody también está prometido. ¿Puedes creerte que vaya a ganarme?

–¿De verdad? Me alegro por él.

Brody era inteligente, pero muy tímido por las cicatrices que le había dejado su padre maltratador. Había llegado al El Jardín del Edén después de que su padre perdiera la cabeza y le arrojara ácido en la cara. Nunca estaba cómodo consigo mismo y, hasta hacía muy poco, tampoco estaba




cómodo con las mujeres, pero Sam, su prometida, lo había cazado.

–Supongo que me relajé al saber que no sería el último en casarme. Creía que me quedaba mucho tiempo, pero me equivoqué.

–Es mejor pensar que si Brody ha podido encontrar a alguien, tiene que haber alguna mujer para ti. Sencillamente, no la has encontrado todavía.

Quizá sí la hubiese encontrado y había sido tan estúpido de desaprovechar la ocasión. Lo había pensado más de una vez durante los últimos años, pero más desde que sus dos hermanos se habían prometido. Afortunadamente, su hermano pequeño no era de los que sentaban la cabeza. Heath siempre encontraba algún defecto a las mujeres que conocía. Él lo entendía. Todas las mujeres que habían pasado por su vida tenían que medirse por el rasero de Rose y se quedaban cortas.

–Siempre se te ha dado bien darle un giro positivo a las cosas.

–Los giros son su especialidad, congresista Langston, yo solo digo lo que veo.

No le gustó que le llamara así. Ni siquiera estaba acostumbrado a que le llamara Xander. En el instituto le llamaba Z y nadie se lo había llamado ni antes ni después.

–Por favor, no vuelvas a llamarme de esa manera. Haces que me sienta como un político indecente que sale con una jovencita.

–Lo he hecho por darle un poco de énfasis –ella se rio–, pero te llamaré Xander.

Llegaron al aparcamiento del restaurante.

–Espero que tengas hambre. La comida italiana no es para quienes están a dieta.

–Ya me conoces –replicó ella entre risas–. Las ensaladas son para los conejos.

Una vez dentro, se quedó muy complacido con la recomendación de Molly. Era un sitio cálido y acogedor. Estaban en un rincón iluminado por




unas velas que daban un leve tono dorado a todo, incluso al inmaculado cutis de Rose. No llevaba maquillaje cuando iba al instituto y no lo necesitaba ahora, aunque se había perfilado los ojos y se había pintado los labios.

Pidieron enseguida y el camarero les llevó el vino y pan con aceite.

–¿Qué te ha traído por Cornwall, Xander?

Era una buena pregunta. A Ken y a Molly les había contado que necesitaba salir de Washington unas semanas y preparar el lanzamiento del libro. Molly se lo había tragado, pero Ken había recelado, aunque le alegraba tenerlo en casa.

–No es período de sesiones en el Congreso y estaba un poco harto. Por eso, decidí venir a casa. Lo necesito, va a salir mi libro y se avecina un año de elecciones, me esperan doce meses de campaña y promoción mientras termino el mandato. Es agotador y necesitaba alejarme un poco para reunir fuerzas.

–Es comprensible. Cuando trabajas tanto, tienes que distanciarte de vez en cuando o te vuelves loco.

–Le dijo la sartén al cazo –replicó él sin disimular una sonrisa burlona.

–No he dicho que no estuviera loca. Sencillamente, no me has hecho la pregunta acertada para descubrir la cruda realidad.

Él dio un sorbo de vino y la miró. No parecía que hubiesen pasado diez años, aunque sí captaba ligeras arrugas, pero no le importaban. Había llegado a pensar que la había idealizado, pero cumplía todas sus expectativas. Hacía mucho tiempo que una mujer no lo cautivaba así.

–No serías la primera mujer loca que me parece increíblemente sexy.

A pesar de la tenue luz, él vio que se ruborizaba y quiso pasarle el pulgar por la mejilla, pero si empezaba a acariciarla, no sabía si podría parar. Más tarde, quizá, no tuviera que parar. La deseaba aunque no debiera. Ella se merecía a alguien que pudiera ofrecerle algo duradero. Sin embargo, no podía evitar esa reacción, la llevaba grabada en el ADN. ¿Qué tendría de




malo darse ese gusto? Desde luego, el tiempo que pasase allí sería más placentero. Eso, suponiendo que el motivo para que estuviera allí no lo estropeara todo, claro. Ni sus hermanos adoptivos ni él habían visto el dibujo del hombre enterrado en sus tierras, pero las autoridades volverían por allí y cualquiera que hubiese conocido a Tommy Wilder lo reconocería.

¿Qué pasaría entonces? Él, estaba casi seguro de que ninguno de los chicos Eden acabaría en la cárcel. La muerte de Tommy estaba justificada y todo lo demás ya habría prescrito. Sin embargo, le preocupaba que si se sabía la verdad, eso pudiera matar a su padre, destrozar el corazón de su madre y arruinar su carrera.

En cuanto a Rose, no querría ni verlo si estaba implicado en la muerte de uno de sus hermanos. Tommy tenía casi dieciocho años, era grande, peligroso y con unos puños como mazas. Los hermanos solo hicieron lo que tuvieron que hacer para protegerse y para proteger el hogar que amaban. Si la alternativa era mantenerse alejado de Rose, solo tenía que ocuparse de que El Jardín del Edén, y todos los que vivían allí, salieran limpios de aquello. Para eso había venido, y hacer el amor con Rose solo sería un extra muy gratificante.

La cena pasó deprisa. Ella había intentado que la conversación se centrara en la vida de él o en el tiempo que pasaron juntos. Hablar de su vida era un terreno resbaladizo y, hasta ese momento, lo había evitado. Cuando salieron del restaurante, se quedó sorprendida al comprobar que el Lexus de Xander era el último coche que quedaba en el aparcamiento.

–No me había dado cuenta de que éramos los últimos.

Él la acompañó hasta la puerta del pasajero, pero no la abrió.

–No me apetece que la noche termine todavía.

A ella tampoco. Era la primera cita de verdad de toda su vida. La primera vez con un adulto, bien vestidos, en un buen restaurante y sin preocupaciones. Había disfrutado mucho y no quería volver a su vida de siempre.

–No tiene por qué terminar –replicó ella.

El cielo estaba despejado y la luna lo teñía todo de un tono plateado. No podía ver bien la expresión de Xander, pero tenía el cuerpo en tensión.

–Rose… –él vaciló–. He esperado muchos años para volver a besarte. Cuando estaba escribiendo sobre el tiempo que pasamos juntos, me di cuenta de lo especial que eras para mí. Cuando volví a verte en Daisy´s, solo pude pensar en volver a besarte. He añorado el contacto de tus labios y los leves sonidos que dejabas escapar.

Ella se quedó sin respiración. ¿Había estado pensando en besarla todo ese tiempo? No sabía qué decir. Era lo más romántico que había oído y todas las articulaciones del cuerpo le flaquearon.

–Ya sé que no puedo pedirte nada porque no voy a quedarme mucho tiempo, pero… –él se calló y la miró a los ojos–. ¿Puedo besarte?

Ella sabía que tenía mil motivos para negarse, pero ninguno le importó en ese momento, cuando estaba mirándola como si estuviera muerto de sed y ella pudiera saciársela. Le gustaba sentirse deseada otra vez. Además, ¿qué podía pasarle por un beso? No significaba nada si no perdía la perspectiva de la situación.

–¿Cómo podría negarse cualquier chica?

Él sonrió y aparecieron los hoyuelos. Entonces, ella volvió a tener diecisiete años y el encanto juvenil de él le derritió todas las defensas. Se acercó hasta que ella se topó con el coche. Le pasó una mano por la mejilla y ella tuvo que cerrar los ojos.

–Eres muy guapa –le susurró él con los labios a unos centímetros de los de ella.

Notó la caricia de su aliento y se estremeció ligeramente. Él también cerró los ojos y ella se preguntó si estaría pensándoselo.

–Xander… –dijo ella con un hilo de voz.

Él abrió los ojos y la besó con delicadeza. Cuando sus labios se

encontraron, fue como si nunca se hubiesen separado. La pasión se reavivó y el beso se convirtió en el abrazo ardiente de dos amantes. Introdujo la lengua sedosa en su boca y ella se dejó llevar por el deseo. Hacía mucho tiempo que no sentía ese placer. Él era quien conocía todos sus sueños y esperanzas, era a quien le había entregado su virginidad y su corazón y, por un caprichoso giro del destino, volvía a estar entre sus brazos. Xander se apartó un poco, pero para bajar la ávida boca por su cuello. Lo abrazó con fuerza y echó la cabeza hacia atrás. Su cuello siempre había sido muy sensible y él lo recordaba.

Cada caricia hacía que se estremeciera de placer y que se estrechara contra su cuerpo pétreo. La acarició por encima de la suave tela del vestido y pudo notar la calidez de sus manos. Todo el cuerpo le vibró. Los pechos se endurecieron, el abdomen se tensó y se derritió entre las piernas por el anhelo que iba apoderándose de ella. La sangre le bullía y el corazón se le había desbocado. Deseaba a Xander. Supo que era una posibilidad en cuanto él la invitó a cenar. Le había echado de menos, a él y a sus caricias, y aunque volvería pronto a Washington, esos recuerdos la mantendrían saciada.

Él le tomó un pecho con la mano y ella se arqueó contra la turgencia de su deseo. Le rodeó la cintura con una pierna y él introdujo la mano por la abertura del vestido. Estaban en el aparcamiento, pero les daba igual. Él susurró su nombre. Fue lo más erótico que había oído. Entregarse a Xander quizá no fuese lo más acertado, pero le daba igual en ese momento. Lo deseaba… Hasta que le sonó el móvil y la pasión deslumbrante se apagó.

–Lo siento –Rose lo apartó suavemente–. Es mi hermano Craig y tengo que contestar.

Xander asintió y se alejó un poco. Ella sacó el móvil del bolso y contestó con la voz todavía temblorosa.

–Sí…

–Lo siento –dijo Craig–, pero tenía que llamarte. Joey se ha caído de la cama elástica y estoy casi seguro de que se ha roto el brazo izquierdo. Voy de camino a urgencias.




Podía oír los lamentos de Joey. Probablemente, su hijo se perdería el campeonato infantil de béisbol que se celebraba a finales de mes. Tenían que jugar una clasificación y luego pasarían a la eliminatoria regional en agosto. Tenían el mejor equipo desde hacía mucho tiempo y muchas posibilidades de clasificarse.

Joey se quedaría destrozado. Todo por una ridícula cita que no debería haber aceptado. Había sido una interrupción espantosa, pero la agradecía en ese momento. La llamada le había permitido darse cuenta de que estaba a punto de cometer un error monumental con Xander. Era el hombre que se había marchado y se había olvidado de su existencia. Once años y una sonrisa después, estaba a punto de acostarse con él. ¿Acaso no tenía dignidad?

–Dile que voy de camino –Rose cortó la llamada–. Tengo que irme.

–Ya me he dado cuenta. ¿Pasa algo?

–Tengo que ir al hospital para encontrarme con Craig.

Ella intentó meterse el móvil en el bolso, pero le temblaban las manos y se le cayó al suelo. Xander lo recogió y se lo entregó.

–Déjame que te lleve. El hospital está lejos y tú estás demasiado alterada para conducir.

–Estoy bien. Basta con que me lleves hasta el coche.

–No. Estás nerviosa. No quiero que tengas un accidente.

La luz era tenue, pero ella pudo ver la preocupación en sus ojos. Entonces, se acordó. Sus padres murieron cuando chocaron de frente contra una joven que se había metido en su carril. Ella sobrevivió y contó a los policías que estaba llorando mientras conducía porque su novio la había dejado. A él le preocupaba que estuviese alterada.

–De acuerdo, gracias –concedió ella.

Se montaron en el todoterreno y recorrieron varios kilómetros antes de que volvieran a hablar.




–¿Puedo preguntarte qué ha pasado? ¿Puedo hacer algo?

–Gracias, pero no se puede hacer gran cosa. Parece ser que se ha roto un brazo en la cama elástica.

–¿Quién? ¿Craig?

–No –contestó ella–. Mi hijo.




# Capítulo 3

Se hizo un silencio largo y tenso. Ella esperó a que Xander dijera algo, pero no lo dijo.

–Se llama Joey y es uno de los motivos por los que dejé la universidad.

–¿Está bien?

–Según mi hermano, se ha roto el brazo, pero todavía tiene que verlo el médico. Esperemos que no haya que operarlo. Se perderá el campeonato de béisbol infantil y se quedará destrozado.

–Vi en las noticias que un equipo del pueblo iba muy bien.

–Sí. Van a jugar el torneo regional dentro de unas semanas. Me duele por él. Le encanta el béisbol.

–Yo también jugué la Liga Infantil unos años. Los veranos de mi infancia estaban llenos de partidos nocturnos. Dejé la Liga cuando murieron mis padres y jugar en el instituto no fue lo mismo.

–Me gustaba verte jugar y también me gusta ver a Joey cuando puedo. Muchas veces tiene que llevarlo Craig porque estoy trabajando.

–Tiene que ser difícil perderse esas cosas.

Ella se encogió de hombros.

–Alguien tiene que pagar la participación en la Liga, y no es barata. Tampoco lo es vestir a un niño que crece todos los meses.

Entonces, Rose vio las luces del hospital. Xander aparcó y apagó el motor. Ella estaba impaciente por entrar, pero notó que Xander vacilaba.

–Rose, ¿por qué no me dijiste antes que tenías un hijo? Hemos pasado horas hablando.

El pánico le atenazó el pecho y buscó una respuesta.

–Esta noche se trataba de volver al instituto. Te atraía como entonces y no quería estropear nuestra reunión mencionando que soy madre soltera.

–¿Por qué iba a estropearlo?

–Porque ya no soy la chica sexy del instituto, soy la madre soltera con todo su bagaje.

–Todo el mundo tiene un bagaje.

Ella lo sabía muy bien, y Joey no era ni la mitad del suyo.

–Siento no haber hablado de él. Será mejor que entre. Gracias por traerme.

Rose se bajó, pero se dio cuenta de que Xander también estaba bajándose. Era demasiado considerado. Rodeó el coche y lo interceptó.

–No hace falta que me acompañes.

–Lo sé, pero estás nerviosa y voy a ir contigo.

A cada paso que daban, ella notaba que la soga le apretaba más el cuello. Era imposible que Xander no supiera la verdad en cuanto viera a Joey. Hasta los cuatro años, su hijo se había parecido más a la hermana de ella. Sin embargo, en ese momento, se parecía tanto a su padre que algunas veces le dolía mirarlo. Tenían el mismo pelo castaño claro y los mismos ojos color avellana. Joey tenía la nariz de ella y una tez más blanca, pero era como su padre en todo lo demás. En unos años, había desarrollado la misma constitución fuerte y la misma mandíbula cuadrada. Si Xander entraba con ella, sería imposible negarlo. Se dirigieron a la sala de espera y estuvo tentada de detenerse y contarle la verdad para acabar con el secreto. Sin embargo, no era ni el sitio ni el momento ideal, pero ¿cuál lo era? No podía retroceder once años y cambiarlo todo. Tenía que contárselo o conseguir que se fuera a su casa.

–Xander… –ella dudó ante la puerta que los llevaría a la zona de pediatría–. Tengo que decirte algo antes de que entres ahí.

–¿Ahora? ¿No tenemos que ir con Joey?

–Yo, sí, pero es tarde. Vete a casa, por favor.

Xander la miró fijamente con el ceño fruncido.

–¿Por qué te…?

–¡Rose! –la puerta se abrió y Craig salió.

–Ya vamos –replicó Xander.

La expresión de Craig no dejó lugar a dudas. Su hermano no apreciaba a Xander. Había actuado como padre de Joey todos esos años y, probablemente, reprochaba a Xander que no hubiese estado allí, aunque él no tenía la culpa. No le había dicho que estaba embarazada porque él habría renunciado a su beca y se habría quedado en Cornwall para casarse con ella. Habría renunciado a su sueño de entrar en política para mantener a su familia. Sin embargo, él ya había triunfado y Joey era mayor, quizá hubiese llegado el momento. Aun así, a Craig le daba igual. Xander se había acostado con su hermanita y eso ya era suficiente delito.

–¿Vamos? –preguntó Craig.

–Claro –contestó Xander–. No voy a dejarla en la estacada cuando su hijo está lesionado.

–Su hijo –repitió Craig con una sonrisa burlona.

Miró a su hermana y ella quiso desaparecer.

–Cállate, Craig. Ven –ella agarró a Xander de la mano–. ¿Dónde está Joey?

–Está en la cuarta cama de la zona de pediatría.

Craig empezó a caminar por el pasillo y los dos lo siguieron.

–¡Mamá!

Todo dejó de importarle. Soltó la mano de Xander y fue corriendo junto a su hijo, quien tenía el brazo izquierdo en cabestrillo. Lo abrazó y le apartó el pelo para darle un beso en la frente.

–¿Qué tal estás, cariño?

–Un poco mejor –contestó él con una sonrisa–. Me han dado una medicina y ya no me duele.

–Eso está bien –Rose sonrió–. ¿Te han hecho una radiografía?

–No –intervino Craig–. Van a hacérsela dentro de un minuto.

Ella asintió con la cabeza, pero no miró a Xander. Quería cerciorarse de que su hijo estaba bien.

–Hola a todo el mundo –una enfermera se acercó con una silla de ruedas–. Voy a llevarme al campeón a que le hagan una radiografía.

Rose y la enfermera ayudaron a Joey a bajarse de la cama y a sentarse en la silla de ruedas.

–¿Tengo que acompañarlo? –preguntó ella rezando para que contestara que sí.

–No, es mejor que todos os quedéis aquí. Volveremos dentro de quince minutos. Tomad algo, va a ser una noche muy larga.

Rose miró a la enfermera que se llevaba a Joey y oyó la voz de Xander en cuanto la silla de ruedas dobló la esquina.

–Creo que tenemos que hablar, Rose.

Tomó aliento. Había esperado once años para desvelar su secreto. Rose asintió con la cabeza y miró a su hermano para indicarle que tenía que marcharse.

Craig desapareció por el pasillo y los dos se quedaron solos con la verdad.

–Creo que ya lo sabes, Xander. Joey es hijo tuyo.




Fue como si la habitación diese vueltas. Se agarró a la cama e intentó tomar una bocanada de aire, pero sentía una opresión en el pecho que se lo impedía. Tenía un hijo de diez años y ella no se lo había contado.

–Me enteré de que estaba embarazada una semana después de que te marcharas a la universidad –Rose se sentó en el borde de la cama–. Yo también estaba a punto de marcharme y no sabía qué hacer. Había roto contigo y tú tenía grandes planes… Decidí ir a la facultad y resolverlo más tarde. Tenía tiempo.

–Tenías unos meses, no unos años, Rose –replicó él sin poder disimular la amargura.

–Sí. Pasé mucho tiempo hablando con mi madre en el hospital. Eso la distraía de lo mal que se sentía. Me explicó todas las alternativas, pero yo sabía que quería tener a nuestro hijo. Podía ser lo único tuyo que me quedara. Ella quiso que me pusiera en contacto contigo, no le quedaba mucho tiempo y le preocupaba que pasara sola por todo eso. Creía que te casarías conmigo si lo sabías.

–Lo habría hecho.

–Lo sé –Rose se dio la vuelta y lo miró a los ojos–. Por eso no te lo dije.

–¿No querías casarte conmigo?

–Claro que quería casarme e ir a Washington contigo, pero no podía ser. No quería que te casaras por el bebé, tú no ibas por ese camino. Mira lo que has hecho estos once años. No lo habrías logrado si hubieses venido a casarte conmigo.

Él abrió la boca para rebatirlo, pero se quedó mudo porque tenía razón. Aunque ella lo hubiese acompañado a Washington, le habría resultado difícil terminar los estudios. Tenía una beca, pero no cubría las necesidades del bebé y habría tenido que trabajar.

–No era una decisión tuya –replicó él.




–No podía permitir que renunciaras a todo lo que te había costado tanto conseguir solo porque cometimos un pequeño error.

–¿Pequeño? Tiene diez años.

–Quizá debería habértelo dicho cuando terminaste la universidad y él era más mayor, pero cuanto más tiempo mantienes un secreto, más difícil es decirlo.

–¿Y esperaste hasta que no tuviste más remedio? Has tenido todos estos años, pero has esperado al peor momento posible. Estoy a punto de empezar la campaña para la reelección y el libro sale dentro de dos días. No quiero escándalos en este momento.

Vio que Rose iba a llorar y se le encogió el corazón. Le había mentido y le había ocultado a su hijo. Sin embargo, lo había hecho por él. Había renunciado a sus sueños y a su vida para criar sola a Joey y que él pudiera vivir su sueño. Quería estar enfadado con ella y zarandearla, pero no podía.

–No llores, por favor.

–Lo siento. Lo hice todo para salvaguardar tu sueño. Nunca se me ocurrió que Joey y yo pudiésemos ser una traba para tu éxito a estas alturas.

–Bueno, creo que los periodistas se aburrieron de mí hace mucho y se dedican a buscar escándalos de los demás. Sin embargo, volverán a fijarse en mí durante la promoción del libro y la reelección.

–¿No podemos mantener el secreto un tiempo? Nadie tiene que saberlo todavía, ¿no?

–Es posible. Si podemos silenciarlo un tiempo, podría mitigar los daños. ¿Quién sabe que soy su padre?

–Con certeza, solo nosotros dos. Mi madre falleció unas semanas después de que naciera. Mi hermano lo sabe, pero porque ha ido atando cabos.

–¿Cómo lo has explicado a todo el mundo?

–Me fui a la universidad y volví al cabo de un par de años con un niño

pequeño. Cuando alguien me preguntaba, le decía que había tenido un desliz en la universidad. Todo el mundo pareció creérselo. En aquellos tiempos, había historias más gordas que el padre de mi hijo.

–¿Historias más gordas sobre ti? –preguntó él con el ceño fruncido.

–No directamente. Fue hace años y no tenían importancia.

–Me sorprende que nadie preguntara si era mío.

–La gente de aquí no ve mucho a Joey. Va al colegio en Torrington y si alguien sospecha, ha sido discreto y no ha preguntado nada. La excepción fue Christie Clark, aquella chica maliciosa del colegio. Ella también fue a la Universidad de Connecticut y un día me vio embarazada. Me preguntó si tú eras el padre y cuando le contesté que no, ella me dijo que era tonta por haber dejado que me embarazara el tipo equivocado. Quise darle un puñetazo.

Se sintió fatal. Rose nunca lo había tenido fácil en el pueblo. Su familia no había tenido mucho dinero y ella tampoco había sido especialmente popular. Seguramente, eso se lo había complicado más todavía.

–Siento que creyeras que tenías que pasar sola por todo eso.

–No cambiaría a Joey por nada del mundo. Es posible que no haya sido fácil, pero si retrocediera en el tiempo, tomaría las mismas decisiones. Bueno, quizá le diese el puñetazo a Christie Clark.

–Y ahora, ¿qué?

La miró. Efectivamente, Joey volvería enseguida y necesitaba un plan para seguir adelante.

–Creo que tienes razón, que lo silenciaremos por el momento. Sobre todo, por Joey. Ya tiene bastante por ahora como para añadirle todo esto.

–De acuerdo –dijo ella con alivio–. No se lo diremos a nadie hasta que decidamos que es el momento indicado para los dos.

–Quiero reconocer a Joey y lo haré, pero no puedo iniciar los trámites todavía. En cuanto rellene los documentos, algún periodista chismoso se

enterará. Sin embargo, no quiero que pienses que voy a desentenderme. Quiero ayudar. Será complicado cuando esté en otro estado, pero puedo mandar dinero. Podrás usar ese dinero extra para gastos del colegio, campamentos de verano o, incluso, para pagar el ingreso en urgencias.

Rose agarró con rabia las sábanas. Era orgullosa y él lo valoraba. Podía notar cuánto le costaba aceptarlo, pero no era tonta y los dos sabían que podía aprovechar la ayuda.

–Creía que los funcionarios no estaban tan bien pagados.

–El adelanto por el libro fue generoso y gané dinero con inversiones. Puedo ayudar.

Había invertido el poco dinero que tenía en poner en marcha la empresa informática de Brody. Solo eso le daba una situación desahogada. Sin embargo, no podía decírselo a Rose porque la gente no asociaba a Brody Butler, su hermano, con el misterioso magnate de la informática Brody Eden.

–Gracias –cedió ella por fin–. No sabía de dónde iba a sacar el dinero para esto.

–¿Y todos los gastos? Vives lejos del pueblo. Te gastarás mucho en gasolina.

–Aquí no hay pisos. Lo más cercano que encontré fue un piso de dos dormitorios en Torrington.

–A lo mejor podemos encontrarte una casa más cerca del pueblo.

–¿Una casa? –Rose se rio–. ¿Has visto los precios de las casas por aquí?

–Rose, te he dicho que quiero ayudar.

–Eso no quiere decir que tengamos que ser un pozo sin fondo para tu economía. Una cosa es ayudar, pero lo que propones…

–Ese es el asunto. Tú lo has hecho sola durante diez años. Tengo que compensar muchas cosas.

–Es que no quiero ser…




–¡Ya hemos vuelto! –exclamó la enfermera acercando a Joey a su cama.

Los dos se levantaron de un salto y la enfermera ayudó a Joey a meterse en la cama otra vez.

–¿Qué tal? –preguntó Xander.

–Bien. El médico se pondrá en contacto con vosotros enseguida –contestó ella antes de dirigirse a Joey–. Luego, vendrán a ponerte la escayola. Ya puedes ir pensando de qué color la quieres. Las tenemos azules, verdes, rojas…

–Entonces, ¿está roto? –preguntó Rose.

–No soy médica, pero, entre tú y yo, sí.

La enfermera desapareció con la silla de ruedas y Rose, Joey y Xander se quedaron solos.

–Mamá, ¿este es el hombre de tu cita?

–Lo siento, cariño –Rose esbozó una sonrisa–. Estaba demasiado preocupada por tu brazo. Joey, te presento al señor Langston. Sí, había quedado con él. Fuimos juntos al instituto.

–Puedes llamarme Xander.

–¿Xander? –Joey puso los ojos en blanco–. No sabría ni cómo escribirlo.

–No te preocupes, no te haré un examen.

–Genial –dijo Joey sonriendo.

Él no estuvo con sus padres la noche del accidente porque pasó la noche en casa de un amigo. Heath, sin embargo, sí estaba con ellos. Su padre murió al instante y su madre quedó en coma, del que no salió. Heath sobrevivió, pero con una pierna rota, una brecha en la frente y algunas costillas partidas. Cuando vio a Joey en el hospital, casi revivió el momento más traumático de su vida, hasta que se dio cuenta de que no era su hermano, sino su hijo.

–¿Qué tal estás, Joey? –preguntó el médico mientras entraba con las radiografías.

–Creo que está pasándose el efecto de la medicina –contestó Joey.

–Te daremos más, pero antes hablaremos de lo que te has hecho –el médico encendió un panel luminoso y puso una de las radiografías–. Te has dado un buen golpe en el radio y te has fracturado el cúbito. La buena noticia es que no habrá que operarlo. Bastará con escayolarlo. Además, como eres diestro, no te molestará gran cosa. Llevarás la escayola durante tres semanas y luego te pondremos una férula. La mala noticia es que me temo que la temporada de béisbol habrá terminado antes de que puedas jugar otra vez.

El rostro se le crispó, pero estaba decidido a ser un hombre y a no llorar, aunque era lo que quería hacer.

–Bueno, me reservarán un buen sitio para que lo vea desde el banquillo –comentó Joey con desenfado, aunque le temblaba el labio inferior.

–Enseguida vendrán a escayolarte. ¿Ya has decidido de qué color quieres la escayola?

–Verde –contestó Joey–. Es mi color favorito.

Xander miró a Rose y ella sonrió. El verde también era el color favorito de Xander.




# Capítulo 4

Eran casi las tres de la madrugada cuando Xander entró en el complejo de edificios donde vivía ella. Habían decidido dejar su coche en Daisy´s. Craig la llevaría a trabajar al día siguiente. No habían hablado mucho durante el trayecto y Rose se alegraba. Estaba agotada física y emocionalmente. Había tardado once años en llegar a esa noche y ya había pasado.

Solo quería acostar a su hijo y dormir un rato. Miró por encima del hombro al bulto que había en el asiento trasero. Joey estaba dormido. A ella siempre la había gustado verlo dormido. La primera noche que lo llevó a casa después de que naciera, se quedó sentada en la mecedora y lo observó en la cuna. Entonces, y en ese momento, parecía un ángel con piel rosada y grandes pestañas oscuras. Sin embargo, estaba creciendo y su rostro angelical estaba transformándose, pero todavía podía verlo como su bebé.

–Lleva dormido desde que entramos en la carretera –comentó Xander–. Pobrecillo.

–Me fastidia despertarlo, pero ya es demasiado grande para llevarlo en brazos.

–Ya lo resolveremos. ¿Tu hermano vive cerca?

–No –contestó ella–. Tiene una casa en Litchfield.

–Entonces, ¿tiene algún motivo para seguirnos a tu casa? Es un poco tarde




para que intente preservar tu honor.

–¿Qué?

Rose se dio la vuelta para mirar la camioneta que los seguía. Efectivamente, era Craig.

–Es muy raro. Debería haber girado hace un par de kilómetros.

Xander dejó escapar un murmullo, pero no replicó y escuchó las instrucciones de Rose para llegar a su edificio. Aparcó y la camioneta del hermano de Rose aparcó a su lado. Rose y Xander se bajaron del todoterreno y se encontraron con Craig.

–No hacía falta que volvieras con nosotros. Es tarde y mañana tienes que trabajar.

–No pasa nada –replicó Craig mirando a Xander mientras tomaba a Joey en brazos.

Joey, aunque estaba dormido, se agarró a él y Craig se dirigió hacia el piso. Rose se fijó en la expresión de fastidio de Xander. Había sido la figura paternal de Joey desde que nació.

–También es tarde para ti –comentó ella mirando a Xander.

–Yo no tengo que trabajar mañana –replicó él tomándole una mano.

Ella se sintió como si una descarga eléctrica le subiera por el brazo y se estremeció levemente. Cuando él le levantó la mano y le besó los nudillos, la respiración se le aceleró tanto como el corazón. Reaccionaba incluso a los gestos más inocentes de Xander y le gustaría no hacerlo. Con hijo o sin él, volvería pronto a Washington y, si no tenía cuidado, le rompería el corazón por el camino.

–Además, estoy a cinco metros de tu piso –siguió él sin soltarle la mano–. ¿Puedo acompañarte hasta la puerta?

–Puedes.

Craig estaba allí y no podría invitarlo a entrar aunque quisiera. Le agarró




del brazo y le acompañó por la acera hasta el piso. Ya estaba abierto y, a juzgar por la luz del pasillo, Craig estaba acostando a Joey.

–Siento lo del brazo –comentó Xander–, pero no siento el resto. Me alegro de que aceptaras salir a cenar conmigo y me alegro de saber por fin lo que ha pasado durante todo este tiempo. A lo mejor, podríamos salir juntos a finales de esta semana, cuando él se encuentre mejor.

Ella sintió una esperanza que no había sentido durante todos esos años. Su fría reacción, cuando se enteró de que era el padre de Joey, había hecho que creyera que podría lavarse las manos.

–Estaría muy bien.

Él le acarició una mejilla antes de inclinarse para besarla en los labios. No fue un beso como el del aparcamiento, que la había dejado anhelante. Ese beso fue cariñoso y tranquilizador.

–¿Puedo intervenir? –preguntó Craig de repente y en tono cortante.

–¿Qué es todo esto, Craig? –le preguntó Rose.

–Solo quiero hablar con Xander –contestó él cruzándose de brazos.

Rose se puso en jarras y miró a su hermano con el ceño fruncido. Él siempre la había protegido y ella le agradecía el papel que representaba en la vida de Joey, pero no necesitaba su opinión acerca de la situación ni quería que le diera una charla a Xander.

–Creo que no es necesario –replicó ella–. No eres mi padre.

–Esta conversación llega diez años tarde.

Rose iba a discutir, pero Xander levantó una mano.

–No pasa nada. No tengo inconveniente en hablar con Craig.

Rose volvió a mirar a su hermano con el ceño fruncido.

–Muy bien, pero nada de salir afuera. Si tienes que decirle algo, se lo dirás delante de mí –ella notó que se disipaba parte de la bravuconería de su hermano–. Adelante, dile lo que tengas que decirle, Craig.

–Muy bien.

Craig tomó aliento y miró a Xander con cara de pocos amigos.

–Antes de que empieces, quiero darte las gracias –se adelantó Xander.

–¿Quieres darme las gracias? –preguntó Craig con asombro.

–Sí. Han pasado muchas cosas desde que me marché y me habría gustado saberlas, pero no puedo retroceder y cambiarlas. Gracias por haber estado al lado de Rose y Joey. Significa mucho para mí saber que Joey no ha perdido ninguna oportunidad porque yo no formaba parte de su vida.

Craig levantó la barbilla con el pecho henchido.

–Es verdad. No se ha perdido nada. Es un niño feliz que sabe que tiene una familia que lo quiere. No voy a permitir que entres aquí como si nada y le hagas daño.

–¡Craig! –exclamó Rose en tono indignado.

Craig señaló a Xander con un dedo, pero no lo tocó.

–Si vas a entrar en su vida, no puedes hacerlo a medias. No vas a comunicarle que eres su padre para luego volverte a Washington y olvidarte de él.

Rose contuvo la respiración. Xander era un hombre muy ocupado. No habían hablado de eso todavía, pero le preocupaba que Craig lo presionara demasiado. Xander se desentendería de todo. Él estaba actuando solo por lo que ella le había contado y él había visto.

–Tienes toda la razón –reconoció Xander para alivio de ella–. Puedes estar seguro de que Joey será nuestra prioridad mientras Rose y yo resolvemos esto. No puede resolverse en una noche y hemos decidido no decirle nada de mí por el momento. Ni decírselo a nadie, claro.

Craig pareció estar de acuerdo, hasta que volvió a mirarlo con recelo.

–Algunas veces me olvido de que eres un político y de que no puedo




creerme ni una palabra de lo que dices. Tendrás que demostrarme con hechos, no con palabras, que lo dices de verdad.

–Haré todo lo que pueda para demostrarlo –declaró Xander tendiéndole la mano.

Craig la estrechó, pero se inclinó antes de soltarla y le dijo algo que ella no pudo oír. Xander se puso rígido, pero asintió con la cabeza antes de retirar la mano.

–Buenas noches, Rose –se despidió Craig dirigiéndose a su camioneta–. Te recogeré a las diez.

Ella observó a Craig mientras se alejaba y miró la hora. Volvería en unas seis horas.

–Será mejor que me marche –comentó Xander–. ¿Necesitas algo más esta noche?

–No –ella suspiró–. Ya has hecho bastante, gracias. Siento lo de mi hermano. No es muy sensible sobre cómo tiene que afectarte todo esto.

–No lo sientas. Si mi hermana estuviese en esta situación, yo habría hecho lo mismo, pero con mis tres hermanos y Ken detrás de mí mirándolo amenazadoramente.

–Me sorprende que Julianne pueda salir con alguien siquiera.

Ella no podía soportar a un hermano tan protector y no podía imaginarse cómo podía aguantar Julianne a los cuatro chicos Eden y a su padre observándola constantemente. Que ella supiera, Julianne no se había casado tampoco. Quizá los hermanos se hubiesen salido con la suya.

–Si sale con alguien, es lo bastante lista como para no decirlo –confirmó él con una sonrisa.

Se acercó y le rodeó la cintura con los brazos. Ella permitió que la abrazara. Lo agradecía después de una noche tan perturbadora. Luego, la besó, pero se apartó enseguida y se dirigió a la puerta.

–Hasta pronto, Rose.




Ella se apoyó en la pared cuando la puerta se cerró. Le costaba mantenerse en pie por el torbellino de agotamiento y emociones. El porvenir estaba abierto de par en par.

Craig le había dicho que si hacía daño a su hermana o a su sobrino le juraba que él, el propio Craig, compartiría una celda con su padre ese mismo día. Sin embargo, eso le había producido más perplejidad que miedo. ¿Una celda con su padre? Efectivamente, llevaba tiempo desconectado, pero se habría enterado de que Billy Pierce estaba en la cárcel, ¿no? Solo había una manera de saberlo: hablar con Ken o Molly.

Se dirigió a la cocina. Su padre adoptivo estaba sentado a la vieja mesa ante un cuenco de sopa.

–Buenas tardes, hijo –le saludó Ken mientras miraba la hora.

–Hola, papá.

–Sírvete algo de sopa y acompáñame.

Xander se sirvió un cuenco de la sopa de carne y verduras que bullía en una cazuela enorme. Molly todavía cocinaba como si tuviera que dar de comer a un montón de adolescentes.

–¿Dónde está mamá? –le preguntó Xander sentándose.

–Ha ido al mercado de los granjeros. Todo el mundo está preparándose para el Festival de la Fresa que se celebra este fin de semana. Quería conseguir algunas fresas para participar en el concurso de repostería.

Todos los veranos se celebraba el Festival de la Fresa y el viernes, sábado y domingo, Cornwall estaría lleno de desfiles, puestos callejeros y concursos. Se nombraría a la reina de la fresa y Molly se mataría a trabajar para llevarse uno de los tan ansiados lazos azules. Los concursos más disputados eran el de conservas de fresa y el de tartas de fresa y Molly se ponía casi enferma todos los años por la angustia, aunque nunca había ganado.

–Me sorprende que siga pegándose cabezazos contra esa pared. Tú y yo




sabemos que está amañado y que siempre gana la mujer del alcalde.

–Sí, pero es muy cabezota, como todos nuestros hijos.

–¿No te incluyes? –le preguntó Xander con una sonrisa–. Tú, el hombre que tuvo un ataque al corazón, pero no se lo dijo a sus hijos; el hombre que prefirió vender parcelas de terreno antes de reconocer a sus adinerados hijos que había perdido el seguro médico y que tenía que pagar las facturas.

–Espero que lo hayáis conseguido honradamente –replicó su padre.

Xander sacudió la cabeza y comió una cucharada de sopa. Su padre no sabía los problemas que había causado al vender las tierras para pagar sus facturas. No podía imaginarse por qué se habían alterado tanto sus hijos. Ellos sí sabían lo que se escondía en aquella zona remota de sus tierras. Además, en ese momento, también lo sabía todo el pueblo, aunque no sabía quién era. Se había sabido y divulgado a lo largo de los meses. En Cornwall no había muchos asesinatos pero, hasta el momento, la policía solo había dicho que el cadáver llevaba entre quince y veinte años enterrado y que era de un varón joven.

Cuando descubrieron que Ken había vendido aquella tierra, Wade, su hermano mayor, la había recomprado antes de que pasara algo. Desgraciadamente, sus padres habían vendido tres parcelas y Wade compró la equivocada.

No lo supieron hasta que encontraron el cuerpo en otro sitio. Entonces, la hermana del hombre muerto fue al pueblo para interesarse por su hermano desaparecido. Brody hizo saltar la alarma y reunió información que podrían utilizar contra ella si fuese necesario, algo que no había hecho falta hasta el momento. No se podía saber nada del desaparecido. Todos dijeron que Tommy se escapó de su casa de acogida una semana antes de que cumpliera dieciocho años y que no se le volvió a ver.

En ese momento, cuando no tenía trabajo en el Congreso y el dibujo de la cara podía salir en las noticias en cualquier momento, le tocaba a él lidiar con la situación. Situación que podría haberse evitado si Ken no fuese tan cabezota. Aunque si eso no hubiese pasado, él no se habría enterado de

que tenía un hijo.

–¿Por qué te acostaste tan tarde? –le preguntó Ken–. Molly me contó que ibas a ese restaurante italiano nuevo, pero cierran a las once y oí tu coche hacia las cuatro.

–Tuve que llevar a mi acompañante al hospital.

Ken abrió los ojos como platos y se quedó con la cuchara a medio camino de la boca.

–¿Está bien?

–No era por ella. Su hijo se rompió el brazo y tuvimos que ir a verlo y recogerlo.

A Xander le sorprendió que le costara tanto decir «su hijo». No habían pasado ni veinticuatro horas desde que se enteró de la verdad y Joey ya era su hijo en su cabeza. Quería decirle la verdad a Ken, pero no podía contárselo y no dejarle que se lo contara a Molly. Ella estaba deseando tener nietos, y si era la última en enterarse de que tenía uno, de diez años encima, alguien saldría malparado.

–Te acuerdas de Rose, ¿verdad, papá?

–¿Tu chica del instituto?

–Sí.

–¿Saliste a cenar con ella? Tu madre no lo sabe.

–No se lo dije, pero sí, salí a cenar con Rose. No quería que mamá sacara conclusiones.

–Me olvido de que tiene un hijo. Creo que viven a un par de pueblos de aquí.

–Es un chico estupendo. Se rompió el brazo en una cama elástica.

–Es una pena. Esa familia ha sufrido un revés detrás de otro. Primero, la mujer de Billy tuvo ese cáncer espantoso. Después, él estaba tan perdido sin ella que casi acabó con el taller. Luego… Bueno, no me extraña que Billy se

metiese en ese asunto tan feo.

–¿Un asunto feo? –preguntó Xander aguzando el oído.

–Sí. Hace unos cinco años Billy se juntó con la gente equivocada. Lo enredaron para que condujera un coche mientras los otros dos robaban un banco.

Xander notó que se le revolvían las tripas. Que Billy estuviera en la cárcel no había presagiado nada bueno, pero había esperado que fuese por algo que no hubiese hecho daño a nadie. No había podido imaginarse un robo a mano armada.

–Billy solo se quedó en el coche y condujo cuando salieron. No tenía ni idea de lo que había pasado en el banco, pero, al parecer, uno de esos hombres disparó y mató a un guardia de seguridad. Fue un lío tremendo.

Efectivamente, era un lío tremendo. Intentó no inmutarse, pero era como si el mundo conspirara contra él. Había conseguido evitar los escándalos hasta la fecha, pero, en ese momento, había muchas cosas que podían acabar con su carrera política para siempre. Un hijo ilegítimo, un asesinato, un robo a mano armada…

No iba a engañarse. Deseaba a Rose con todas sus fuerzas. Antes de que ella hubiese recibido esa llamada, había estado casi seguro de que iba a tenerla. Tenía las mejillas sonrojadas, los labios inflamados por los besos y había dejado escapar esos sonidos de deseo que él recordaba. Entonces, todo se frustró. Seguía deseándola, pero ¿era posible? Él había notado su reticencia después de que se besaran.

Podía ser que solo estuviese preocupada por su hijo, pero le pareció algo más. Como si se arrepintiera. Además, aunque eso no fuese verdad y aunque podían intentar mantener a Joey y el encarcelamiento de su padre en secreto, acabaría sabiéndose que tenía una relación sentimental con Rose. Un periodista descubriría fácilmente lo demás y empezaría a atar cabos. Y eso era solo por parte de Rose. Él también estaba intentando mantener enterrado a su esqueleto.

–¿Qué tal se lo tomó Rose? –preguntó él.

–Solo sé que fue entonces cuando se mudó aquí con su hijo. Intentó llevar el taller de su padre durante un tiempo, pero su hermano acabó ocupándose de él. Molly me contó que Rose siempre parecía optimista cuando hablaba con ella. Creo que intenta fingir que no sucedió nada para sobrellevarlo.

–Es posible –concedió Xander–. No me dijo nada anoche y es algo bastante grave.

–No puedes reprochárselo. Si alguno de vosotros cometiese un crimen, yo no iría proclamándolo a los cuatro vientos.

Xander tragó una cucharada de sopa. Sus hermanos y él llevaban año y medio intentando que sus padres no supieran nada sobre la muerte de Tommy Wilder. No quisieron hacer lo que hicieron aquel día. Se vieron obligados por las circunstancias y por el miedo a perder su nueva casa y sus nuevos padres. Sin embargo, ese día cometieron crímenes. Heath había matado a Tommy por defender a Julianne.

Wade había escondido el cadáver. Brody y él habían destruido y falseado pruebas. Brody había llevado a Julianne al barracón para que se lavara y se cambiara la ropa ensangrentada. Él había recogido la ropa y la había quemado con las pertenencias de Tommy. Además, había falsificado una nota de Tommy. Heath había limpiado el escenario. Entonces, Heath y Julianne solo tenían trece años. Se habían dejado llevar por el pánico y habían intentado protegerse. Si se viesen obligados, podrían demostrar que Tommy murió accidentalmente mientras defendían a su hermana. Cualquiera que conociera a Tommy sabía que era capaz de atacarla. Robaba, se metía en peleas y no hacía sus tareas en la finca. Lo habían llevado al El Jardín del Edén como un último intento de encontrarle una casa de acogida porque su propia familia no podía dominarlo y nadie quería aceptarlo.

Sin embargo, todo eso no significaba que su padre pudiese sufrir otro ataque al corazón si conocía la verdad ni que a Molly se le rompería el alma. Como mínimo, Ken se reprocharía haber estado enfermo y no haber podido proteger a su hija cuando lo necesitaba. Incluso, podría reprocharse




que sus hijos hubiesen tenido que hacerlo y que hubiesen cargado con el peso de sus actos durante todo ese tiempo.

No podía desilusionar a sus padres ni a Rose ni a su hijo. Tampoco defraudaría a sus electores ni a las personas que dependían del centro de acogida. Al parecer, todo el mundo tenía secretos, pero tenía que ocuparse de que esos secretos no destruyeran todo lo que habían levantado con tanto trabajo.




# Capítulo 5

Rose daba un respingo cada vez que oía la campanilla de la puerta.

Llevaba varios días en ascuas esperando que Xander se presentara otra vez. Por una parte, deseaba a Xander, pero por otra, necesitaba distanciarse.

Ya era miércoles y no le había vuelto a ver. Quizá hubiese sido excesivo para él. Aparentemente, se había tomado bien la verdad sobre su hijo. Demasiado bien, quizá. Ella había esperado que se hubiese enfadado por mentirle o que la hubiese acusado de intentar endosarle el hijo de otro hombre. Sin embargo, su expresión solo transmitió cierta decepción y sus palabras parecieron comprensivas. Quizá su fachada de político ocultara la verdad y estaba subiéndose por las paredes o llamando a su abogado.

–Rose, ¿estás preparada para el Festival de la Fresa?

Se dio la vuelta para mirar al anciano que estaba en la barra. Lloyd Singer era el dueño de la farmacia. Almorzaba allí todos los días y se sentaba en el mismo taburete. Ese día había pedido su tarta de merengue de fresa. Admiraba su repostería y era una pena que ese año no fuese uno de los jueces.

–¿Sabes una cosa, Lloyd? Casi ni me había acordado. ¿Es este fin de semana?

–Eso dicen todas las banderolas que cuelgan en la calle.

–He estado preocupada –reconoció ella.

Entre el brazo de Joey, la actitud posesiva de Craig, la aparición de Xander y la carta que había recibido de su padre, había tenido poco tiempo para preocuparse por lo que iba a hacer .




–Creo que deberías participar con esta nube de fresa –susurró Lloyd–. Me encantaría que Lois Waters perdiera de una vez.

Era una buena idea. Nunca la había hecho para el festival.

–Lo tendré presente, Lloyd. Te rellenaré el vaso de Coca Cola.

Rose fue a la máquina con el vaso y, cuando se dio la vuelta, casi lo derrama de un respingo: Xander había entrado sigilosamente y estaba sentado al lado de Lloyd. Estaba increíblemente guapo con un polo azul y unos pantalones beis de algodón. Se parecía más al Xander de sus recuerdos. Sin el traje y la corbata, era el chico del que se había enamorado. Se recompuso y le llevó la bebida a Lloyd como si no hubiese visto a Xander. No quería que él creyera que llevaba unos días esperándolo… u once años.

–Buenas tardes, Xander –le saludó con cortesía–. ¿Qué te apetece hoy?

–Pollo con empanadillas y un trozo de esa maravilla rosa y esponjosa que tiene él.

Ella desapareció en la cocina y volvió enseguida con el pedido. Lloyd ya se había marchado y la mayoría de los clientes estaban volviendo a sus trabajos. Dejó la comida de Xander y empezó a recoger platos, a despedirse y a meterse las propinas en el bolsillo del delantal. Cuando no lo quedó nada que hacer, volvió con el único cliente que quedaba; Xander ya había terminado el pollo y estaba comiéndose la tarta.

–¿Todo bien? –le preguntó ella.

–Sí. Felicita de mi parte al pastelero. Esta tarta de fresa es de cinta azul, y como me han nombrado juez del concurso…

–¿Eres uno de los jueces? –preguntó ella con una sonrisa–. Entonces, no debería decírtelo, pero la he hecho yo.

–¿La has hecho tú? –preguntó él arqueando las cejas.

–Hago casi todos los postres. La dueña me los paga. Cuando dejé la universidad, entré a trabajar en una pastelería.

–Es fantástica. No sé muy bien qué es, pero tiene un sabor muy bueno.

–En pocas palabras, es un bizcocho con merengue de fresa y recubierto con una pelusa blanca.

–¿Una pelusa?

–Una chica tiene que tener algunos secretos –contestó ella.

Xander miró alrededor antes de mirarla a ella.

–Hablando de secretos, ya sé que la otra noche teníamos que hablar de muchas cosas pero ¿por qué no me dijiste nada de Billy?

Rose apretó los dientes y giró la cabeza para mirar a otro lado. Era muy bochornoso y no podía mirarlo mientras hablaba de eso.

–Me invitaste a cenar para recordar los viejos tiempos y no quería entristecerte con la historia de mi vida. ¿Quién te lo ha contado?

–Tu hermano dijo algo que no tenía sentido para mí y se lo pregunté a Ken.

–No me extraña que vinieras corriendo a verme. El abuelo de tu hijo ilegítimo está en la cárcel por intento de robo a mano armada y asesinato. Es un titular que no querrás ver en tu campaña.

–No he venido por eso –replicó Xander–. No quería venir demasiado pronto para no llamar la atención. Decidimos que no íbamos a decir que soy el padre de Joey y si me pasaba todo el día por aquí, acabaríamos delatándonos. Mi libro sale mañana y he estado concediendo entrevistas telefónicas. Una vez hecho eso, he venido directamente.

–¿De verdad? –preguntó ella con una sonrisa coqueta.

Sabía que no debería sentirse complacida, pero le emocionaba saber que él había estado esperando para verla.

–De verdad –Xander la miró con la sinceridad reflejada en los ojos–. Me gustaría salir contigo otra vez.

–Daisy´s cierra este fin de semana por el festival. La dueña me paga para

que participe porque es una buena publicidad si lo hago bien. Además, tengo a Joey. Le prometí que iríamos a la feria y veríamos el desfile. No creo que pueda montarse en nada con el brazo, pero lo atiborraré de algodón de azúcar.

–Me parece un buen plan. El viernes tengo que pasar unas horas juzgando tartas, pero ¿te importa si os acompaño a la feria y, a lo mejor, el sábado al desfile?

Ella se quedó atónita. Una cosa era llevarla a una cena clandestina en otro condado, pero ir juntos al acontecimiento más importante del pueblo era completamente distinto.

–Bueno, claro, si quieres… Creía que…

–¿Qué?

–Creía que no querrías que te vieran en público con Joey por si alguien se fija en el parecido.

Rose supo que Xander no había caído en la cuenta.

–No pasa nada. Me di cuenta enseguida del parecido, pero quienes no nos conocieron a Heath y a mí de pequeños, pueden pasarlo por alto.

–¿Estás seguro?

–Sí. No quiero que conocer a mi hijo y estar contigo sea algo que tenga que ocultar. Tenemos que mantener algunas cosas en secreto por ahora, pero esa no es una de ellas.

Se quedó muda. Él se había tomado bien la noticia de que era padre, pero había estado segura de que querría mantener la distancia. Ella había tenido la idea de silenciar la historia y había contado con ello para mantener a raya sus hormonas. Era una situación complicada con fecha de caducidad, y la distancia la ayudaría a tenerlo presente porque nada de eso le importaba cuando él estaba cerca. Sin embargo, si él quería pasar tiempo con ella y su hijo, sería una necia si se negaba.

–Entonces, me parece muy bien que nos acompañes. Estoy segura de que

Joey se lo pasará en grande. A lo mejor puedes ganar un muñeco de peluche para él. A mí no se me dan bien los juegos de feria y, con su brazo, tú eres la única esperanza.

–Todavía tengo un buen brazo para lanzamientos –replicó él con una sonrisa–. Además, puedo compensar con dinero mi falta de destreza.

Xander apagó la televisión, como hacía todas las noches después del noticiario. Había pasado otro día sin que el maldito dibujo saliera en las noticias. Empezaba a pensar que Brody podría haberse equivocado. Quizá se hubiese enterado de que tenían pensado hacerlo pero hubiesen cambiado de opinión. Él no quería que saliera a la luz, pero estaba allí para lidiar con las repercusiones.

Era el descanso más largo del año, y cuando empezara otra vez el período de sesiones del Congreso, no podría hacer gran cosa si estallaba algo. Decidió mandar un correo electrónico a Brody. Quizá él supiese lo que estaba pasando. Esperó con paciencia mientras se descargaban los cientos de correos acumulados después de un par de días sin abrir el portátil. Había estado trabajando con Ken en la finca. No lo hacía desde hacía años y le gustaba montarse en la cortacésped, recortar los árboles y comprobar si había plagas. Los abetos no eran ni la mitad de desesperantes que los comités donde pactaban los dos partidos. El último correo era de su hermano Heath, que lo invitaba a un videochat. Aceptó, conectó la cámara y apareció la imagen de su hermano.

–Buenas tardes, hermanito –le saludó Xander.

–Hola –Heath estaba en la cama–. Me alegro de encontrarte conectado. No te has conectado mucho últimamente.

–Ya sabes lo que pasa cuando estás aquí. Papá me ha puesto a segar el campo.

–Y luego se preguntarán por qué nos marchamos y les visitamos poco.

–No me importa. Mamá me da de comer como si tuviera diecisiete años. Si




no hago algo de trabajo físico, no entraré en los trajes. Bueno, ¿qué pasa?

Heath se puso más serio, algo bastante raro. Su hermano era el gracioso y simpático de la familia. Siempre hacía una broma en los momentos tensos, pero no se podían hacer muchas bromas cuando surgía el asunto de Tommy Wilder.

–Me preguntaba si se sabías algo del dibujo.

Su hermano era el que más tenía que perder si se sabía la verdad. Estaba plenamente justificado, pero, en definitiva, Heath había matado a Tommy. Xander nunca entendería cómo un chico delgaducho de casi trece años había podido con otro grande, fuerte y de casi dieciocho. Solo Heath y Julianne presenciaron la muerte de Tommy, pero ninguno de los dos había querido decir nada de lo que pasó. Él no los culpaba. Lo único que habían hecho era defenderse.

–Todavía no. Es más, me he conectado porque quería comprobar si Brody tenía alguna información. Nadie ha dicho ni una palabra del cadáver desde que estoy aquí.

Además, con lo que estaba pasando con Rose, algunas veces se olvidaba de para qué había ido.

Su hermano suspiró con alivio, pero lo miró desde la pantalla con curiosidad.

–¿Qué más está pasando?

–Nada. Todo está tranquilo.

–Tienes esa expresión de estar dándole vueltas a algo y el párpado derecho no para de temblarte. No me lo has contado todo.

–No hay nada que contar sobre Tommy –insistió Xander.

–¿Y sobre todo lo que no se refiere a Tommy?

Heath lo conocía muy bien y sabía que tenía algo metido en la cabeza. Además, quería contárselo, necesitaba confiar en alguien y Heath no estaba en Cornwall ni lo estaría próximamente.

–De acuerdo, pero esto es un secreto. No puedes contárselo a nadie. Ni siquiera a tu chica de esta semana, a la que no conozco.

–Vaya, tiene que ser algo fantástico –Heath arqueó las cejas–. No lo contaré.

–Heath, de verdad, tiene que mantenerse en secreto. Ni siquiera debería contártelo a ti, pero tengo que hablarlo con alguien.

–Te juro que no se lo diré a nadie.

–De acuerdo. Prepárate porque es una bomba. Tengo un hijo de diez años que se llama Joey.

Heath abrió los ojos como platos, se incorporó en la cama y contó con los dedos.

–¿Rose?

–Sí. Acabo de enterarme.

–Caray… –Heath se pasó los dedos por el pelo–. ¿Lo has visto?

–Sí, pero él no sabe que soy su padre. Rose y yo hemos decidido esperar.

–¿A qué? Ya has esperado diez años.

–Lo propuso ella. Creo que no está preparada para las habladurías del pueblo. La verdad es que yo tampoco. Sería preferible que esperáramos a que terminara la promoción de mi libro y la campaña para la reelección. No es un escándalo tremendo, pero, mezclado con otros asuntos, podría dar ventaja a mi competidor.

–¿Ese niño va a tener que esperar un año a saber quién es su padre porque podría perjudicarte?

–Yo quería hacerlo oficial, pero los trámites podrían despertar sospechas. Yo estoy acostumbrado a que la prensa se meta en mi vida, pero se lanzaría sobre Rose y ella no lo ha buscado. La vida de un político es distinta. Nos escudriñan por todo.




–¿Y qué? No te han sorprendido en un cuarto de baño con un travesti menor de edad.

–No, pero soy la cara visible del Centro de Acogida Benéfico. Me paso todo el tiempo defendiendo la adopción de niños necesitados. ¿Cómo se entendería que yo tuviera un hijo abandonado?

–¿Cómo vas a abandonar a un hijo que no conoces?

–La prensa encontraría la manera de colgarme por ello. Cuando se supiera la verdad, ya sería demasiado tarde para subsanar el daño. Si mi libro no sale, el centro de acogida no recaudará el dinero que necesita. Si no me reeligen, ya no tendré la plataforma para ayudarlos. Aunque decidiera que me daba igual que no me reeligieran y volviera a Cornwall a trabajar en la finca, no podría dejar tirada a la gente del centro.

–No eres el único responsable de que salga adelante.

–Lo parece. Solo necesito algo de tiempo para pasarlo con Rose y Joey sin tener a la prensa pisándome los talones. Tiempo para resolverlo y que no perjudique mi imagen pública a largo plazo.

–Te preocupas demasiado por lo que piensa la gente. Eres igual que Jules en eso.

–Tengo que preocuparme. Mi carrera política va muy bien, Heath. El partido confía mucho en mí y en mi porvenir. Se ha hablado… –Xander se calló porque no se lo había contado a nadie–. Se ha llegado a decir que algún día seré un cargo importante del partido. Esto podría ser insignificante para un congresista al que solo conocen en su distrito, pero ¿voy a tirar por la borda mis posibilidades por un hijo fruto de un amor furtivo? ¿Elegirían a un presidente si el padre de la primera dama estuviera en prisión?

–¿Primera dama? –Heath se incorporó un poco más–. ¿Prisión? Empieza por la primera dama. Es un salto muy grande. ¿Vais en serio?

–No vamos en serio. Hemos salido una vez.

A él, sin embargo, le parecían muchas más, como si todos los años que habían pasado separados solo fuesen un abrir y cerrar de ojos.

–Sí, me atrae –siguió Xander–. Incluso, es más hermosa de lo que recordaba. Estar con ella fue… como siempre, casi como si volviera a ser un adolescente. Quiero conocerla más. No sé qué implica «más», pero, teniendo en cuenta que ha criado a mi hijo durante todos esos años, quizá lo correcto fuese que me casase con ella.

–Qué romántico, justo lo que quiere oír una chica.

–¡Sabes lo que quiero decir! Lo habría hecho hace once años si ella me hubiese dejado. Creo que no me lo dijo por eso.

–¿La amas?

–La amé y podría amarla otra vez. No he amado a nadie más. He lamentado haber permitido que desapareciera de mi vida y ahora, al saber la verdad, lo lamento más. Sé que la quiero y que quiero a mi hijo. No quiero que él se abochorne de cómo se crió.

–Lo tienes todo muy meditado, como siempre. Estoy seguro de que sabrás lo que tienes que hacer, pero no te fugues para casarte con ella, no te precipites. Es mucho más fácil casarse que divorciarse.

–Lo dices como si fueras un especialista en decisiones equivocadas –replicó Xander.

–Soy un maestro tomando decisiones precipitadas. Si vas a fugarte con Rose y mamá se entera, te estrangulará por no haber contado con ella.

–Gracias. No era lo que había pensado, pero lo tendré presente.

–De nada, pero ¿qué es eso de que Billy está en la cárcel?

Xander le contó todo lo que le había contado Ken del encontronazo de Billy con la justicia.

–Eres una buena persona y solo puedo concluir que estás pagando algo que hiciste en tu otra vida. No encuentro otra explicación –replicó Heath sacudiendo la cabeza.

–Siempre he dicho que la mejor manera de no salir en la prensa




sensacionalista es no hacer nada escandaloso. Ha dado resultado hasta el momento, pero ahora es como si me lanzaran bolas tan deprisa que no puedo batearlas.

–Al menos, dada la situación de su padre, Rose podría ser más comprensiva sobre Tommy.

–No. No está nada contenta con Billy. No siente compasión por él ni por ningún criminal.

–¿De verdad nos consideras criminales? –preguntó Heath.

–No, pero eso no significa que los demás no nos lo consideren. No quiero que ninguno de nuestros problemas la afecten. Afrontaré los problemas según se presenten, pero preferiría que ella no oyera nunca el nombre de Tommy Wilder.

–Intenta pasarlo bien mientras estés ahí. Conoce a tu hijo… ¡Caray! ¡Soy tío! El tío Heath. No me gusta cómo suena. En cualquier caso, pasa tiempo con él, aprovecha tus vacaciones.

–Lo intentaré, aunque va a ser complicado.

–Pasarán unos veinte años antes de que llegues a ser un político de primera fila, si llegas a serlo. Para entonces, tu hijo tendrá nuestra edad y tu suegro estará en libertad condicional e ingresado en una residencia. Incluso todo este jaleo sobre Tommy será un recuerdo lejano.

Era difícil imaginárselo, pero tenía razón. Hacía veinte años, él era un niño normal. ¿Cuántas cosas habían cambiado desde entonces? ¿Cuántas cambiarían durante los próximos veinte años?

–No organices toda tu vida alrededor de cosas que podrían no tener importancia –siguió Heath–. Podrías perderte la cosas buenas que están pasando ahora.




# Capítulo 6

Xander estaba empachado. Había probado infinidad de tartas y

pasteles de fresa y llegaban los sorbetes de fresa, galletas de fresa, helados de fresa, jalea de fresa y macedonias de fresa. Cuando saliera de allí, iba a comerse el primer perrito caliente con mostaza que encontrara.

Puntuó la última jalea y el grupo se tomó media hora de descanso mientras se hacían las clasificaciones. Después, elegirían a la mejor del concurso de entre las ganadoras de las cuatro categorías. Le dio al merengue de Rose la máxima puntuación de su categoría porque había sido la mejor tarta que había probado. No sabía si Molly se había presentado ese año y no quería saberlo. Por un lado, se sentiría obligado a darle una buena puntuación por ser su madre y, por el otro, también se sentiría obligado a darle una mala por ser su madre. Cada plato tenía asignado un número y eso era lo único que sabía.

Eran casi las siete de la tarde del viernes cuando por fin quedó liberado de las obligaciones como juez. Las ganadoras se conocerían al día siguiente y participarían en el desfile, pero, por el momento, era un hombre libre. Mandó un mensaje a Rose y se encontró con ellos en la feria. Joey y ella estaban sentados a una mesa de picnic y comían una tarta de fresa y nata. Rose estaba muy guapa. Llevaba unos vaqueros oscuros y un top con volantes verdes y azules y tenía el pelo recogido en un moño que le dejaba al desnudo su elegante cuello. Las luces de la feria le daban un tono rosado a la piel y sus labios eran tan dulces y carnosos como la fresa que estaban celebrando. No le importaría hartarse de ese plato.

–Hola –los saludó llegando por detrás.

Rose de dio la vuelta y sonrió. Él se inclinó y le dio un abrazo fugaz.




–¡Hola, Xander! –lo saludó Joey con las comisuras de los labios pringadas de rojo.

Iba vestido casi como él, con unos vaqueros desgastados y una camiseta, aunque la camiseta de Joey llevaba unos Angry Birds.

–¿Quieres un poco de tarta? –añadió el niño.

–No, gracias, muchacho –se dio cuenta de que su padre lo llamaba así cuando era pequeño y sintió una opresión–. Ya he comido dulce para todo el año –continuó–. ¿Sabéis dónde venden perritos calientes?

–En aquel puesto –contestó Rose señalándolo.

–Iré a por uno. ¿Queréis algo?

–Una salchicha empanada y un refresco de limón –pidió Joey.

–Yo, lo mismo. ¿Necesitas ayuda?

–No –contestó Xander–. Ahora vuelvo.

Había una fila delante del puesto y esperó pacientemente. No prestó atención a lo que pasaba a su alrededor hasta que le dieron la comida y se dio la vuelta para volver a la mesa. Entonces, una mujer rubia que también estaba en la fila le tocó el brazo.

–Xander Langston. No sabía que estabas en el pueblo.

Era la rica, esnob y famosa Christie Clark. Él puso su cara de campaña electoral y sonrió.

–Christie, me alegro de verte.

También se alegró de tener las manos ocupadas y de no poder darle el abrazo que ella esperaba. Christie miró la bandeja que llevaba y luego miró hacia donde él se dirigía. Esbozó una sonrisa maliciosa en cuanto vio a Rose y a Joey.

–Rose y tú os habéis reencontrado.

–Sí –Xander intentó que ella no pudiera sacar conclusiones–. La vi el otro

día en Daisy´s y le pregunté si les gustaría, a ella y a su hijo, conmigo en la feria.

–Su hijo es un encanto y está muy guapo –murmuró ella–. Si no supiese que es imposible, habría pensado que Rose había encontrado a tu doble cuando te marchaste a Washington.

–¿Puedes reprochárselo? –preguntó él sin hacer caso de la insinuación–. Soy guapo. Yo también habría intentado encontrar a alguien tan guapo como yo. Ya nos veremos por ahí, Christie.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la mesa. Las personas como ella eran el motivo para que Rose quisiera mantener en secreto la verdad, y no le extrañaba. Apretó los dientes con rabia, pero intentó tragársela antes de que llegara a la mesa. No quería que Rose lo viese alterado.

–¡Salchichas empanadas para todos!

Dejó la bandeja en la mesa y Rose empezó a sacar las salchichas, las bolsas de patatas y los refrescos. La observó un momento y luego miró hacia el puesto de perritos calientes. Christie había desaparecido y se alegró. No quería que le estropeara esa noche con Rose y Joey.

–¡A comer! –exclamó Rose.

Xander se sentó al lado de ella e intentó concentrarse en su salchicha. Cuando terminó, se giró hacia las luces y vio una caseta donde pintaban la cara. Joey no podría montar en muchas atracciones ni jugar, y eso podría divertirlo. Además, si así se disimulaba su parecido, mejor que mejor.

–Creo que deberíamos pintarnos las caras. Hace años que no lo hago. ¿Qué te parece Joey? ¿Te la pintamos como Spiderman o algo así?

–Estaría bien. ¿Pintarán los personajes de *La guerra de las galaxias*? Un *stormtrooper* sería genial.

Xander tuvo que reírse. A él también le gustaba mucho.

–Es una idea fantástica –reconoció Rose.

Recogieron los restos de comida y tomaron el camino. Todas las casetas y

juegos estaban iluminados, tenían música de feria y los premios iban desde osos de peluche a guitarras eléctricas de plástico hinchable.

–¡Mira eso! –exclamó Joey señalando una de las casetas.

El juego consistía en tirar una moneda de veinticinco centavos y que cayera en unos platos de cristal sin que se saliera. El premio podía ser o un enorme bate de béisbol hinchable o un almohadón rosa con forma de margarita.

–¿Quieres el almohadón con forma de margarita? –bromeó él.

–¡No! –Joey puso el mismo gesto de indignación que ponía él cuando era pequeño–. ¡El bate de béisbol!

–De acuerdo. Lo intentaremos cuando nos hayamos pintado –quería que le maquillaran la cara antes para respirar tranquilo el resto de la noche.

El maquillador tenía un muestrario muy grande en la pared. Había un *stormtrooper*, pero Joey cambió de idea en cuanto vio a Darth Maul. Rose eligió una mariposa rosa y morada y él, la máscara de Batman. Cuando se alejaron de la caseta, eran irreconocibles.

Volvieron a los juegos y le dio a Joey un par de dólares en monedas de veinticinco centavos para que intentara ganar el bate de béisbol. Rose y él retrocedieron unos pasos para verlo jugar.

–Has sido muy astuto –comentó ella–. Me había olvidado de lo listo que eras.

–No he sido tan sutil como había creído.

–Bueno, te he visto hablando con Christie Clark. Supuse que te había dicho algo, porque el otro día no parecías tan preocupado.

–Ya conoces a Christie. Será la primera en comentar algo, da igual qué. Supuse que si ella había captado el parecido sin vernos juntos, los demás lo captarían con más motivos si nos veían paseando. Vi la caseta y me pareció divertido. Si además evita que la gente ate cabos, mejor todavía.

Rose asintió con la cabeza y se quedó mirando el suelo.

–No podemos pintarle la cara todos los días –comentó ella en voz baja.

–Lo sé…

Xander se calló cuando oyeron los aplausos y gritos de alegría que llegaban de la caseta.

–¡Mamá! ¡Xander! ¡He ganado! –gritó Joey con la cara resplandeciente por la emoción.

Se acercaron inmediatamente para felicitarlo y pedir el bate de béisbol gigante. Xander, en vez de preocuparse, intentó seguir el consejo de Heath y disfrutar del momento. Siempre le había encantado ir a la feria con Heath y sus padres antes de que murieran. Christie Clark podía irse al infierno. No iba a perderse esos momentos por su lengua afilada y su expresión jactanciosa. Iban a pasárselo bien. Iba a disfrutar con su nueva familia y no iba a permitir que nadie se lo estropeara, ni él mismo.

A las diez, la multitud se congregó alrededor del estanque para ver los fuegos artificiales. Rose sacó una manta del coche y la extendió para ver el espectáculo. Siempre le habían gustado los fuegos artificiales, pero era difícil concentrarse cuando tenía tan cerca el cálido cuerpo de Xander. Entonces, notó que le tomaba la mano. Nadie podía verlos y se permitió disfrutar de ese momento y del cosquilleo que sintió por el brazo. El espectáculo terminó antes de lo que le habría gustado. Eso significaba volver a la realidad. Retiró la mano a regañadientes, se sentó y vio que su hijo estaba dormido. Le apartó el pelo de los ojos y ni se inmutó.

–Creo que lo hemos agotado.

–No me extraña –comentó Xander–, lo llevaremos a casa.

Rose le observó mientras le tomaba en brazos. Dobló la manta y volvieron al aparcamiento con la multitud. Xander dejó a Joey en el asiento trasero y le puso el cinturón de seguridad. Ella se había quedado asombrada de cómo se había portado con Joey esa noche. Nunca había visto a Joey tan resplandeciente, y ella se sintió muy feliz al verlos juntos.




–Ya estáis listos –comentó él mientras cerraba la puerta de coche con mucho cuidado.

Ella lo miró. Las luces del aparcamiento le iluminaban el rostro y hacían que pareciera muy guapo y diabólico a la vez. Una parte de sí misma se desgarró el día que lo abandonó; tenía algo irresistible. No sabía si era la sonrisa torcida o los ojos amables, pero estaba perdida en cuanto la miraba, aunque tuviera pintada la máscara de Batman.

–Sígueme a casa –le pidió antes de que perdiera al temple.

Sabía que no era lo más sensato, pero le daba igual. Estaba segura de que Xander siempre sería parte de la vida de Joey y de la de ella… Tenía que aprovechar mientras pudiera. Él volvería pronto a Washington y a las sofisticadas mujeres de allí. Al final, alguna de ellas podría ser la madrastra de Joey. Sin embargo, esa noche, Xander sería todo suyo.

–Claro. A ti te costaría mucho sacarlo del coche.

–Sí, pero no quiero que me acompañes a casa por eso.

Él la miró fijamente mientras asimilaba lo que ella quería decir. Tragó saliva y apretó los dientes.

–¿Estás segura?

–No, pero da igual. Te deseo. Si tú me deseas, sígueme a casa.

Él asintió con la cabeza y retrocedió un paso con una expresión difícil de interpretar. Su Lexus estaba aparcado en el extremo opuesto y ella lo observó alejarse sin estar segura de que fuese a seguirla. Salieron a la carretera con toda la multitud y ella no dejó de mirar por el retrovisor. Cuando pasaron la desviación que llevaba a la finca y él seguía allí, el corazón se le desbocó. Ella lo deseaba e iba a tenerlo, al menos esa noche.

La última vez que hicieron el amor, ella era una adolescente joven con un abdomen duro y plano. Se había esforzado para conservar la figura, pero había tenido un hijo y le había dado el pecho. Se encontraba bastante bien cuando se miraba desnuda en un espejo, pero ya no estaba tan dura. Tomó una bocanada de aire cuando llegó a su edificio y aparcó el coche.

Xander aparcó al lado y se bajó. Le dirigió una sonrisa muy elocuente y ella notó que las entrañas se le ponían en tensión. Las manos casi le temblaban cuando abrió la puerta. Él le guiñó un ojo antes de inclinarse para sacar a Joey. Entraron juntos y lo acostaron. Rose le quitó los zapatos y los vaqueros. Esa noche podía dormir con la camiseta y los calzoncillos. Sin embargo, quería quitarle algo de la pintura de la cara. Tomó una toallita desmaquilladora del cuarto de baño y se la pasó varias veces. Joey se quejó un poco, pero no se despertó.

–¿Tienes más de esas? –preguntó él mirando la toallita manchada de rojo y negro.

–Claro.

Rose le llevó al otro extremo del piso, donde estaban su dormitorio y su cuarto de baño, sacó una toallita y se la entregó. Ella tomó otra y se quitó rápidamente la mariposa. Cuando terminó, se dio cuenta de que Xander seguía teniendo pintura.

–Te ayudaré –se ofreció ella acariciándole la cara.

En cuanto lo tocó, Xander le cubrió la mano con la suya y cerró los ojos para deleitarse con el contacto.

–Rose… –susurró él.

Su nombre, dicho por él, fue como una caricia, y todos sus sentidos cobraron vida. Él bajó la otra mano hasta su cintura pasándole los dedos por encima del top. La sangre le bulló, las mejillas le abrasaron y los pechos se le endurecieron debajo del sujetador. Xander se inclinó y la besó en los labios. Ella se derritió y estrechó cada curva delicada de su cuerpo contra cada ángulo pétreo del de él. Mientras la tanteaba lentamente con la lengua, notó que le introducía las yemas de los dedos por debajo de la cinturilla de los vaqueros. Levantó las manos por encima de la cabeza y él se apartó lo justo para quitarle el top. La miró con deleite. Las curvas que había ganado con los años no parecían importarle. En realidad, parecían avivar su fuego como no habían hecho antes. Eso le dio el atrevimiento que necesitaba para quitarse el sujetador. Los pechos quedaron libres y los vértices rosados se irguieron como si anhelaran que los acariciara. Él dejó

escapar un gruñido, pero no la tocó todavía. Antes, se quitó la camisa por encima de la cabeza y la tiró al suelo. Ella se quedó sin aliento al verlo. También había cambiado. Su jugador de béisbol espigado parecía más ancho y más fuerte.

El pecho era como un muro con los músculos esculpidos en la piedra. Una leve pelusa marrón le cubría parte de los pectorales y bajaba por el abdomen hasta desaparecer debajo del pantalón. Tuvo que hacer un esfuerzo para contener las manos y no desabotonarle la bragueta. Él se acercó, casi abrumándola con su imponente figura, y se estrechó contra ella tomándole la cara entre las manos para besarla otra vez. Rose lo abrazó con fuerza hasta que sus pechos se aplastaron contra él. Xander gruñó sin apartar la boca, bajó las manos por sus costados y sus caderas y le acarició el trasero por encima de los vaqueros. Entonces, notó que la agarraba por detrás de los muslos y la levantaba antes de que pudiera darse cuenta. Ella le rodeó el cuello con los brazos y la cintura con los muslos para seguir besándolo.

La sacó del cuarto de baño, la llevó al dormitorio y la sentó en el borde de la cama. Se agachó delante de ella, le desabrochó los vaqueros y se los bajó por los muslos. Le quitó los zapatos y terminó de bajarle los pantalones antes de subirle las manos por las piernas desnudas hasta el borde de las bragas de encaje. Ella estaba apoyada en los codos y lo observaba con avidez. Cuanto más cerca de su palpitante entrepierna notaba su aliento, más le costaba respirar. Él le bajó las bragas con delicadeza, se las quitó y le separó los muslos. Notó su lengua y no pudo seguir mirando. Cerró los ojos, dejó caer la cabeza hacia atrás y contuvo el aliento mientras le paladeaba su húmeda abertura. Le tomó el pezón izquierdo entre los dedos y sus caderas se arquearon contra su lengua. Sabía cómo complacerla aunque hubiese pasado todo ese tiempo. La había llevado al límite en un instante y estaba a punto de traspasarlo.

Se sintió espoleado y lamió su húmeda calidez con más entusiasmo, hasta que ella jadeó y se retorció sobre el colchón. El clímax la alcanzó con toda su fuerza y sus incesantes caricias la atraparon en su deslumbrante intensidad.




Lo miró con los ojos entrecerrados mientras él se levantaba, se quitaba los vaqueros y se ponía el preservativo. Lo notó encima antes de que pudiera darse la vuelta. Su peso la aplastó contra el colchón. Podía notar la dureza ardiente sobre los muslos y su aliento en el cuello. Con un estremecimiento de deseo, separó las piernas, se apoyó en los codos y levantó el trasero. Él entró y fue como si todo su cuerpo estuviera en contacto con el de él.

–Rose… –le susurró al oído.

La besó en el cuello y en el hombro y le tomó los pechos con las manos. Una oleada de placer se adueñó de ella y sus músculos se tensaron alrededor de su miembro. Xander se estremeció y volvió a entrar en ella. Aunque estaba de espaldas a él, nunca se había sentido tan cerca. Podía notar cada palpitación de sus músculos y cada susurro en el cuello. Era como si él fuese una manta que la envolvía cálidamente y le daba seguridad.

Entonces, empezó a moverse más deprisa. Ella se agarró a la sábana y siguió el ritmo de sus acometidas mientras el anhelo le atenazaba las entrañas con más fuerza cada vez. Había esperado demasiado para volver a tener a Xander en su cama y en su cuerpo, deseándola con tanta voracidad como antes. Eso bastó para que perdiera el dominio de sí misma. El arrebato de placer fue como lava en las venas y su esencia más íntima palpitaba alrededor de él. Jadeó sobre la almohada y sus jadeos se mezclaron enseguida con los gruñidos de Xander al liberarse.

Xander, con la respiración todavía entrecortada, la tumbó de lado y se dejó caer sobre el colchón. Ella se acurrucó junto a él. Era un momento tan plácido que podría quedarse dormida en sus brazos. Entonces, una cosa muy graciosa se le pasó por la cabeza.

–A Lois Waters le daría un ataque si se enterara de esto.

Xander se incorporó, se apoyó en un codo y la miró.

–¿Por qué estamos hablando de la mujer del alcalde cuando podríamos hablar de tantas cosas en este momento?

–Se me ha ocurrido que se pondría furiosa si se enterara.




Él suspiró y le apartó unos mechones mojados de la cara.

–Si se enterara, ¿de qué?

–Si se enterara de que estoy acostándome con uno de los jueces –contestó ella con la más maliciosa de sus sonrisas.




# Capítulo 7

Empezaba a amanecer cuando Xander habló.

–Debería marcharme.

Rose gruñó y se puso de costado para mirarlo. Estaba despeinada y tenía un brillo adormilado en los ojos.

–No hace falta.

–Lo sé –él se sentó en el borde de la cama–, pero creo que tengo que marcharme antes de que se despierte Joey.

Justo entonces, se oyeron unas voces que llegaban de la sala.

–Demasiado tarde –Rose bostezó y se estiró–. Joey es madrugador. Afortunadamente, ya se prepara los cereales y ve la televisión hasta que me levanto.

–Y ahora, ¿qué? –preguntó él.

–Ahora nos levantamos, nos vestimos y desayunamos. Si no le damos mucha importancia, él creerá que no la tiene.

–¿Está acostumbrado a que se queden hombres a pasar la noche?

–¡No! –contestó ella en tono indignado–. Nunca se ha quedado ningún hombre.

–No quería ofenderte. No sé con cuántos hombres has salido desde que no nos vemos ni lo serio que ha sido. Te aseguro que yo he salido con más personas que tú.

–Me alegra saber que no te has quedado abatido por mi culpa durante




todos estos años –replicó ella con el ceño fruncido y poniéndose una bata para desaparecer en el cuarto de baño.

Él sacudió la cabeza. Siempre sabía lo que tenía que decir, menos cuando estaba cerca de Rose. Entonces, siempre acabada diciendo algo que era desconsiderado o abiertamente insultante. Empezó a vestirse y ya estaba vestido cuando ella volvió.

–Voy a hacer café –comentó ella.

Salieron juntos y se dirigieron hacia el ruido de los dibujos animados.

–Buenos días, cariño.

Rose saludó a su hijo. Él dejó de mirar la televisión, se dio la vuelta y sonrió al ver a Xander.

–Buenos días. ¡Hola, Xander! ¿Quieres un Pop-Tarts? Son de chocolate y malvavisco tostado.

–Hola, muchacho. No me apetece desayunar, pero gracias.

Joey se encogió de hombros y siguió viendo los dibujos animados.

–Ha sido una oferta muy generosa –comentó Rose en voz baja–. ¿Seguro que quieres rechazarla? No da sus Pop-Tarts a nadie. Ni siquiera a Craig. Debes de ser alguien especial.

–Me siento honrado, pero no me apetece chocolate y malvavisco a esta hora de la mañana.

–¿Y café?

–Sí, por favor.

Rose sirvió dos tazas de café y le dio una a él.

–Joey, ¿puedes poner las noticias? –le pidió ella–. Quiero saber a qué hora empieza el desfile.

Joey cambió el canal a regañadientes. Una presentadora habló del tiempo e informó sobre el festival y el desfile, que, al parecer, empezaba a




las once.

–Sé que a las diez se dará el nombre de las ganadoras del concurso –añadió Xander–. Tengo que ir a mi casa para cambiarme y tendré que estar allí a las nueve y media porque voy a ayudar a entregar los premios.

–Nos encontraremos en la ceremonia de entrega de premios –dijo ella.

Xander había dado la espalda a la televisión en cuanto tuvo la información que quería sobre el desfile, pero la voz de la presentadora volvió a captar su atención.

–… dibujo que ayudará a las autoridades a identificar el cadáver que se encontró el diciembre pasado.

Volvió a mirar la televisión justo cuando el tan esperado dibujo aparecía en la pantalla. Se le revolvió el estómago. La recreación del artista lo miraba fijamente. El infierno estaba a punto de empezar y la mujer siguió hablando.

–El forense informó el año pasado de que la víctima era un hombre caucásico de entre dieciséis y veinticuatro años. Se cree que la muerte se produjo por traumatismo craneal. Si tiene alguna información o reconoce a la persona del dibujo, por favor, llame a la oficina del sheriff local.

–Es espantoso –comentó Rose.

Era lo mismo que estaba pensando él. Cuando terminara el Día de la Fresa, tenía que volver a su casa para empezar a desviar la atención.

–Nunca esperas que algo así pueda pasar donde vives –comentó él.

–Yo no lo reconozco. ¿Y tú?

–No –contestó él sin mirarlo.

La verdad era que no se parecía mucho a Tommy. Si no supiese que ese cadáver era el del muchacho que había vivido con él en el barracón, no los habría relacionado.

–¿No te impresiona saber que alguien murió entonces en las tierras de tus

padres?

–No. La finca era enorme y podrían haber pasado muchas cosas sin que nadie se enterara. Además, pudo haber pasado antes de que Heath y yo llegáramos aquí.

–A mí, me aterraría. Puede haber un asesino suelto por Cornwall –comentó ella en voz baja–. Podría ser alguien que conozco, alguien en quien confío.

–Fue hace mucho tiempo. Cualquiera podría haberse metido en las tierras, dos hombres que vagaban por la zona podrían haberse enzarzado en una discusión en el bosque y uno podría haber matado al otro. Podrían ser dos personas desconocidas.

–Es posible –concedió ella–. ¿Tienes hambre?

–Un poco. Me gustaría comer algo sin fresas.

Ella fue hasta la nevera y él vio un impreso de un campamento de *boy scouts*.

–¿Va ir Joey al campamento? –preguntó él.

Él fue a la edad de Joey y le encantó. Aprendió a disparar con arco, a hacer miles de nudos y a convertir los macarrones en arte. Rose se llevó un dedo a los labios, pero Joey había puesto otra vez los dibujos animados.

–No. Él quiere ir, pero yo no puedo pagarlo.

–¿Cuándo es?

–Empieza el lunes. Además, con el brazo, no lo habrían admitido aunque hubiese podido pagarlo.

Él se acordaba de haber visto a un niño con el brazo roto cuando fue al campamento. Si Troy Williams seguía siendo el organizador, quizá Joey pudiese ir. Troy había contribuido generosamente a su campaña. Podría llamarlo y Joey podría pasárselo muy bien. Además, como el dibujo acababa de salir a la luz, podría ser la mejor solución. Así, él no tendría que dividirse entre estar con su hijo y lidiar con la prensa.




–A lo mejor sí lo admiten. Deberíamos preguntarlo. Podría ser una compensación por haberme perdido sus partidos de béisbol.

–Xander, ya te he dicho que no puedo paga…

–Y yo te he dicho que iba a ayudar –la interrumpió él–. Él quiere ir y si el organizador lo admite, ¿dejarás que me haga cargo?

Ella puso una mueca, pero no contestó.

–Siete días enteros sin un hijo a tus espaldas –siguió él–. Los dos podríamos hacer lo que tengamos que hacer durante el día y luego, después del trabajo, podría pasarme por aquí.

Rose lo miró a los ojos con el brillo del deseo resplandeciente otra vez. Él no soportaba tener que esperar una eternidad hasta que volviera a acariciarla. Le distraería de todo lo que estaba a punto de suceder. Ella no dijo nada, pero tampoco hizo falta.

–Llamaré a Troy de camino a casa. Si no puede ser, no irá, pero si puede ir, quiero hacerme cargo.

Rose se mantuvo alejada de Xander durante la celebración. Los platos eran anónimos, pero si parecía demasiado simpática con Xander, alguien diría que había gato encerrado. Nunca había ganado y la reputación de Daisy´s, podía verse mezclada en un escándalo pueblerino por unas tartas. A pesar de eso, podía imaginarse la cara de Lois Waters si no ganaba y, con escándalo o sin él, merecería la pena.

Se sentó en la última fila con Joey, quien estaba muy aburrido. Edith Andrews se llevó el premio al mejor postre por un hojaldre con fresa. Una radiante Molly Eden ganó la categoría de mermeladas y conservas con la confitura de jalapeños y fresa. Luego, naturalmente, Lois Waters ganó el primer puesto con su pastel de fresa. Ella tenía que reconocer que era muy bueno, pero no podía soportar su expresión engreída. Para terminar, llegaron las tartas, su categoría.

–El primer premio es para la nube de fresa de Rose Pierce.




Al principio, no reaccionó. ¿Había oído bien? Entonces, Joey le dio un codazo y se levantó de un salto. El público aplaudió mientras iba al escenario y la señora Shipley, la coordinadora del concurso, le entregaba un lazo.

–Por favor, quédate en el escenario. Van a subir todas las ganadoras para el premio a la mejor del concurso.

Ella asintió con la cabeza y se fue a un lado. Lois, Edith y Molly se pusieron a su lado en el escenario.

–Y la ganadora es… ¡Lois Waters y su pastel de fresas!

Rose se rio y sacudió la cabeza, pero no podía enfurecerse. Al menos, había ganado el premio en su categoría y los dueños de Daisy´s estarían emocionados. Bajó del escenario y salió afuera con Joey para buscar un sitio desde donde ver el desfile. Encontraron una buena sombra y se sentaron en la ladera con unos refrescos y una bolsa de palomitas.

–Siento que no ganaras, mamá –le consoló Joey.

–No pasa nada. Si hubiese ganado, no habría sido tan divertido. Habría tenido que desfilar y no habría podido ver el desfile contigo.

–Y Xander… –añadió él.

Rose se giró para mirarlo. No solo tenía los ojos amables de su padre, sino que era igual de listo. No se le escapaba nada.

–Sí, creo que va a venir, pero tú siempre serás más importante que cualquier chico con el que salga.

No salía con muchos, pero quería que su hijo supiera que siempre sería lo más importante para ella. Su madre, incluso cuando estaba muy enferma, siempre había hecho que se sintiera el centro de su universo, y ella seguía ese ejemplo.

–Me gusta.

–Me alegro. Creo que tú también le gustas.

–¿Te gusta a ti? Nunca te había visto sonreír como cuando estás con él. Parecéis muy contentos cuando estáis juntos.

Rose se quedó perpleja. Los últimos días habían sido un cambio en la rutina normal, pero ¿tanto habían cambiado las cosas desde que Xander llegó a Cornwall?

–¿No estoy contenta el resto del tiempo?

–Estás cansada. Trabajas mucho. No tienes tiempo para relajarte y disfrutar. Ni siquiera me acuerdo de que hayas salido con alguien más de un par de veces. Espero que Xander y tú podáis durar un poco más.

Ella también lo esperaba, pero había una bomba de relojería y Joey tenía que saberlo. Xander siempre formaría parte de su vida, pero no necesariamente de la de ella.

–Joey, ya sabes que él no vive aquí. Está visitando a su familia y pronto volverá a trabajar en Washington.

–Podrías ir a visitarlo.

Ella ni siquiera iba a soñar con eso. Si fuese a Washington, sería para llevar a Joey a que lo visitara y ella sería la tercera en discordia.

–No lo sé, tenemos vidas distintas. Xander y yo solo estamos disfrutando de nuestro reencuentro. ¿Sabías que salí con él en el baile de graduación?

–¿De verdad? –Joey arrugó la nariz–. ¿Te regaló una de esas cosas con flores?

–¿Un ramillete? Sí. Me regaló uno para ponérmelo en la muñeca. Era de rosas rojas, a juego con mi vestido.

–Ella era lo más hermoso que había visto en mi vida –dijo Xander apareciendo de entre la multitud–. Cuando abrió la puerta con aquel vestido rojo, creí que iba a desmayarme.

–Bienvenido, Xander –Rose se rio–. Me extraña que no te hayan obligado a participar en el desfile.

Él se encogió de hombros y se sentó en la hierba al lado de ella.

–Les dije que tenía otros planes. Además, no quería ir con Lois.

–Eso es culpa tuya –le recordó Rose.

–Me habría gustado que no fuese suyo, pero era el mejor pastel de fresa que he probado en mi vida –se defendió él.

–Al menos, Molly se llevó un lazo por fin.

–Todavía está radiante. Por cierto –Xander siguió en voz más baja–, he hablado con Troy.

–¿Algo interesante?

Xander sonrió y los hoyuelos se le dibujaron claramente.

–Todo arreglado. El campamento tiene enfermería. Lo atenderán y le darán analgésicos si los necesita. Solo se perderá algunos de los deportes y las actividades acuáticas. Ya he pagado. Todo lo que necesita es un saco de dormir y rellenar unos impresos.

Ella estaba emocionada por Joey, pero no pudo evitar fruncir el ceño y sacudir la cabeza.

–No tenemos saco de dormir.

–Compraremos uno este fin de semana. Tenemos que dejarlo en el campamento el lunes a las nueve de la mañana.

Se había ocupado de todos los detalles y ella no podía negarse. Había querido que su hijo fuese y ya podía ir.

–¿Quieres decírselo?

–¿Puedo? –preguntó él con una sonrisa.

Rose asintió con la cabeza y llamó a Joey por encima de la música de la banda. El desfile llegaría enseguida.

–Joey, adivina adónde vas a ir la semana que viene.




–¿A casa del tío Craig? –preguntó su hijo frunciendo el ceño.

–No –contestó Xander–. Al campamento.

–¿Qué? –volvió a preguntar Joey con un brillo de emoción en los ojos–. ¿De verdad? ¿Me dejarán ir con la escayola?

–Todo está arreglado –contestó Xander–. Vamos a comprarte un saco de dormir y algunas cosas en cuanto termine el desfile.

Entonces, el entusiasmo de Joey de desvaneció un poco y frunció el ceño otra vez.

–Pero, mamá, me dijiste que no podías pagarlo…

Rose asintió con la cabeza y le pasó los dedos por el pelo.

–Xander ha sido tan amable que lo ha pagado.

–A mí me encantó ir al campamento y no soportaba que te lo perdieras.

Él sonrió y miró a un grupo que estaba sentado cerca, donde estaba uno de los chicos de su equipo que también iba a ir al campamento.

–¿Puedo ir a decírselo a Ethan?

–Claro, pero no te alejes mucho o te perderás el desfile.

Joey se levantó de un salto y salió corriendo.

–Gracias –le dijo Rose sin dejar de mirar a su hijo.

–De nada. Sé que se lo pasará muy bien. ¿Tienes un papel para que te escriba el número de Troy? Quiere que lo llames para comentarlo.

Rose rebuscó en el bolso y sacó una libreta y un bolígrafo. Xander se inclinó y recogió un trozo de papel de la hierba.

–Se te ha caído esto.

Ella lo reconoció al instante y frunció el ceño. Tomó el papel e hizo una bola con él.




–Gracias –dijo ella despreocupadamente.

Estaba dispuesta a escribir el número de Troy cuando se dio cuenta de que Xander estaba mirándola con preocupación.

–¿Qué era ese papel? Si no te importa que te lo pregunte.

Ella suspiró y apretó más la bola de papel.

–Es una carta de mi padre.

–¿De verdad? –preguntó él arrugando más la frente.

–Sí. Se me olvidó tirarla.

Ella levantó la mano para tirar el papel en una papelera que tenía al lado, pero Xander se la agarró y le arrebató el papel.

–¿Escribe muy a menudo?

–Cada dos meses, más o menos.

Cuando lo encarcelaron, escribía una vez a la semana como mínimo, pero las cartas fueron distanciándose con los años y a ella no le importó. No quería recibir ninguna carta.

–¿Joey o tú le contestáis?

Ella miró hacia otro lado. Los portadores de la pancarta pasaron de largo y les siguió el grupo de veteranos de guerra. Había una multitud en la calle, había familias y amigos y niños subidos en los hombros de sus padres.

–Una vez vine al desfile con mi padre –comentó ella–. Él me subió a sus hombros, como esa niña de allí. Yo tenía unos cinco años y al principio me dio miedo caerme, pero él me agarró y me dijo que no permitiría que me pasara nada. Me agarró con tanta fuerza que me olvidé de que estaba tan alta –Rose miró la hierba mientras intentaba contener las lágrimas–. Me mintió. Fingió ser mi protector durante toda mi vida, cuando, en realidad, fue quien me hizo más daño.

Xander alisó el papel y leyó las palabras que ella no había podido leer.




–Sabe lo que te hizo, Rose, y le gustaría que le escribieras. Lamenta mucho lo que pasó.

–Solo son palabras. Nada de lo que diga puede cambiar el pasado. Además, tampoco puede hacer nada. Lo hecho, hecho está. El hombre que trabajaba en el banco está muerto y su familia ha quedado deshecha. Mi padre solo me mintió y nunca volverá a formar parte de mi vida. Va a perderse la infancia de su nieto. Escondió durante años los problemas que tenía. No puedo fiarme de nada de lo que diga.

–Todo el mundo comete errores, Rose.

–Hay errores que matan a personas y te convierten en un criminal, Xander. Bastante era que fuésemos pobres. Nos convirtió en escoria. ¿Quieres saber otro motivo para que no te dijera nada de Joey? Tenía miedo de que aunque supieras que tenías un hijo, te avergonzaras tanto de nosotros que no quisieses formar parte de nuestra vida.

–Rose, tú nunca podrías ser escoria.

Xander le levantó la barbilla para que tuviera que mirarlo a los ojos. Ella había esperado ver rechazo y vergüenza cuando él descubriera la verdad, pero, en ese momento, le sorprendió el cariño y comprensión que veía en sus ojos.

Brody le había mandado un mensaje para decirle que si no hacían ningún comunicado, era porque todavía no tenían pistas fiables para identificar el cadáver. Al parecer, todo el mundo se había olvidado de aquel adolescente pendenciero que desapareció hacía tantos años, y era un alivio. Cuanto más tiempo pasaba con Rose y Joey, más le preocupaba que se supiera la verdad.

Joey lo miraba como si fuese el hombre más impresionante que había visto, y él no quería que la duda o la traición se reflejaran en sus ojos. Ya había bastante en los ojos de Rose. Había visto sus dudas desde el momento en el que se reencontraron, incluso en los momentos de pasión. Habían pasado demasiadas cosas en su vida, algunas provocadas por él y algunas provocadas por otras personas. Además, si bien ella había ido

eliminando algunas barreras, la conversación que tuvieron sobre su padre había dejado dolorosamente clara su actitud. Si se identificaba el cadáver de Tommy y se sabía la verdad, los dos habrían terminado. Tendría suerte si ella le dejaba volver a ver al hijo que acababa de conocer. Para Rose, él sería una escoria criminal, como su padre. Si había podido eliminar a Billy de su vida, a él lo eliminaría más fácilmente todavía.

Según Brody, las cosas seguían bien por el momento. Él esperaría, conteniendo la respiración, a que las cosas cambiasen, pero, hasta entonces, quería estar todo el tiempo que pudiera con Rose y Joey.

En ese momento, iba a recogerlos para llevarlos al campamento.

Entró en el aparcamiento del edificio de Rose. Joey, vestido con el uniforme, ya estaba sentado en su mochila. Se levantó de un salto en cuanto vio el coche y fue corriendo. Estaba abriendo el maletero para meter sus cosas cuando llegó Rose. Estaba muy guapa. Llevaba unos vaqueros ceñidos y una camiseta de tirantes que permitía ver los brazos y el escote. Llevaba el pelo suelto y le caía como seda marrón oscuro sobre los hombros. Era un bocado muy tentador y estaba impaciente por hincarle el diente, algo que pensaba hacer en cuanto saliera de trabajar esa noche.

–¿Preparado? –le preguntó mientras metía el saco en el coche.

–Sí. Mi amigo Ethan también va y esperamos estar en el mismo barracón.

–Vas a pasarlo muy bien, pero ten cuidado con el brazo. Te darán analgésicos si los necesitas.

–Ya lo sé –replicó Joey con un gesto de paciencia.

Él cerró la puerta del maletero.

–Entonces, pongámonos en marcha. ¡Campamento Middleton, allá vamos!

Se montaron en el todoterreno y salieron a la carretera. Tardaron como media hora y cuando llegaron había padres y niños por todos lados. Inscribieron a Joey y Rose repasó su medicación con la enfermera. Luego, fueron hasta el letrero del campamento para hacerse la foto de rigor.




–Deberíais estar solo vosotros dos –argumentó Xander.

Rose, sin embargo, no le hizo caso y lo arrastró para que se hiciera la foto.

–¡Tienes que salir, Xander! –exclamó Joey.

Posaron como una familia y esperaron a que el fotógrafo tomara la foto. A unos metros, había un grupo de monitores con banderas que tenían las letras correspondientes a las cabañas. La bandera más cercana tenía una «A» para los niños asignados a la cabaña A.

–Ese es tu grupo, pero una cosa más –Xander se agachó y sacó un grueso rotulador negro del bolsillo–. Esto es para que tus nuevos amigos te firmen la escayola.

–Gracias, Xander. ¡Es fantástico!

Joey se guardó el rotulador en un bolsillo de los pantalones y se abalanzó sobre él para darle un abrazo. Xander se preparó para el impacto, pero no había previsto el golpe emocional. Lo había llevado en brazos a la cama, había chocado los cinco con él y le había pasado los dedos por el pelo, pero no lo había abrazado. Un torbellino de sentimientos se adueñó de él y no quiso soltarlo.

–Diviértete.

Reprimió la emoción y esbozó la sonrisa que sabía poner en esos casos. Joey se apartó con una sonrisa y se volvió hacia su madre. Rose lo abrazó y le dio un beso antes de dejar que el niño se fuese corriendo para reunirse con los demás. Xander le tomó la mano y volvieron al coche.

–¿Qué tal estás? –le preguntó ella.

–¿Yo? Iba a preguntarte lo mismo.

–Bien. Está creciendo y quiere hacer cosas por su cuenta. He tenido tiempo para prepararme, pero vi tu expresión cuando te abrazó. Parecías un poco abrumado.

Él asintió con la cabeza y se montaron en el todoterreno.

Salieron del aparcamiento y pusieron rumbo a Torrington. Rose le tomó la mano en silencio y él se sintió mejor al instante. Parecía como si ella siempre entendiera las cosas que se guardaba dentro. Cuando estaban en el instituto, nunca tenía que decirle si estaba disgustado. Ella se sentaba a su lado, le tomaba la mano y le ofrecía su apoyo en silencio, como en ese momento. Eso era muy raro en el mundo de la política. Todas las personas con las que trataba querían algo de él. Eran amigos de conveniencia que podrían darle la espalda tan fácilmente como la opinión pública. Su familia eran las únicas personas con las que podía contar. Eran los únicos que lo ayudarían a esconder un cadáver.

–¿A qué hora quieres que te recoja esta noche?

–A las nueve y media. Eso me dará tiempo para volver a casa y quitarme el uniforme.

Él la miró con una sonrisa maliciosa. La camiseta resaltaba las curvas que había acariciado hacía unos días, aunque le parecieran años.

–¿Llevo algo de comida o cenas en el trabajo?

–Puedes llevar la cena si quieres. Hay un sitio de pizzas cerca de mi casa.

–¿De pepperoni y pimientos verdes? –preguntó él porque era su favorita cuando iban al instituto.

–¿Te acuerdas? –preguntó ella asintiendo con una sonrisa.

Él miró fijamente la carretera. Así le resultaría más fácil decir lo que tenía que decir.

–La noche que rompimos, me dijiste que me fuera a la universidad y que me olvidara de ti, pero no pude. ¿Cómo iba a poder olvidarme de ti, Rose?

Ella no dijo nada, pero Xander oyó que tomaba una bocanada de aire antes de que sonara el móvil de él. La carretera estaba vacía y pudo mirar fugazmente el mensaje que había entrado. Suspiró al ver el mensaje de su hermano. Otra cosa más que les restaría tiempo para estar solos.

–¿Cuándo tienes otro día libre?




–El miércoles –contestó ella–. ¿Por qué?

–Acabo de recibir un mensaje de mi hermano Wade. Quiere que salgamos a cenar esta semana.

–Muy bien. Seguro que os divertís.

–No, quiere que vayamos todos. Él va a llevar a Tori, su prometida, y yo tengo que llevarte a ti.

–¿Él lo… sabe? –preguntó ella poniéndose rígida.

–¿Lo de Joey? No, pero sí sabe que he estado viéndote, y Tori también quiere verte. Te ha echado de menos desde que terminaron su casa y ya no tiene excusas para no cocinar.

–Comía en Daisy´s casi todos los días cuando vivía en la caravana. Yo también echo de menos hablar con ella.

–¿Le digo que nos parece bien el miércoles por la noche?

–Claro.

Xander giró y aparcó delante de edificio. Se dio la vuelta y le tomó la cara entre las manos. Ella se inclinó y sus labios se encontraron. Él se sintió dominado por el deseo cuando las lenguas también se encontraron, pero, aun así, se separó y miró el reloj.

–¿A qué hora tienes que ir a trabajar? –preguntó él con la esperanza de que hubiese tiempo.

–No –replicó ella contestando a la pregunta que no había formulado–. Sin embargo… –Rose se bajó los tirantes de la camiseta y le enseñó el borde del sujetador rojo– puedes pasar el día imaginándote que me lo quitas. Hasta esta noche.

Rose bebió nerviosa un sorbo de vino y se regañó por estar así. El restaurante era bonito, pero no era tan elegante como para cohibirla. Además, había pasado muchas noches charlando con Tori en Daisy´s.

Habían hablado de los altibajos sentimentales de Tori mientras salía con el mayor de los chicos Eden. Al principio, los dos habían sido adversarios por unas tierras. Un día, Tori llegó furiosa a Daisy´s y la siguiente vez que la vio ya estaba rendida. Wade era guapo y encantador cuando quería, como todos los chicos Eden.

–¿Qué tal está tu hijo? –le preguntó Tori.

Rose miró a la pelirroja que tenía enfrente. Siempre había pensado que Tori era una mujer muy hermosa con esa cabellera y esos ojos azules como el hielo. Esa noche llevaba un vestido de seda del mismo color que sus ojos que hacía que ella se sintiera anodina con el vestido de flores que había sacado del fondo de un armario. Tori era una brillante arquitecta ecológica que había proyectado una casa increíble en la colina que daba al valle, era hermosa, inteligente y con talento. Afortunadamente, no era de esas mujeres que sabían que eran especiales. Era muy simpática y natural, incluso con una pueblerina insignificante como ella.

–Muy bien. Cada día está más grande. No para ni aunque se haya roto el brazo. Esta semana está en el campamento.

–¿Tienes una foto? Hace siglos que no lo veo.

–Claro –Rose sacó el móvil y buscó una foto reciente–. Aquí está en el desfile del otro día. No te fijes en los labios rojos, acababa de comerse un helado de fresa.

Tori tomó el teléfono y sonrió al ver la foto.

–Ha crecido mucho –Tori miró la foto con más detenimiento, entrecerró los ojos, miró a Xander y volvió a mirar la pantalla–. Es muy guapo –añadió mientras le devolvía el móvil.

A Rose se le aceleró el corazón y no supo qué decir. Tori lo había sabido con solo verlo.

–No deberías haber perdido de vista a su padre –siguió Tori guiñándole un ojo–. Por cierto, ya me he enterado de que te dieron un premio en el festival.




Ella pudo respirar y agradeció el cambio de conversación. Seguramente, le había insinuado que lo había adivinado solo por si ella quería hablarlo con alguien, y, efectivamente, le gustaría poder sincerarse con alguien.

–Bueno, la verdad es que es una receta bastante fácil –replicó ella sonrojándose un poco.

–¿Has probado esa tarta en Daisy´s? –intervino Xander.

–No –reconoció Tori–. Creo que nunca la he visto en la carta, pero me encantaría probarla.

–Es nueva –explicó Rose–. He empezado a hacerla este verano, con la temporada de fresas. Estoy segura de que la tendremos un tiempo en la carta. Deberíais pasaros los dos y comeros un trozo.

–Sí, deberíamos pasarnos –dijo Tori–. Hemos estado muy ocupados. Organizar una boda no es tontería. Nos ocupa todo el tiempo. Casi no hemos visto a Xander y lleva dos semanas aquí.

–No es solo nuestra culpa –se defendió Wade–. He ido dos veces por casa, pero Xander estaba… atareado –él clavó sus ojos verdes en Rose–. No sé quién le absorbe tanto tiempo. Es como si hubiese vuelto al instituto –Wade miró a su hermano con el ceño fruncido–. Conozco los indicios.

–¿Los indicios?

–Sí. Me acuerdo de cuando empezasteis a salir juntos. De repente, Xander empezó estar ocupado e intentaba sobornarnos para que hiciésemos sus tareas y él pudiera estar más tiempo con Rose.

–¿Xander era partidario de los sobornos? –preguntó Tori boquiabierta.

–¡Shh! –Xander abrió los ojos aterrado–. No lo digas tan alto. Alguien podría oírte y creer que lo dices en serio.

Todos se rieron.

–A Xander solo le importaban el colegio y el béisbol hasta que apareció Rose –siguió Wade–. Seguramente, fue un acierto que rompierais antes de




que él fuese a Georgetown. Si no, lo habrían expulsado por malas notas.

–¡Eh! –replicó Xander–. En la universidad salí con chicas y saqué una media de notable alto.

–Sí, pero eran universitarias anónimas. No es lo mismo que salir con Rose. Lo tenías atrapado –Wade se volvió hacia Rose y le sonrió–. Por lo que me parece, has vuelto a hechizarlo.

Rose arqueó las cejas y miró a Xander para intentar ver lo que veía Wade, pero tenía el mismo rostro que la había mirado durante las últimas semanas. Estaban pasándoselo bien por los viejos tiempos, ¿no? Al menos, él. Ella supo que estaba metida hasta el cuello en cuanto lo vio, pero se había contenido porque sabía que nunca sería recíproco.

–Es verdad –reconoció Xander sin darle importancia, aunque a ella el corazón le dio un vuelco–. Ella es un bocado muy sabroso del que no me canso nunca.

Él sonrió mientras le tomaba la mano y le besaba el dorso con los ojos color avellana clavados en los de ella, quien sintió un arrebato de deseo por todo el cuerpo.

–Rose me ha hechizado con su… nube de fresa.

–Agg… –Tori arrugó la nariz–. Haces que parezca sucio.

Xander se rio y dejó la mano de Rose encima del regazo de ella, que sonrió para disimular la decepción. Por un momento, había pensado que él podía estar hablando en serio, pero se había olvidado de que los chicos Eden bromeaban cuando estaban juntos. Hasta Brody, el más serio de todos, se reía mucho cuando estaba con sus hermanos.

El camarero les llevó los platos y todos dedicaron un momento a probarlos y a murmurar con placer.

–¿Qué harás con tu nube de fresa cuando empiece el período de sesiones del Congreso? –preguntó Wade después de tragar un trozo de carne.

Xander frunció el ceño y miró su chuletón.

–No lo sé –contestó mirando a Rose–. Tenemos que hablarlo. Todavía hay muchas incógnitas.

–¿Por qué no la enloqueces y te la llevas lejos de este pueblo tan aburrido? –le preguntó Tori.

–Me lo he planteado seriamente, si ella quiere –Xander se dirigió a Rose–. ¿Tú te plantearías venirte a Washington?

–¿Mudarme a Washington? ¿Qué haría allí?

¿Estaba pidiéndole que se fuera a Washington con su hermano y su futura cuñada de testigos?

–Lo que quieras. Eres una repostera premiada. Podrías intentar trabajar en alguna pastelería de la zona. Incluso, podrías abrir una propia.

¿Abrir su propia pastelería? ¿Cómo podía saber él que era su sueño si no se lo había dicho a nadie? La conocía mejor de lo que ella se imaginaba. Había soñado con tener una pastelería, pero se necesitaba un dinero inicial que ella había intentado ahorrar y no lo había conseguido.

–Sí, hay algunas pastelerías buenas –siguió él–, pero nada parecido a tu tarta. Creo que a Joey y a ti os encantaría Washington. Los museos y la comida son fantásticos. No te ofendas, pero Daisy´s no puede compararse. En unas manzanas puedes encontrar desde comida etíope a barbacoas coreanas. También hay algunos colegios privados muy buenos en la zona. Podríamos sacar entradas para los partidos de los Washington Nationals. Creo que Joey…

Xander siguió hablando, pero la decepción hizo que a ella le costara seguirlo. Esbozó una sonrisa forzada y asintió con la cabeza. Quizá quisiera que se mudara a Washington, pero era, sobre todo, para ver a su hijo. Ella era un medio para alcanzar un fin.

–Creo que la has perdido en la barbacoa coreana –intervino Tori recuperando la atención de Rose–. Te he dicho que la enloquecieras y tú estás explicándole las virtudes del barrio como si fueses un agente inmobiliario.




Rose se rio y se encogió de hombros para quitarle hierro al asunto.

–Tiene buena pinta, pero quizá podríamos empezar con una visita larga antes de que empecemos a hacer el equipaje.

–Ya que lo dices, tengo que ir a Washington este fin de semana –comentó Xander–. El Centro de Acogida celebra la recaudación de fondos anual. Es una fiesta de etiqueta muy elegante. También voy a firmar libros a la vez que hago un acto benéfico. Podrías acompañarme…

–No bromees –replicó ella con una risa nerviosa.

Aunque pudiera pedir algún día libre en el trabajo, que no podía, daría la nota en una fiesta de etiqueta. Su vestido más elegante le había costado cincuenta dólares en unos grandes almacenes.

–Lo digo en serio. Quiero que me acompañes.

–Tengo que trabajar.

–Ya sabes que puede ser muy persuasivo cuando quiere –intervino Wade–. Desplegará todo su encanto de político con tu jefe y estarás montada en un avión rumbo a Washington antes de que te des cuenta.

–Suena muy bonito, pero es un esfuerzo inútil. Te olvidarás de mí en cuanto vuelvas a trabajar. Hay que sacar adelante un país y tienes que concentrarte en eso, no en mí.

–Me tomo muy en serio a mis votantes –comentó Xander en su tono de político responsable mientras pasaba el brazo por su respaldo y se inclinaba hacia ella.

Ella olió su colonia y se acordó de la noche anterior, cuando apoyó la cara en su hombro y gritó de placer. El brillo de sus ojos era penetrante y su voz un murmullo que solo podía oír ella.

–No hay manera de que me olvide de ti.

# Capítulo 8

–Espero que no fuese demasiado desagradable –dijo Xander mientras se bajaban del coche delante del piso de ella y Rose sacaba las llaves.

–¿Por qué iba a haber sido desagradable? Tu hermano y su prometida me caen muy bien.

–Ya lo sé –él la acompañó hasta la puerta y entraron juntos–, pero la conversación derivó hacia cierto tema que pareció incomodarte. Me di cuenta de que no te seducía la idea de mudarte a Washington. Si yo tuviese un empleo que me permitiera volver aquí, lo haría, pero…

–No –le interrumpió ella–. No es que no quiera mudarme, es que mudarme solo sería la forma para que estuvieras más con tu hijo, y es razonable. Mantener esa conversación me resultó complicado porque no podía decir que nuestro hijo era el elemento clave para que viviéramos allí. Además, ¿por qué íbamos a mudarnos tan deprisa cuando solo hemos salido juntos unas cuantas veces? Tu hermano parece pensar que estás enamorado de mí cuando eso no es verdad.

Él resopló. ¿Desde cuándo era ella una especialista en sentimientos? Ni él sabía lo que sentía. Deseaba a Rose y no quería marcharse a Washington para encontrarse una cama sin ella. ¿Estaba enamorado? No lo creía. Sentía algo, pero no sabía hasta qué punto era auténtico y hasta qué punto era la situación y el pasado que habían vivido juntos. Amarla facilitaría la situación. Podrían casarse y formar una familia. Le gustaba la idea, pero no sabía cómo saldría en la práctica con su ritmo de trabajo. Lo que sí sabía era que no le gustaba que ella desdeñara tan fácilmente su relación.

–¿Cómo sabes lo que siento, Rose?

Ella dejó el bolso en la mesita que había delante del sofá y sacudió la cabeza.

–No lo sé, Xander. Hemos hablado de nuestra vida con Joey, de pasar esta semana juntos y, ahora, de que me mude a Washington, pero no sé adónde vamos con todo esto.

Xander le acarició una mejilla y la miró fijamente, pero con la duda reflejada en los ojos.

–No tenemos que saber todas las respuestas en este momento. No hay prisa. Te he pedido que salgamos porque quería volver a conocerte. He lamentado perderte desde el momento en que me dejaste. Cuando te vi en Daisy´s, no pude evitarlo. Quise comprobar si la magia seguía viva.

–¿Sigue viva?

Xander se acercó, le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra sí para que notara la turgente calidez de su deseo.

–Sí.

Ella esbozó una leve sonrisa mientras se agarraba las manos por detrás del cuello de él y se estrechaba contra sus partes más sensibles hasta que Xander tuvo que cerrar los ojos. La había tenido las dos noches anteriores, pero daba igual. Había pensado que su entusiasmo por ella desde hacía tantos años se había debido más a las hormonas de adolescente que a otra cosa, pero, en ese momento, tenía que afrontar la verdad: era la mujer más preciosa que había tenido entre los brazos y su cuerpo anhelaba su contacto. Cuanto más la tenía, más quería. Por una parte, le gustaría no ser tan responsable y enamorarse perdidamente de ella, pero, por otra, algo lo apremiaba a que se contuviera. Algo podría salir mal y, entonces, no podrían separarse como si nada hubiese ocurrido. Tenían que pensar en un hijo.

Sin embargo, también sabía que no podría separarse de Rose otra vez. La primera vez fue un error trágico. Esa vez, no sabía si tendría la fuerza de marcharse cuando ella quería que se quedara. Encontraría la manera de conservarla entre los brazos, donde tenía que estar.

–Joey es importante, pero no se trata solo de él. Te invité a salir antes de saber que existía. Te besé en el aparcamiento antes de saber que existía. Las dos últimas semanas no han girado solo alrededor de nuestro hijo. También estábamos nosotros y quiero saber adónde puede llegar todo esto, Rose.

–Yo también –reconoció ella en voz baja–, pero no quiero ser tu secreto inconfesable que podría estropear tu campaña para la reelección.

–No lo eres –replicó él–. No quiero mantenerte en secreto, ni a Joey. Lo he pensando mucho. Ya sé que acordamos no hacerlo público, pero creo que es injusto para ti y para mí. Esta mañana he llamado a mi abogado.

–¿A tu abogado? ¿Por qué?

–Quiero que estudie la legislación familiar de Connecticut para que se entere de lo que tenemos que hacer. Quiero reconocer legalmente a Joey como hijo mío. Luego, quiero hacer pública su existencia y adelantarme a la prensa. Solo será la historia feliz de un reencuentro sin nada que pueda perjudicarnos.

–¿Y mi padre?

–Tú no eres tu padre. Si la prensa lo saca, lo afrontaremos, pero he decidido que no tiene nada que ver ni contigo ni conmigo ni con Joey. Mucha gente tiene un familiar así.

Ella asintió con la cabeza, pero él supo que no estaba convencida.

–Entonces, salimos a la luz y todo el pueblo se entera de que les he mentido sobre Joey.

Él intentó no reírse. No podía creerse que hubiese alguien más preocupado que él por las apariencias.

–¿Por qué iba a importarles? No es el hijo de ellos.

–Ya sabes cómo son los pueblos pequeños, Xander. Tú vas a volver a Washington y yo tendré que apechugar sola. No quiero ser el centro de las habladurías o, peor aún, que lo sea Joey.




–Entonces, tenemos que pensar en serio que te mudes a Washington. Puedes alejarte de todo eso y empezar de cero en una ciudad grande donde a nadie le importa tu pasado.

Ella abrió los ojos y se mordió el labio inferior.

–Es una manera de evitar los cotilleos de Cornwall, pero también es un paso muy radical. No sé si estamos preparados para un compromiso así.

–Tener un hijo en común no significa que tengamos que cambiar la trayectoria de nuestra relación. Si vas a Washington y no nos va bien como pareja, eso no cambiará nada sobre nuestro acuerdo con Joey, pero me espantaría que no nos diésemos esta oportunidad por miedo a algo que podría no ocurrir.

Ella sacudió la cabeza y desvió la mirada. Xander lo aprovechó para darle un beso en el cuello. Ella contuvo el aliento y se inclinó para que llegara mejor. Él le recorrió el cuello con los labios y captó el perfume que se había puesto.

–Acompáñame este fin de semana –le pidió él sin separar los labios del cuello–. ¿Qué daño puede hacernos? Incluso, podría ayudarnos. Podría ayudarte a saber lo que quieres, dónde estamos los dos en esta relación.

Xander subió los labios hasta el lóbulo de la oreja mientras le acariciaba un costado por encima del vestido hasta tomarle un pecho y pasarle el pulgar por el pezón endurecido.

–¿Quieres saber dónde creo que estamos, Rose?

Xander se lo preguntó mientras le bajaba un poco la cremallera. Eso le permitió bajar también los tirantes del vestido y dejar a la vista el sujetador de satén. Lo humedeció con la boca y ella se estremeció. Le bajó la copa para ver su pecho perfecto.

–Sí –contestó ella.

Xander le tomó el pezón con la boca y lo lamió antes de succionarlo con ansia y que ella dejara escapar un jadeo. La torturó de placer un momento, hasta que lo miró con los ojos nublados por el deseo.




–Diría que esta noche estamos muy cerca, Rose. Acompáñame este fin de semana, por favor.

–De acuerdo –concedió Rose con una sonrisa de desesperación–. Iré si consigo que me den un día libre, pero…

Xander la calló con la voracidad de sus labios.

–No hay peros –replicó él llevándola al dormitorio.

–Esta es mi casa –comentó Xander entrando con ella en la sala–. Se construyó en 1909, pero se reformó completamente en 1990. Yo acuchillé los suelos y puse algunos aparatos nuevos, pero nada más. El dueño anterior la había cuidado mucho.

Él dejó las bolsas de ella en el suelo y se dio la vuelta cuando no dijo nada. Estaba absorta y pasó a su lado para mirar a lo alto de la escalera antes de entrar en la cocina. Era grande, tenía armarios de roble, como el suelo, y encimeras de mármol marrón y negro. Se acercó al mueble central, donde estaban los fuegos, que tenía unos taburetes altos alrededor. Él sonrió al imaginársela desayunando con Joey en esa encimera.

No sabía si conseguiría que Rose viviera allí con él, pero ese viaje era un primer paso. Tenía que convencerla de que Washington no era aterrador. Aunque no estaba seguro de que estuviera consiguiéndolo. Parecía un poco abrumada. Sabía que su cerebro estaba intentando seguir el ritmo de los cambios que había habido en su vida desde el miércoles por la noche, cuando accedió a acompañarlo.

Hablar con su jefe para que le diera libre el fin de semana había sido un juego de niños. Esa mañana, temprano, fueron a Hartford y tomaron un pequeño avión que les proporcionó su editor. El vuelo fue corto, pero con asientos de cuero y un asistente de vuelo que les dio champán y un tentempié en cuanto estuvieron a bordo. Luego, los recogió una limusina que hizo más soportable el tráfico de la hora punta, aunque, afortunadamente, no había mucha distancia entre el aeropuerto y su casa.




–¿Te gusta?

Rose se rio y pasó la mano por la pared de ladrillos vistos.

–Es maravillosa. Es un sitio perfecto para recibir y la cocina es como un sueño. Me encanta el horno doble y la parrilla. Podrás hacer… –ella lo miró con una sonrisa–. No haces nada, ¿verdad?

–Nada. Creo que he calentado sopa en el microondas y he hecho palomitas de maíz.

Rose sacudió la cabeza y se apoyó en el mueble central.

–¡Qué desperdicio! Y yo cocino en un horno más viejo que Joey. Es enorme, parece más pequeña desde fuera.

–Es engañosa. Tiene un sótano que es perfecto para cuarto de estar y tres dormitorios arriba.

–Es muy grande para ti solo. ¿Desde cuándo la tienes?

–La compré unas semanas después de que me eligieran. Me enamoré en cuanto vi el mirador de la fachada. Supe que cuando me casara, si me casaba, sería perfecta para una familia.

No iba a reconocerle que la casa le había parecido muy vacía desde que se fue a vivir allí. Había visto las posibilidades pero, con el paso de los años, había seguido soltero y era como si la casa se hubiese burlado de él con las grandes habitaciones vacías, un motivo más para quedarse trabajando hasta tarde. Sin embargo, en ese momento, podía ver a Rose cocinando mientras Joey jugaba en el cuarto de estar del sótano.

–¿Te gustaría ver el piso de arriba?

–Me encantaría meterme en una cama.

Xander sonrió y recogió sus bolsas de la sala.

–Puedo solucionarlo. Mañana tenemos un día ajetreado y tienes que descansar.




–¿Un día ajetreado? –preguntó ella siguiéndolo escaleras arriba–. Creía que solo teníamos la fiesta y la firma de libros.

–Sí, pero hay que prepararlo. Quiero llevarte de compras por la mañana, antes de la firma de libros. Después, había pensado que te gustaría relajarte en un salón de belleza.

Rose se paró en las escaleras y frunció el ceño.

–Te parece que lo que he traído no es bastante elegante, ¿verdad? Es lo más elegante que tengo. No voy a muchas galas benéficas.

Xander bajó unos escalones y le levantó la barbilla a Rose para que lo mirara.

–¿He dicho que lo que has traído no estuviese a la altura?

–No –murmuró ella.

–Quiero ofrecerte un día de placentero. No quiero que te sientas cohibida cuando entres en el salón de baile. Quiero que te sientas hermosa y segura de ti misma, como si estuvieras en tu ambiente natural, porque lo estás. Podrías ir con los pantalones cortados y yo seguiría pensando que eres lo más impresionante que he visto. Sin embargo, había pensado que preferirías algo más sofisticado.

Rose asintió con la cabeza y volvió a subir las escaleras con él.

–No quiero ser una carga. Tú también tienes que hacer cosas. No puedes dedicar todo tu tiempo a acicalarme.

Llegaron a lo alto de las escaleras y él le indicó que girara hacia el dormitorio principal.

–Rose, yo soy un hombre. Antes de acudir a la firma solo tengo que ducharme y ponerme un traje. Mi editor lo organiza todo, yo solo tengo que firmar libros.

Él abrió la puerta doble y se apartó para que ella entrara en el dormitorio.

–Ya estoy recibiendo un trato regio. Un avión, champán, limusina… y esta




casa. ¡Menuda cama! –exclamó al ver la gigantesca cama con cuatro postes tallados.

–Solo es una cama. Es posible que sea bonita, pero sirve para lo mismo. Recuerdo que tu cama era magnífica para hacer el amor y dormir. ¿Qué me importa cuando tengo los ojos cerrados?

–Claro que importa –Rose se tumbó de espaldas y suspiró–. Es como dormir en una nube de terciopelo. Puedo decir que esto es mejor hasta con los ojos cerrados.

Xander dejó sus bolsas al lado de unas butacas y se acercó adonde estaba tumbada.

–Yo no lo sé –replicó él tumbándose a su lado con la cabeza apoyada en una mano–. Necesito hacer una comparación minuciosa antes de emitir un juicio. Deberíamos hacer en esta cama lo mismo que hicimos en la tuya.

Rose se rio y giró la cabeza para mirarlo.

–Creía que tenía que descansar para el día tan ajetreado que se avecina.

Xander le acarició el sujetador por encima de la blusa.

–Dormir está sobrevalorado.

# Capìtulo 9

Se sentía una impostora, pero no lo parecía gracias a que había

saqueado una de las tiendas más lujosas y a que había pasado medio día en un exclusivo salón de belleza. Esa noche, parecía más una princesa que una camarera, y su vestido sin tirantes parecía sacado de un cuento de hadas. Era de un color dorado casi rosado con lentejuelas en el corpiño ceñido que se abría en velos de tul. Tenía brillo y movimiento, lo ideal para bailar, y entonaba con los zapatos de tacón dorados que le había elegido su estilista particular.

Tenía el pelo recogido con un elegante giro que le resaltaba el cuello y el escote. También llevaba una gargantilla de oro rosa con diamantes diminutos y una pulsera a juego. Parecía elegante y sofisticada, como si fuese una más de esas personas tan ricas e importantes que la rodeaban. Sin embargo, eso era la fachada. Por dentro solo era una madre soltera de Cornwall y una camarera hija de un delincuente. No podía haber ropa ni maquillaje que lo disimulara. Alguien acabaría dándose cuenta de que estaba fuera de lugar.

Al entrar en el salón de baile del brazo de Xander se sintió como Cenicienta yendo al baile. Su varita mágica había sido la American Express con el nombre de Xander. Su príncipe le había comprado todo lo que llevaba esa noche y la ropa más desenfadada que había llevado esa tarde para la firma de libros.

La miraban y saludaban con una sonrisa. Las miradas de algunos hombres tenían un brillo de atracción y las de algunas mujeres, un brillo de envidia, pero todos la miraban. Al menos, todos miraban a Xander y se preguntaban




quién sería la mujer que lo acompañaba.

–¿Estás bien? –le preguntó él mientras se mezclaban con la gente.

Ella asintió con la cabeza, pero era mentira. No quería que supiera lo nerviosa que estaba cuando estaba tan deseoso de que se lo pasara bien esa noche. Además, le agradecía todo lo que estaba haciendo para que ese viaje fuese especial. Él quería sinceramente que se fuesen a vivir allí y ella debería estar contenta de que quisiera estar con Joey todo el tiempo que pudiera.

–¿Quieres champán? –le preguntó Xander.

–Sí, por favor –contestó ella, aunque sabía que tendría que quedarse un rato sola.

Sin embargo, le compensaba si bebiendo un poco se relajaba y podía disfrutar como él quería. Xander le apretó la mano y desapareció entre la gente camino de la barra. Ella tomó aliento para tranquilizarse. La situación no era peligrosa, pero tenía el corazón acelerado y el cuerpo en tensión, como si estuviera preparado para pelear o salir corriendo. Siempre había dudado que pudiera encajar en el mundo sofisticado de Xander. Sin embargo, el destino la había doblegado y ya estaba en Washington. También estaba segura de que la señalarían como a una intrusa, pero, por el momento, todo iba bien.

Esa tarde, durante la firma de libros, había estado sentada a su lado todo el rato y se había ocupado de abrirle los libros por la página correcta para que los firmara. Se formó una fila de unas doscientas personas y muchas le contaron historias conmovedoras sobre sus vivencias en casas de acogida. Él había sido amable con todos y había hecho que se sintieran importantes. Tenía un don especial con la gente.

Tenía que reconocer que la ropa y el paso por el salón de belleza habían estado muy bien, pero no eran lo que le daban la seguridad en sí misma para estar en esa fiesta sonriendo a desconocidos sin bajar la cabeza. Era la fe de Xander en ella. Xander la inspiraba para ser la mejor versión de sí misma, quería ser el tipo de mujer a la que él podría amar algún día.

Él estaba charlando con la mujer que tenía delante. El esmoquin de Valentino le sentaba como una segunda piel. Estaba muy guapo con el pelo peinado hacia atrás y las amplia sonrisa. La elegante mujer que hablaba con él parecía deslumbrada, se rio por algo que había dicho él. Ella suspiró y miró hacia otro lado. Solo con ver a esa mujer sabía que era más adecuada para Xander que lo que ella sería jamás.

–Toma, una copa de valor.

Rose, asustada, se giró y se encontró a Xander con una copa de champán en cada mano.

–Gracias.

Tomó la copa, dio un sorbo y cerró los ojos al sentir calidez por todo el cuerpo. Se serenó y pudo centrarse en la fiesta en sí y no en esa mujer o en si todo el mundo estaba mirándola.

–Entonces, ¿cuál es el plan para esta noche?

Xander tomó un programa de una de las mesas.

–Al parecer, hay cena, discursos y baile. En algún momento, meterán mi libro y pedirán dinero, aunque serán más sutiles.

–Parece que va a ser una noche muy larga –comentó ella mirando la copa casi vacía–. Voy a necesitar más champán.

–No necesariamente. Podemos marcharnos ahora si quieres.

Ella frunció el ceño. No se lo esperaba. ¿Por qué iba a haberle comprado toda esa ropa tan elegante si iban a marcharse al cabo de diez minutos?

–¿Por qué? –preguntó ella–. ¿He hecho algo mal?

Él le rodó la cintura con un brazo y la estrechó contra sí.

–En absoluto. Es que no me había imaginado que ibas a estar tan guapa. Siempre lo estás, pero con ese pelo y ese vestido, haces que a cualquier hombre le flaqueen las rodillas. Estoy impaciente por llevarte a casa y desvestirte.




Ella se miró el generoso escote con lentejuelas. Supo que era su vestido en cuanto se lo puso en la tienda. Era «el vestido» y no pensaba tirarlo al suelo en un arrebato.

–Siento decepcionarte, pero no voy a quitarme el vestido aunque nos vayamos a casa ahora mismo. Es demasiado bonito y me siento demasiado bien con él. Es posible que incluso duerma vestida.

–Si quieres dejártelo puesto, puedo levantar toda esta tela por encima de tu cabeza.

Rose se rio. Nunca podría entender que él estuviera rodeado de mujeres tan hermosas y poderosas y solo tuviera ojos para ella.

–No vamos a irnos a casa. Me prometiste una fiesta con baile y vamos a quedarnos.

Xander abrió la boca para discutir, pero una mujer subió al estrado y les pidió que ocuparan sus sitios. Derrotado, la acompañó a una mesa cerca del estrado y la ayudó a sentarse. Comieron algunos platos y oyeron algunos discursos. Casi todos los oradores alabaron a Xander por su contribución al Centro de Acogida, lo que incluía la donación de una parte de las ventas de su libro. Proyectaron la cubierta en una pantalla y recordaron a los asistentes que Xander había firmado algunos por adelantado y que podían comprarlos durante ese acto.

Después de los discursos, se sirvieron los postres. El de ella se llamaba bomba de chocolate», y estuvo analizándolo mientras lo comía para intentar imaginarse cómo podía hacerlo en Daisy´s. Cuando lo consiguió, se dio cuenta de que había perdido a Xander. Estaba a unos metros con unos hombres que ella no conocía. Intentó entretenerse mientras lo esperaba y charló con la mujer que tenía al lado, pero al cabo de un rato se disculpó y se levantó para pedir otra bebida y dar una vuelta por el salón de baile. Las paredes estaban decoradas con fotos del centro de acogida a lo largo de los años. Acabó volviendo a su mesa. Se había terminado la bebida y le dolían los pies. Había sido una noche agotadora y era hora de que su carroza se convirtiera en calabaza otra vez. Xander había desaparecido durante casi una hora. Si no aparecía pronto, pediría un taxi, aunque antes

tendría que saber dónde vivía…

–¿Me concedería esta baile, señorita Pierce?

Se dio la vuelta y vio que Xander había vuelto a su lado.

–Estaba a punto de darte por perdido.

–Lo siento. Me he escapado. Baila conmigo antes de que me atrapen otra vez.

Ella se levantó sin ganas y acompañó a Xander hasta la pista de baile.

–Estás muy rígida –comentó Xander–. Relájate.

–No sé por qué me has traído aquí. Debería haberme quedado en Connecticut, que es mi sitio.

–¿Por qué lo dices? ¿No estás pasándolo bien?

–Sí, pero todo el mundo quiere hablar contigo y me siento como un lastre.

–No eres ningún lastre, eres la única persona con la que quiero hablar. Quiero que estés aquí. Este es tu sitio. Conmigo. No solo esta noche, sino todas.

Rose se quedó sin aliento y él siguió llevándola por la pista hasta que terminó la canción. Se quedaron inmóviles y Xander la abrazó con fuerza mirándola a los ojos.

–Rose, no quiero solo que vengas a vivir a Washington. Quiero que vivas conmigo, que seamos una familia de verdad.

No podía respirar. Quería que se fuese a vivir con él, quería hacer pública su relación y la paternidad de Joey. No le importaba el pasado delictivo de su padre. Estaba emocionada y aliviada, pero también le aterraba que él estuviese cometiendo un error descomunal. Intentó verlo de color de rosa, pero la vida le había enseñado que las cosas no siempre salían como se

habían previsto. Aun así, le agarró las solapas del esmoquin y tiró de él hasta que sus labios se encontraron. Vertió todos sus miedos y angustia en el beso y él correspondió en la misma medida.

–Llévame a casa –le pidió ella cuando separaron los labios.

«A casa…». ¿Esa preciosa casa sería su casa alguna vez? Xander le tomó de la mano y salieron entre la multitud.

Entraron precipitadamente en la casa en cuanto llegaron. Ella se quitó los zapatos en el recibidor y subió corriendo las escaleras con Xander detrás. Irrumpieron en el dormitorio y se dio la vuelta para mirarlo. Él la empujó con delicadeza hasta que notó un poste en la espalda. Entonces, Xander se quitó la chaqueta y la corbata y se arrodilló.

–Allá voy –anunció con una sonrisa maliciosa.

Le levantó el borde del vestido hasta que desapareció debajo. Ella notó que le acariciaba los muslos con aliento abrasador y le pasó los dedos por encima de las bragas. Se puso rígida cuando presionó en el punto exacto y una oleada de placer se adueñó de ella.

–Z… –susurró ella con los ojos cerrados.

Notó que le bajaba las bragas lentamente. Se las quitó completamente con los pies y se quedó desnuda debajo del exclusivo vestido. Xander le recorrió las piernas con las manos hasta que le alcanzó los rizos que le cubrían el sexo. Entonces, introdujo un dedo en su húmeda esencia. La explosión de sensaciones fue deslumbrante y el corazón se le desbocó mientras la arrastraba al clímax. El orgasmo fue tan intenso que se tambaleó por los espasmos. Xander salió de debajo del vestido y se levantó para abrazarla. Ella se sentía como si las piernas no pudieran sujetarla.

–Te tengo sujeta. No dejaré que te caigas.

Ella lo sabía y Xander, al revés que su padre, lo decía de verdad.

Se dio la vuelta, se agarró al poste y le ofreció la cremallera del vestido. Notó sus manos en los hombros y oyó que la bajaba hasta la base de la espalda. Él le rodeó los costados con las manos para separarle el corpiño y




bajarle el vestido. La tela le acarició el cuerpo y quedó a sus pies, como si estuviese sobre una nube dorada. Salió del vestido y se dio la vuelta para mirarlo.

Estaba desabotonándose la camisa apresuradamente. La tiró a un lado y se quitó el cinturón. Ella le soltó el botón de la cinturilla y le bajó la cremallera. Introdujo la mano y le acarició la cálida turgencia por encima de los calzoncillos.

–Rose… –gruñó el antes de devorarle la boca.

Ella correspondió con la misma intensidad, lo acarició con firmeza y le bajó los pantalones. Iba a introducir la mano por debajo de la cinturilla de los calzoncillos cuando él la empujó y la tumbó en la cama. Antes de que pudiera reponerse, él ya se había quitado los calzoncillos y estaba encima de ella. Su piel la abrasó, le rodeó la cintura con las piernas y solo se detuvo para mirarlo. Era un hombre perfecto. No se merecía el amor de un hombre así, pero lo anhelaba tanto que el corazón casi le explotaba solo de pensarlo.

La besó y ella cerró los ojos. Lo amaba. Había intentado poner años y excusas entre su corazón y ella para disuadirse de lo que sentía, pero nunca había dejado de amar a su amor de la adolescencia.

Entró lentamente en ella. Pasó una eternidad antes de que se detuviese y, cuando lo hizo, ella no supo dónde había terminado ella y empezado él. La miró mientras se incorporaba sin salir de ella.

–Te he echado de menos, Rose, y no quiero echarte de menos otra vez.

No era una declaración de amor, pero bastó para que ella derribara la última barrera.

–No me echarás de menos. Si quieres que vengamos a Washington, vendremos.

–¿De verdad? –preguntó él con una sonrisa de oreja a oreja.

–De verdad.

Xander la besó y volvió a acometer una y otra vez. Rose se aferró a él para dejarse llevar por las oleadas de placer. No quería soltarlo ni un segundo. Ese momento no duraría para siempre, pero lo saborearía todo lo que pudiera. Se tocaban con cada centímetro de sus cuerpos sudorosos y ella no tardó en notar que se acercaba el clímax. Se mordió el labio para contenerlo, era demasiado pronto.

–No quiero que termine este momento –reconoció ella–. Quiero que dure eternamente.

Xander se apoyó en los codos y la besó en los labios y el cuello con una sonrisa.

–Habrá mucho más momentos, disfruta con este.

Le levantó las piernas por encima de los hombros y entró con más fuerza y profundidad que nunca. La sensación fue increíble y Rose gritó.

–Z… –jadeó ella.

Ya no tenía sentido alargarlo y era imposible. Notaba que iba a explotar por dentro.

–Sí, sí…

–Déjate llevar, Rose.

Era difícil seguir el consejo. Había pasado casi toda su vida conteniéndose, pero con Xander podía dejarse llevar. Tomó una bocanada de aire y cerró los ojos. El orgasmo la arrasó como un maremoto y se aferró a Xander como si su vida dependiera de ello.

–¡Xander! –gritó al alcanzar la cima.

–Rose, Rose… –repitió él acelerando el ritmo hasta que dejó escapar un gruñido y se quedó rígido y tembloroso.

Se tumbó al lado de ella con la respiración entrecortada. Se quedaron un rato inmóviles y Rose se apoyó en un codo para mirarlo. Tenía el pelo mojado, los ojos cerrados y las manos un poco temblorosas. Pensó en la




primera vez que hicieron el amor. Ken le había prestado la camioneta para que la llevara a cenar y al cine, pero habían ido a comer algo junto al río con una manta extendida en la caja de la camioneta. Se entregó a él bajo las estrellas, en cuerpo y alma. Se acordaba de que después lo miró como lo miraba en ese momento. Habían pasado doce años, pero él seguía teniéndola en cuerpo y alma.

# Capitulo 10

«Tenemos un problema» decía el mensaje de Brody: «Deborah Wilder acaba de identificar los restos de su hermano».

Dejó la taza de té en la encimera de la cocina de Rose y frunció el ceño. Había llegado el momento de la verdad y no podía ser más inoportuno. Ningún momento era bueno, pero estaban a punto de decirle a Joey que era su padre y tenía que estar con Rose y su hijo en ese momento crucial, no en la finca lidiando con la prensa y la policía. Sin embargo, para eso había ido a Cornwall. Dejó de mirar el teléfono. Joey estaba jugando a un videojuego en la televisión y llevaba unos auriculares. Afortunadamente, estaba absorto matando zombis y ajeno a lo que le rodeaba.

Rose estaba en la ducha, podía oír el agua. Habían vuelto a Cornwall en el vuelo de la mañana y habían recogido a Joey en el campamento esa misma tarde. Rose quería ducharse y cambiarse antes de darle la gran noticia a Joey y de que fueran a cenar en familia para celebrarlo. Volvió a mirar la pantalla y le preguntó a su hermano cómo lo había identificado. Él le contestó que por el anillo. Xander dejó escapar un improperio en voz baja. Aquella noche habían quemado todas las cosas de Tommy, pero estaban demasiado alterados como para quitarle algo. Tommy siempre había llevado un anillo de oro muy grande con una piedra negra en medio, que dejaba una marca inconfundible si golpeaba a alguien con ella. Wade lo sabía muy bien. Cualquiera lo reconocería. El mensaje seguía:

*Oyó hablar de los restos sin identificar y llamó al sheriff Duke. Él le pidió que fuera y que echara una ojeada. Están intentando ver si coinciden las fichas dentales. Pueden empezar a pasar cosas en cualquier momento.*

El teléfono sonó antes de que pudiera contestar a Brody. Era Heath. Se levantó y fue al dormitorio.

–Hola –le saludó Xander sentándose en la cama.

–¿Te lo ha contado Brody? –le preguntó Heath.

–Sí.

–¿Estás en la finca?

–No, estoy en casa de Rose. Íbamos a decírselo a Joey esta noche.

–Lo siento. ¿Qué vas a hacer?

–Posponerlo. Espero que ella lo entienda.

–Xander… Es probable que lo que pasó aquella noche salga a la luz esta noche. He meditado y he decidido que no me importa. Ya sé que no se trata solo de mí, que todos os jugáis algo, pero no quiero que hagáis algo por protegerme y que…

–Claro que lo haré, eres…

–Espera, Xander. Escúchame –la voz de Heath era firme y seria–. Estoy cansado. La partida se ha acabado. Ahora tienes que proteger a tu propia familia. Eso es más importante que preocuparte por mí. Ya soy un hombre adulto. Contaré mi historia y acarrearé con las consecuencias. No quiero que esto siga sobre nuestras cabezas ni un minuto más.

–¿Y papá y mamá?

–Se lo contaré. Creo que papá entenderá lo que hice y por qué no podíamos decírselo antes. Con suerte, me adelantaré a los policías.

–¿Y Julianne? ¿Has hablado con ella?

–No, pero estoy seguro de que pensamos lo mismo. Lleva tanto tiempo como yo debajo de este nubarrón. Todos sabíamos que este momento acabaría llegando. Seguramente, ella se sienta responsable.

–Tendrá que venir a declarar, y tú también.

–Ya tenía pensado tomarme unos meses libres. Creo que mi socio podrá tomar las riendas una temporada. Tengo que pasar un tiempo en Cornwall y ocuparme de todo esto. No puedo hacerlo desde Nueva York.

–Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Que me cruce de brazos? No puedo. Vine a Cornwall para ocuparme de esto y ahora me pides que me olvide.

–No digo que confieses a la policía, pero estate preparado para que todo se esclarezca. Yo lo estoy.

Xander no supo qué decir. Se había pasado más de media vida protegiendo ese secreto y no podía limitarse a dejar que la verdad se supiera de repente. Dejó de oír el agua; Rose saldría en cualquier momento.

–Tengo que cortar. Tengo que hablar con Rose.

–Buena suerte –le deseó Heath–. Me muero de ganas de conocer a mi sobrino y de que se entere mamá. Quiero estar allí cuando pase.

Oyó que su hermano se reía antes de que se cortara la línea. Él se guardó el móvil en el bolsillo. Rose salió del cuarto de baño envuelta en una toalla y con el pelo húmedo. Sonrió y se sentó en la cama para darse crema en las piernas. Él, el político que siempre sabía qué decir y cuándo, tenía miedo y no encontraba las palabras. Sabía que todo cambiaría en cuanto abriese la boca.

–Rose, me espanta tener que hacerlo, pero tengo que postergar esta noche.

–¿Qué ha pasado de repente que sea más importante?

–He estado esperando y temiendo este momento desde que decidimos decírselo. Estoy muy nervioso porque puede odiarme por no haber estado




en su vida.

Ella rodeó la cama y se sentó al lado de él.

–Te adora. Descubrir que eres su padre solo lo mejorará todo. Es como descubrir que Superman es tu padre. ¿Quieres posponerlo porque estás nervioso? –ella le dio unas palmadas en la rodilla–. Todo saldrá bien, de verdad.

–No –él se pasó los dedos por el pelo–. Preferiría hacerlo y que todo terminara de una vez, pero no quiero hacerlo y alejarme otra vez. ¿No podemos posponerlo un par de días?

–Claro. Ya hemos esperado diez años –contestó ella en tono irónico–. Sin embargo, ¿qué es más importante que esto? Dímelo.

–Rose, tengo que volver a la finca. Tengo que ocuparme de una emergencia.

El enojo de ella dejó paso a la preocupación.

–¿Qué ha pasado? ¿Les ha pasado algo a Ken o a Molly?

–No, están bien, pero sí está pasando algo. Es el motivo por el que vine.

–Eres muy ambiguo, Xander.

Rose dejó de mirarlo y miró la televisión, que estaba emitiendo un noticiario. No se podía oír a la presentadora, pero detrás de ella había una imagen que decía: «Cadáver identificado».

Rose tomó el mando a distancia y puso el sonido.

–... restos encontrados en los terrenos que habían sido de El Jardín del Edén son del joven de diecisiete años Tommy Wilder. Tommy estaba acogido por Ken y Molly, los propietarios de El Jardín del Edén, desde unas semanas antes de que desapareciera. Su hermana, Deborah Wilder, identificó ayer el cadáver y las fichas dentales lo han confirmado. Sus padres adoptivos denunciaron hace más de quince años su desaparición. Las pertenencias del muchacho también habían desaparecido de su habitación y uno de los otros chicos acogidos encontró una nota que decía

que se había escapado. La policía interrogará a Ken y Molly para intentar reconstruir lo que pasó aquella noche.

Rose intentó asimilar lo que había oído. Recordaba a Tommy Wilder. Ya era mayor cuando fue a vivir con la familia de Xander y las pocas veces que lo había visto se había quedado espantada. Estaba acostumbrada a que casi nadie se fijara en ella y la forma de mirarla de Tommy le pareció desasosegante. La verdad era que se sintió aliviada cuando se escapó. Su relación con Xander llegó a uno de sus puntos más bajos cuando Tommy desapareció.

Llevaban poco tiempo saliendo, pero las cosas cambiaron muy deprisa. Él se distanció, canceló algunas de sus citas y puso excusas para no verla. Llegó a estar convencida de que iba a romper con ella y hasta los otros chicos Eden evitaron hablar con ella y con cualquier otra persona. Entonces, al cabo de unas semanas, el Xander de siempre volvió con ella y le dijo que todos estaban muy preocupados por la desaparición de Tommy y la presencia de la policía en la finca. Eran chicos acogidos y podían mandarlos a otra casa si esa no era adecuada. Los Eden eran los padres más adecuados del mundo, pero ella podía entender que no lo parecieran por la desaparición de Tommy. Todo volvió a ser normal y acabó olvidándose de Tommy Wilder, pero, al parecer, la historia no había terminado tan bien como ella creía.

Estaba nervioso y quería posponerlo todo para ir a su casa. Ese tenía que ser el motivo.

–¿A eso lo llamas «algo», Xander?

Él suspiró y se levantó sacudiendo la cabeza.

–¿Qué quieres que diga, Rose? ¿Que tengo que ir a mi casa para proteger a mi familia del escándalo y las acusaciones?

Rose apagó la televisión y se levantó de la cama. Miró a Xander, tenía las manos en los bolsillos y los hombros hundidos, como su padre la primera vez que fue a visitarlo a la cárcel.

–¿Para proteger a tu familia o para protegerte a ti mismo? –preguntó ella.

–Quiero proteger a todos. A Joey y a ti entre ellos.

–Xander, mírame –le pidió ella–. ¿Sabes qué le pasó a Tommy Wilder?

Él la miró y asintió con la cabeza casi imperceptiblemente.

–No se escapó, ¿verdad?

Xander le dio la espalda.

–Te has dado cuenta de lo que ha omitido el noticiario, ¿verdad? Sus padres perdieron la custodia porque no podían dominarlo. Lo expulsaron por pelearse y llevar una navaja al colegio. Lo habían detenido por robo y agresión. Tenía menos de dieciocho años y todo eso se ocultó. Ahora, una vez muerto, han olvidado casualmente que era una persona podrida y lo han presentado como si fuese un chico maltratado, no una amenaza.

–¿Estás diciendo que… lo merecía? –preguntó ella.

Xander se dio media vuelta y la miró. Ella observó que luchaba contra lo que realmente quería decir. Seguramente, quería decir que, efectivamente, lo merecía, pero no podía.

–Estoy diciendo que, pasara lo que pasase, tendrían que plantearse que, probablemente, lo provocó él mismo –contestó Xander sacando a relucir su lado político.

Él no iba a decirlo, pero tampoco hacía falta. Xander estaba involucrado en lo que pasó entonces, fuera lo que fuese. Daba igual el cómo y el por qué. Ella también estaba segura de que su padre había tenido motivos para hacer lo que hizo. Seguramente, se lo había contado en los cientos de cartas que ella había tirado a la basura. En definitiva, nada cambiaba la verdad y nada devolvería la vida a los muertos.

–Supongo que lo acertado es que no hablemos hoy con Joey. Dadas las circunstancias, es posible que no debamos decírselo nunca.

–Rose, esto no cambia nuestros planes ni lo que siento por Joey. Solo necesito tiempo para resolverlo.




Ella captó el tono suplicante. Su padre también le había suplicado, pero no sirvió de nada. Había creído que amar a Xander le daría seguridad y la alejaría del espectro de su padre. Xander era un político que eludía el escándalo y que nunca cometería un delito. Se sentía una necia.

–¿Tiempo para resolverlo? ¿Cuánto, Xander? Él ya tiene un abuelo criminal. ¿Crees que voy a permitir que también tenga un padre criminal?

Xander se estremeció y apretó los dientes.

–No soy un criminal. No lo entiendes.

–Claro que no. Solo soy una ciudadana necia que cumple la ley e intenta llevar una vida recta mientras todos los que me rodean parecen empeñados en arrastrarme con ellos. No sé qué pasó aquella noche y no estoy segura de querer saberlo. Me basta saber cómo acabó.

–No es tan sencillo como eso, Rose.

–No sé qué estaba pensando –siguió ella con el corazón acelerado–. Yo, como el resto de votantes, me creí todas tus bonitas palabras, pero no significaban nada. Todas tus promesas sobre un porvenir con Joey, solo eran palabrería, solo eran mentira.

Xander se congestionó y apretó los dientes.

–¿Mentiras? Todo lo dije sinceramente. Si vamos a hablar de mentiras, ¿qué me dices de todas las que le has contado al pueblo durante diez años?

–¡Cómo te atreves a compararlo! Yo no maté a nadie, solo protegí tu carrera.

–Y yo, de paso, te convertí en una mártir. Ninguno de los dos es inocente.

–¡Mira adónde me ha llevado decir la verdad, Xander! ¿Cómo te atreves a exigir formar parte de la vida de Joey cuando sabes que puedes acabar en la cárcel? –la visión se le nubló por las lágrimas–. Me has engatusado para que fuese a Washington a vivir contigo… He estado a punto de permitir que fueses importante para mi hijo. Me he dejado encandilar para

amarte y que me rompieras el corazón otra vez.

–Rose, no quiero rom…

–Vete –le exigió ella.

Volvería a tomar la iniciativa y se alejaría antes de que él pudiera dejarla.

–Espera, ¿no podemos hablarlo? –preguntó él boquiabierto.

–No –ella sacudió la cabeza con rabia–. Las cosas son innegociables en este punto. Un criminal no será el padre de mi hijo.

–¡No soy un criminal! Además, si lo fuese, seguiría siendo su padre. No puedes cambiarlo.

–Tienes razón, pero sí puedo cambiar el futuro. Tú y yo hemos terminado, y hasta que eso se aclare –señaló la televisión–, no quiero que veas a Joey. Dices que no eres un criminal. Demuéstralo. Hasta entonces, quiero que te marches de mi casa.

–Rose…

–¡Ahora!

Afortunadamente, ella creía que Joey seguía teniendo puestos los auriculares y habían conseguido mantener la furia a un nivel controlado, pero estaba al límite. Al parecer, a él le pasaba lo mismo porque se dirigió hacia la puerta.

–Me he alegrado de volver a verte, Rose.

Abrió la puerta, salió del dormitorio, recogió su bolsa, se despidió con la mano de Joey y se marchó de la casa. Rose se desmoronó en la cama y en un mar de lágrimas.

# Capitulo 11

Xander entró en su casa de Washington mucho más tarde de lo que

había previsto. Cuando aparcó delante de la casa, era casi medianoche. Quizá la vuelta a la tranquilidad y seguridad del Capitolio hicieran que la suerte diera un giro a su favor.

Dejó el equipaje el pie de la escalera. También estaba demasiado cansado para subirlo. La cabeza le daba vueltas y no paraba de pensar en lo mal que se habían separado Rose y él; en que había dejado a Joey sin explicarle lo que estaba pasando; en el cadáver de Tommy; en la voz resignada de Heath al teléfono; en la expresión de preocupación de sus padres mientras los interrogaba el sheriff Duke.

Esas dos semanas habían sido atroces, pero era posible que lo peor hubiese pasado ya. Las cosas parecían haberse serenado en la finca. El asunto estaba en punto muerto.

Su alegre y optimista madre se quedó consternada cuando se enteró de que el cadáver era el de su hijo adoptivo desaparecido. Molly nunca se había perdonado del todo haber fallado con Tommy, a pesar de que lo había hecho muy bien con otros niños. Ni siquiera le había levantado un dedo a Tommy, pero estaba abrumada por el remordimiento y no pudo hablar con la policía el primer día.

Ken también se había quedado afligido por la noticia, pero pareció llevarlo con más calma. Se sentó en la mecedora del porche y vio entrar y salir a la gente. Él se había sentado a su lado casi todo el tiempo intentando mantener la entereza de su padre. Ken, naturalmente, no podía contarle gran cosa a la policía porque no sabía la verdad. Solo pudo decirles que Tommy se había escapado y que podían ponerle un detector de mentiras




para confirmarlo. Él estaba desayunando con su padre en la cocina cuando Wade apareció con la nota que Tommy había dejado en la cama. Él mismo había escrito la nota, pero fingió sorpresa y siguió a Ken cuando salió corriendo hacia el barracón. Una vez allí, comprobaron que la cama estaba intacta y que las cosas de Tommy habían desaparecido. Cuando se lo preguntaron, los niños dijeron que no habían visto a Tommy marcharse y que no sabían adónde había ido.

Ken llamó inmediatamente a la policía y les entregó la nota. A partir de ese momento, los profesionales intentaron determinar qué había pasado con Tommy Wilder, pero no lo consiguieron. Era la misma historia que habían contado siempre Ken, Molly y todos los demás. Era todo lo que podían contar. La prensa y el sheriff Duke tuvieron que limitarse a escribir sus declaraciones y a marcharse. No había un escenario del crimen que pudieran analizar ni pruebas que recoger. La nota de Tommy se perdió hacía años, cuando el sheriff archivó los casos antiguos. Había una historia antigua y un cadáver, pero también había un vacío tan grande que Tommy podía desaparecer en él.

A Heath le había preocupado que todo eso no fuese suficiente, pero parecía haber aguantado. Él, Xander, había sembrado tantas dudas en la cabeza del sheriff que la atención acabaría desviándose de su familia. Al fin y al cabo, Tommy había sido como un imán para los problemas y eso estaba bien documentado. No era un disparate insinuar que Tommy había podido escaparse para reunirse con alguien relacionado con el tráfico de drogas, o algo parecido, y que había podido pasarle cualquier cosa.

Afortunadamente, había conseguido crear una duda razonable en el momento indicado. El período de sesiones del Congreso empezaría el próximo lunes y ya no podía hacer nada más en la finca. El único motivo para quedarse en Cornwall era solucionar las cosas con Rose, pero ella estaba decidida a que él se mantuviera alejado un tiempo. Por eso se había vuelto a casa. Cuando el trabajo volviera a absorberlo otra vez, quizá se mitigara ese dolor que le atravesaba el pecho cada vez que pensaba en ella.

Estaba sacando la ropa sucia cuando tocó algo duro y áspero. Rebuscó




hasta que lo sacó. Lo miró y se quedó boquiabierto. Se tambaleó y se sentó en la cama. Era un marco para fotos. Recordaba haber hecho uno igual cuando fue al campamento. Estaba hecho con palos de polos pintados con macarrones pegados encima y decorados con purpurina. La foto era de Rose, Joey y él debajo del letrero del campamento Middleton. Se había olvidado de que se habían hecho esa foto. Joey sonreía de oreja a oreja por la emoción. Rose parecía nerviosa, pero lo disimulaba. Él sonreía como si estuviese fuera de lugar, pero Rose lo tenía agarrado del brazo para que se quedara. Parecían una familia feliz. Entonces, leyó lo que ponía en la parte alta con letras de gomaespuma: «Papá, mamá y yo».

Fue como un puñetazo en el estómago. Joey lo sabía aunque no le habían dicho ni una palabra. Su hijo le había hecho el marco en el campamento y había metido el regalo en la bolsa, seguramente, cuando estaba discutiendo con Rose en su dormitorio. Su hijo le había hecho ese regalo y minutos después él se había marchado de su vida sin decirle nada.

No pensaba abandonar a su hijo. Si el asunto de Tommy se torcía, ¿qué le dolería más, tener un padre ausente o un padre criminal? Miró fijamente la foto. Quizá no le gustase a Rose, pero no iba a quedarse al margen. Formaría parte de la vida de Joey independientemente de lo que pasara con Tommy y cuándo pasara. No iba a alejarse de su hijo, ni de la madre de su hijo.

***

Rose remató el pudin de limón con un trozo de peladura azucarada. Era el quinto postre que hacía ese día. Lo dejó en la vitrina de los postres y fue a atender a los clientes. Había pasado un mes desde el concurso y tres semanas desde que expulsó a Xander de su casa y de su porvenir.

Una tarde, cuando estaba en Daisy´s, se le acercó un hombre que tenía tres restaurantes en la zona. Había sido juez en el concurso y quería saber si estaba interesada en suministrarle los postres a esos restaurantes. Uno solo servía cenas y le ofreció la cocina para que los hiciera durante las




mañanas. Incluso le dijo que podía hacer toda la repostería que quisiera, aunque fuese para otros restaurantes. No era suficiente para que dejara de ser camarera, pero era un primer paso, era un magnífico suplemento para sus ingresos y quizá le abriera la puerta para trabajar para más restaurantes. Entonces, quizá pudiera tener una pastelería propia.

Era una idea optimista a la que se aferraba en los días más sombríos. No quería llorar delante de su hijo para no tener que explicarle lo que estaba pasando y adónde se había marchado Xander. En realidad, no sabía muy bien lo que estaba pasando y evitaba los noticiarios siempre que podía. Ya sabía más de lo que le habría gustado saber.

–Rose, ¿te importaría subir el volumen? Están hablando otra vez del cadáver.

–Por eso lo he bajado, Paul. La gente está comiendo –replicó ella, aunque subió el volumen.

–La policía ha interrogado a la familia que era dueña de esas tierras desde hacía más de treinta años, pero no son sospechosos. Ken y Molly Eden denunciaron la desaparición de Tommy a la mañana siguiente. Lo que pasó después y cómo acabó en ese agujero sigue siendo un misterio.

Tuviste que conocerlo –añadió él–. En aquella época salías con uno de los chicos Eden, ¿no?

–Sí, lo conocí, pero no tuve mucha relación con él.

Rose no dio más explicaciones, no quería hablar de ese asunto. Los periodistas estaban deseando encontrar a gente que hubiese conocido a Tommy o a los Eden en aquel momento y ella no quería que la entrevistaran.

–He oído decir que era un mal bicho –siguió Paul sin dejar de mirar la televisión–. Ni sus padres podían con él y el Estado se lo llevó.

Ella asintió con la cabeza y fingió escuchar. Sin embargo, recogió unos platos vacíos, se guardó una propina en el bolsillo del delantal y fue a la cocina para meter los platos en el fregadero con la esperanza de que,

cuando volviera, esa noticia ya hubiese terminado. Había terminado, Paul se había marchado y pudo ver a la pelirroja Tori Sullivan en el extremo más alejado de la barra. Seguramente, también estaría cansada de la noticia.

–Hola, Rose –le saludó ella.

Rose esbozó la mejor de sus sonrisas y se acercó. Sirvió un vaso de agua y se lo dejó delante. No le disgustaba ver a Tori, pero, en ese momento, estaba intentando evitar todo lo que tuviera que ver con los Eden. Tori podía estar allí para cotillear, para comerse un trozo de tarta o para intentar convencerla de que no se enfureciera con Xander. Esperaba que fuese por la tarta.

–¿Qué puedo ofrecerte? Acabo de sacar un pudin de limón magnífico.

–Me encantaría, pero no puedo.

–¿Por qué?

–La boda se acerca. La semana pasada me probé el vestido y la costurera me amenazó con asesinarme si engordaba o adelgazada un gramo.

–Bueno, si adelgazas por casualidad, ven corriendo y te daré un poco de tarta.

–No lo dudes –replicó Tori con una sonrisa.

Rose frunció el ceño al comprender que no había ido por un postre.

–Entonces, ¿quieres almorzar algo?

–La verdad es que no he venido por la comida.

–Entonces, ¿en qué puedo ayudarte, Tori?

–Quería hablar contigo sin que estuvieran los muchachos ni nadie más.

–¿Sobre qué? –preguntó Rose apoyando los codos en el mostrador.

Tori ladeó la cabeza.

–Vamos, Rose, puedes ser sincera conmigo. Ya sé lo de Joey y todo esto tiene que ser complicado para ti.

Inesperadamente, las lágrimas le empañaron los ojos por esas palabras tan comprensivas.

–No pasa nada. De verdad –Rose sacó una servilleta de papel de una caja–. La verdad es que nunca me había imaginado una vida con Xander.

–Mentirosa –replicó Tori–. Sabes que te has pasado los últimos diez años soñando con que él volvía a tu vida.

–Y mira lo que he conseguido, Tori. Él es un criminal.

–Si Xander es un criminal, Wade también lo es y voy a casarme con él.

Rose se quedó atónita. Había dado por supuesto que Tori sabía lo que había pasado, pero ni se había planteado que la boda iba a celebrarse a pesar de eso.

–¿Wade te contó…?

–Algo. Las últimas noticias me han ayudado a reconstruir el resto de la historia. Sin embargo, lo creí cuando me dijo que haría cualquier cosa por proteger a su familia y a las personas que amaba, yo entre ellas. No te centres en lo que hicieron, sino en el motivo. Piensa en lo grave que tenía que ser para proteger a alguien a quien querían. Tú harías cualquier cosa por Joey, ¿verdad?

–Claro.

–Yo no sé todo lo que pasó esa noche, pero tengo que creer que fue sin premeditación y alevosía. Sé que ha sido muy complicado para ti que tu padre fuese a la cárcel. Los pueblos son despiadados y lo sé de primera mano. Nunca he encajado en ningún sitio, ni aquí, hasta que conocí a Wade. Sin embargo, la opinión de los demás no puede dictar tu vida o tu dignidad. No eres escoria, Rose. Ni tu padre ni nadie te convertirán en eso. Eres una buena persona, una gran madre y una pastelera fantástica. Eso es mucho más importante que lo que haya hecho alguien de tu familia.

–No hace falta que digas esas cosas, Tori –replicó Rose sonrojándose.

–Sí hace falta porque tienes que oírlo y porque tienes que saber que Xander y tu padre son dos personas muy distintas que han cometido dos delitos muy distintos. Xander nunca te haría daño intencionadamente, como hizo tu padre. Él te ama y ama a Joey. Es posible que no lo haya dicho, pero he visto su mirada apesadumbrada. Os echa de menos muchísimo. Creo que le desgarró tener que volver a Washington sin haber resuelto las cosas con vosotros.

–¿Se ha marchado?

Tori asintió. Ella no debería alegrarse al oír que Xander la echaba de menos, pero le gustaba saber que estaba sufriendo un poco. Al menos, debería ser tan desdichado como ella, pero lo dudaba. Tori podía pensar que Xander estaba enamorado de ella, pero no lo estaba. Estaba enamorado de la idea de tener una familia y ser padre, y nada más.

–No voy a mantenerlo alejado de Joey para siempre. Solo quiero cerciorarme de que eso –señaló a la televisión–, sea lo que sea, no va a estallar. No quiero decirle a mi hijo quién es su padre para que tenga que ir a visitarlo a la cárcel. Prefiero esperar. Ya hemos esperado mucho.

–¿Y tú, Rose? ¿Vas a mantenerte alejada del hombre al que has amado desde que tenías quince años?

–Es posible –reconoció ella.

–¿Qué podría hacer él para convencerte de que le dieras otra oportunidad?

Rose sacudió la cabeza y miró por el escaparate. El coche del sheriff pasó a toda velocidad, seguramente, camino de El Jardín del Edén.

–No sé si puede hacer algo. Es posible que perdiéramos nuestra oportunidad aquel verano antes de la universidad.

Los ojos azules de Tori la miraron y casi la atravesaron. Eran preciosos, y tan gélidos que ella sintió un escalofrío. Después de un momento, Tori se levantó y dejó un billete de cinco dólares en el mostrador aunque no había pedido




nada.

–¿Por qué dejas eso? –preguntó ella.

–Por trabajar tanto por menos dinero del que te mereces. Tienes derecho a ser un poco feliz. Solo tienes que abrirte a las posibilidades. Es posible que lo que pasó en el instituto solo fuese el principio para vosotros dos –contestó Tori antes de marcharse del restaurante.




# Capitulo 12

Las cosas no habían salido como había previsto. Había esperado volver a Cornwall lo antes posible, había tardado dos semanas, pero ya estaba en allí, aunque no sabía dónde estaban todos los demás. El pueblo estaba más tranquilo de lo normal para ser las cuatro de la tarde. Fue al piso de Rose, pero su coche no estaba fuera. Volvió a Daisy´s, pero el Honda tampoco estaba allí. Se dirigió al Wet Hen y tampoco había ni un solo vehículo en el aparcamiento, salvo la vieja camioneta del camarero. Sintió curiosidad y entró. Skippy, el camarero, siempre sabía todo lo que pasaba en el pueblo. El anciano curtido y enjuto lo miró desde la barra.

–Congresista Langston –lo saludó agitando la mano–. ¿Qué lo trae por aquí?

No le extrañó la pregunta porque llevaba años sin pisar ese lugar. Se acercó a la barra y se sentó en uno de los desgatados taburetes de cuero.

–Buenas tardes, Skippy. He venido a pasar el fin de semana y no encuentro a nadie. ¿Sabes dónde están?

–Claro. Están en el campo de béisbol. El equipo infantil ha llegado a la semifinal de los campeonatos del estado. Esta noche juegan el último partido. Si ganan, se enfrentarán al otro ganador por el título. La gente está apasionada y las noticias no hablan de otra cosa. Es un alivio –añadió Skippy–. Estoy cansado de todas esas tonterías sobre las tierras de su familia. Ese muchacho, Wilder, no paraba de meterse en problemas. ¿Sabía que yo mismo lo sorprendí una vez robando licor del almacén? El sheriff Duke no llegará a ninguna parte molestando a buena gente como los Eden.




Él se alegró de tener al menos a Skippy de su parte. Probablemente, tenía más influencia en el pueblo que el alcalde. La gente era influenciable cuando bebía.

–Gracias, Skippy. ¿Sabes a qué hora debería empezar el partido?

–Hace media hora –contestó él mirando el reloj–. Será mejor que se dé prisa si quiere ver a su chico jugar. Le quitaron la escayola hace unos días y el doctor le ha dejado jugar con una férula si usa guante y captura la bola con la mano derecha.

Xander miró los ojos cansados de Skippy y este sonrió. Realmente, sabía todo lo que pasaba en el pueblo.

–Gracias otra vez. Nos veremos.

El campo de béisbol estaba a unos seis kilómetros y no tardó en llegar, aunque sí tardó en aparcar. Todo el mundo había ido a apoyar al equipo. Encontró sitio a una manzana de distancia. Los partidos infantiles solo tenían seis entradas y temía habérselo perdido entero, pero todo el mundo seguía allí y pudo ver a unos niños en el campo mientras se acercaba. Miró el marcador.

Era el final de la quinta entrada y los Litchfield Lions, el equipo de Joey, ganaba por dos carreras. La multitud había desbordado las gradas y estaba sentada a lo largo de las bandas en sillas o mantas. Intentó encontrar a Rose en las gradas, pero había demasiada gente. La multitud gritó para animar a los chicos mientras el equipo corría para ocupar sus posiciones y él lo aprovechó para llamar la atención de le gente sin distraer a los jugadores.

–¡Rose Pierce! –gritó.

Algunas personas se volvieron hacia él, pero Rose no era ninguna de ellas.

–¡Está en las gradas que hay junto al banquillo de los Lions! –gritó alguien.

–¡Gracias!

Xander se abrió paso entre el gentío hasta que pudo ver a Rose sentada al

lado de Craig. Llevaba una camiseta azul de los Litchfield Lions y el pelo recogido en una coleta, y estaba concentrada en el juego. Él se detuvo al pie de las gradas con el corazón desbocado. Entonces, Rose lo vio y se quedó petrificada. Una sombra de sorpresa, miedo y preocupación le cruzó el rostro. Él empezó a subir por la grada. No iba a ser la conversación más apropiada para tenerla delante de todo el pueblo, y menos delante de su ceñudo hermano, pero tendría que escuchar todo lo que él quería que decir. Se detuvo en el banco que había justo encima de ella y se inclinó para que tuviera que mirarlo.

–¿Qué quieres, Xander? –preguntó ella en tono gélido.

–Hablar contigo.

–Ya hemos hablado bastante. Te he dicho que nos dejes en paz. Ahora, apártate para que pueda ver jugar a mi hijo.

Entonces, Craig se levantó, dijo que iba a buscar una bebida y le señaló a Xander el sitio que había dejado libre.

–Gracias –dijo Xander sentándose.

–¡Craig! –exclamó ella quejándose y apartándose un poco de Xander.

–¿Qué tal está jugando Joey?

–Bien –contestó ella sin dejar de mirar el campo–. Hizo una carrera en la tercera entrada.

–Me alegro de que le quitaran la escayola a tiempo.

–Yo también.

–Rose, te amo.

Por fin, eso captó la atención de ella, y de algunas personas que estaban cerca.

–Xander… –le pidió ella con los ojos como platos.

–Eso no es lo que había esperado oír.




–Bueno, me parece que los dos nos hemos desencantado últimamente.

–Nadie es perfecto, Rose. Ni tú ni yo. A lo mejor nos habíamos idealizado el uno al otro desde que íbamos al instituto. Siento no haber estado a la altura, pero tienes que creerme si te digo que el único delito que he cometido es amarte. Todos hemos cometido errores y tenemos secretos. Si pudiera volver atrás, cambiaría un par de cosas. La primera, dejar que te alejaras de mí hace tantos años. Es de lo que más me arrepiento, pero no voy a repetir el mismo error. No voy a permitir que me dejes otra vez –él le acarició la mejilla y le giró la cara para que lo mirara–. Sé que estás asustada, Rose. Yo también lo estoy, pero, durante estas tres últimas semanas, me he dado cuenta de que perderte es mucho peor que el miedo a lo que podría pasar si viniera y te dijera lo que siento. Quiero un porvenir contigo y Joey, una familia. No quiero que nada que tú yo hiciésemos en el pasado se interponga en eso.

Sacó un estuche de terciopelo del bolsillo.

–Xander…

Rose se calló cuando vio el estuche.

–He pedido que me hicieran esto para ti –Xander levantó la tapa–. Solo hay otro anillo igual en todo el mundo y espero que lo lleves todos los días del resto de nuestras vidas.

Era el anillo de compromiso de su madre o, al menos, se parecía mucho. Después de que el cáncer se la llevara, habían enterrado a su madre con el anillo de boda y el de compromiso, pero Xander lo había recreado. Tomó el anillo de platino con mano temblorosa y, al mirarlo con detenimiento, vio que no era una copia exacta. El anillo de su madre era de oro blanco, no de platino. Además, el diamante ovalado que tenía engarzado era mucho más grande que el que su padre había podido comprar. Sin embargo, el anillo sí tenía los mismos diamantes diminutos que el de su madre.

–¿Cómo has encontrado un anillo como el de mi madre?




–Como te he dicho, he pedido que lo hicieran. Con la ayuda de Craig, aunque no te lo creas.

Rose dejó de mirar el anillo y lo miró a él con asombro.

–¿Craig te ha ayudado?

–Sí –Xander sonrió–. Me mandó fotos para que un joyero de Washington lo copiara. ¿Te gusta?

Rose no encontraba las palabras. Era precioso, perfecto, sentimental y muy afectuoso, como siempre había intentado ser Xander. La cuestión era si podía aceptarlo o no.

–De acuerdo, ahora tengo que hacerte dos preguntas –Xander recuperó el anillo–. Rosalyn Pierce, ¿me harías el honor de concederme tu mano?

Ella se había pasado semanas pensando en la última conversación que había tenido con él y en cómo había reaccionado sin escuchar, en cómo lo había considerado igual que su padre sin darle la oportunidad de explicarse. Tori había tenido razón. Ella haría cualquier cosa por Joey y sabía que Xander haría cualquier cosa por su familia, y eso la incluía a ella y a su hijo. A su padre no le había importado nadie, salvo él mismo. Sin embargo, aceptar era un riesgo porque todavía no se habían resuelto las cosas con la policía, aunque a ella le asustaba más la idea de no aceptar y perderlo para siempre. Lo amaba. Él aceptaba el pasado de ella con sus defectos. Si quería ser feliz, ella tenía que hacer lo mismo.

–Sí.

La respuesta fue casi inaudible por los gritos de la gente que los rodeaba, pero Xander le puso el anillo con una sonrisa.

–La segunda pregunta es si irías a vivir Washington. Esa casa está muy vacía desde que te fuiste.

Rose asintió con la cabeza y él la abrazó besándola en la boca. Se derritió entre sus brazos por la oleada de deseo que iba adueñándose de ella.

–Te amo, Rose –susurró él sin apartar los labios.

Rose se apartó un poco para mirarlo a los ojos.

–Yo también te amo, Xander.

Se oyó otro griterío y todo el mundo se puso de pie. Ellos también se levantaron y pronto supieron lo que se habían perdido. Los Lions seguían por delante y solo quedaban dos lanzamientos. Si el otro equipo no puntuaba, el equipo de Joey pasaría a la final. Xander le tomó la mano a Rose y contuvieron la respiración mientras un chico iba a batear. Golpeó la bola con fuerza y fue volando hacía la posición de Joey.

–Oh, no… –Rose se tapó la boca–. Espero que pueda capturarla con el guante en la otra mano.

La bola tardó una eternidad en bajar, pero acabó en el guante de Joey. El partido había terminado y el aullido de los espectadores fue ensordecedor. Los padres invadieron el campo para celebrarlo con sus hijos. Ellos también bajaron y se encontraron a Joey inmóvil y con la bola en la mano. Parecía atónito.

–Enhorabuena, cariño –Rose se soltó de Xander y abrazó a su hijo–. Has jugado un partido fantástico. Ha sido la mejor captura de tu vida.

–Gracias –Joey abrió los ojos al mirar detrás de ella–. ¿Xander…?

Su hijo salió corriendo y Xander se agachó para recibirlo entre los brazos.

–Lo has hecho muy bien, muchacho.

–Me alegro de que hayas venido, papá.

–¿Qué…? –preguntó Rose.

–Él ya lo sabía, Rose. Es mucho más observador de lo que nos habíamos imaginado.

–¿Por qué lo sabías tú?

–Joey me dejó un regalo en la bosa de viaje.

–¿Te gustó? –le preguntó Joey.

–Es el mejor marco de macarrones que se ha hecho en la historia del campamento.

–Creo que tenemos que celebrarlo con unos helados –intervino Rose.

–¿Celebrar que he ganado? –preguntó Joey.

–Y algunas cosas más.

Rose levantó la mano y Joey clavó la mirada en el anillo.

–¿Vais a casaros? ¡Es increíble! ¿Vamos a vivir en Washington? ¿Voy a conocer al presidente?

–Paso a paso, muchacho –Xander sonrió–. Empezaremos con los helados.

–¡Xander James Langston! –bramó una mujer entre la multitud.

Rose, Xander y Joey se dieron la vuelta y vieron a Molly Eden, congestionada y con una camiseta de los Litchfield Lions. Normalmente, era la viva imagen de la dulzura y del espíritu navideño, pero, en ese momento, no tenía nada de dulce. Estaba en jarras y miraba con furia a Rose y a Xander, hasta que sonrió cuando miró a Joey. Ken estaba detrás de ella, con una mano en su hombro y una sonrisa orgullosa.

–Mamá…

Molly levantó una mano y lo calló.

–No empieces –Molly señaló a Joey–. ¿Es mi nieto?

Rose miró a Xander, quien tragó saliva y tomó aliento.

–Sí.

–¿Mi nieto de diez años? –aclaró ella.

Rose sintió la necesidad de intervenir en su defensa.

–Sí, pero él no lo supo hasta hace unas semanas.

Molly asintió con la cabeza como si aceptara la excusa, pero Rose tuvo la




sensación de que la cosa no había terminado ahí.

–Me sorprende que hayas mantenido el secreto tanto tiempo, Rosalyn. Es igual que Xander cuando llegó a vivir con nosotros.

–Lo siento, señora Eden.

–¡Dios mío! –exclamó Molly mirando el anillo–. Será mejor que empieces a llamarme mamá, o abuela. Creía que tendría más tiempo para acostumbrarme a ese nombre, pero en fin…

Molly miró a Joey y sonrió con cariño. Se acercó y se inclinó un poco para mirarlo a la altura de los ojos.

–Llevo mucho tiempo esperando a tener un nieto. ¿Te gustan las galletas?

–Yo llevo mucho tiempo esperando a tener unos abuelos y me encantan las galletas.

Las lágrimas le empañaron los ojos a Molly y Rose sintió lo mismo.

–¡Soy abuela! –gritó Molly mientras abrazaba a Joey.

Algunas personas los miraron con sorpresa, pero la mayoría siguió celebrando la victoria.

–Ha salido mejor de lo que me esperaba –le susurró Xander a Rose.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y suspiró. Todo había salido mejor de lo que ella había esperado. Solo había tenido que olvidarse del miedo. Aunque quizá no todo… Molly miró a Xander y la sonrisa dejó paso a una expresión de disgusto.

–Me ocuparé de vosotros dos cuando haya terminado de disfrutar de mi nieto.

# Epìlogo

Molly y Ken estaban sentados en el porche trasero y observaban a Xander y a su nieto montados en un *quad*. Rose estaba en la escalera y también los observaba, pero muy nerviosa. Joey llevaba un casco, pero eso no la tranquilizaba. Acababan de quitarle la férula y no quería que le pasara nada. Se avecinaban unas semanas muy ajetreadas. Ya habían terminado de embalar y al día siguiente se mudarían a Washington. Tenían que matricular a Joey en el colegio e instalarse en otra casa.

Dejó de pensar en eso cuando vio que el coche patrulla del sheriff Duke llegaba por el camino de entrada. No sabía qué quería, pero una visita personal del sheriff nunca era buena. El sheriff se bajó del coche y se dirigió hacia el porche. Ella se levantó del escalón y se puso al lado del asiento de Molly.

–Molly, Ken, Rosalyn… –el sheriff Duke los saludó con gesto serio mientras subía las escaleras–. No me gusta hacer esto, Ken, pero voy a tener que preguntarte algunas cosas.

–¿Qué? –Molly se levantó de un salto–. ¿Preguntarle sobre qué, sheriff Duke?

Rose le rodeó los hombros a Molly.

–¡Xander!

Él ya estaba de camino y subió los escalones de dos en dos seguido por Joey.

–¿Qué pasa?

–Tengo que llevarme a Ken a la comisaría para hacerle algunas preguntas




–contestó el sheriff con una incomodidad evidente.

Ella vio que Xander apretaba los dientes y que ponía su expresión de político inmutable.

–¿Ha habido alguna novedad? Creía que no sabía qué le pasó a Tommy después de que se escapara.

–Congresista, sabe muy bien que no puedo darle detalles del caso. El rastro sale de esta finca y desde aquí pienso seguirlo. Por favor, no compliquemos las cosas.

–¿Vas a detenerlo? –preguntó Molly con los ojos muy abiertos por el espanto.

–¿Ha dicho eso, Molly? –intervino Ken levantándose–. Solo ha dicho que quiere hacerme unas preguntas. Yo también tendría preguntas si fuese él, pero no hay motivos para preocuparse.

–No me gusta esto, papá –replicó Xander–. Ya has contestado todas sus preguntas. ¿Qué está pasando, sheriff?

El sheriff Duke apretó las mandíbulas y suspiró.

–Alguien mató a un chico en tus tierras, Ken. La gente quiere ver que se avanza en este caso.

–¿Vas a llevarte a un hombre inocente para parecer más eficiente? –preguntó Rose.

–Estamos reduciendo la lista de sospechosos –contestó el sheriff con enojo.

–¡Dios mío! –exclamó Molly–. ¿De verdad puedes creer que Ken mató a Tommy?

–Alguien lo hizo, Molly –el sheriff se quitó el sombrero y se pasó una mano por la calva–. ¿Debería interrogar a Julianne en vez? ¿A Heath? Solo tenían trece años cuando desapareció Tommy, pero ya no se sabe lo que pueden hacer unos niños.

–Esto es ridículo –intervino Xander antes de que su madre explotara por la

insinuación–. Papá, no quiero que vayas sin un abogado. Llamaremos primero a Felix Hartman. Si el sheriff quiere interrogarte, que te detenga. Si no, esto se ha acabado.

El sheriff Duke suspiró y tomó las esposas de su cinturón.

–Muy bien. Ken Eden, queda detenido por el asesinato de Thomas Wilder. Todo lo que diga podrá usarse…

–¡Abuelo! –grito Joey aterrado.

Todo el mundo miró a Ken, que se había quedado pálido, tenía la respiración entrecortada y se había apoyado en el hombro de Xander.

–Ken, ¿te pasa algo? –preguntó el sheriff.

–No puedo… mi… corazón… –balbució Ken antes de desplomarse en el suelo del porche.



Si quieres conocer el final de la historia, no te pierdas el siguiente libro de Andrea Laurence, *Once años de espera*




# Once años de Espera

## Argumento:

***¿Se convertiría por fin en su esposa?***

Años atrás, Heath Langston se casó con Julianne Eden. Sus padres no habrían dado su aprobación, por lo que cuando el matrimonio quedó sin consumar, los dos siguieron caminos separados sin decirle a nadie lo que habían hecho.

Una desgracia familiar obligó a Heath y a Julianne a regresar a la ciudad en la que ambos nacieron, y a la misma casa. Heath estaba ya harto de vivir una mentira. Había llegado el momento de que Julianne le concediera el divorcio que ella llevaba tanto tiempo evitando... o de que cumpliera la promesa que se reflejaba en las ardientes miradas que le dedicaba.

# Visita esta Pàgina:

http://e-brujada.blogspot.com/

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid



Por un escándalo, n.º 2037 - abril 2015

Título original: Heir to Scandal

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6268-5

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.